

Las cartas de Jeshua

*Relato personal del “encuentro” de **Jeshua ben Joseph** y **Jayem***

**Jayem, en comunión con Jeshua ben Joseph
Yeshua o “Jesús”. www.wayofmastery.com**

*Este es un libro motivador e introductorio para **La vía de la Maestría**, en la que Jeshua Ben Joseph te invita al despertar, ofreciéndote una guía directa y amorosa.*

Fue dado a través de Jayem, en comunión con Jeshua.

Es una traducción al español (no oficial) de la Vía de la Maestría, a partir de los libros que publica Jayem.

Revisada y cotejada por diferentes lingüistas y maquetada en formato A5.

Éste PDF se ofrece para dar a conocer la obra. Si realmente resuenas con Ella, te invitamos a descubrir algunas de las editoriales que la ofrecen en formato de libro: papel y electrónico.

Igualmente te invitamos a visitar el sitio web: www.laviadelamaestria.es

Índice

Una nota para el lector	5
Prefacio (por Alan Cohen)	6
Prefacio	9
Capitulo 1.....	12
Capitulo 2.....	30
Capitulo 3.....	47
Capitulo 4.....	62
Capitulo 5.....	81
Capitulo 6.....	93
Capitulo 7.....	105
Capitulo 8.....	118
Capitulo 9.....	126
Capitulo 10.....	130
Capitulo 11.....	135
Capitulo 12.....	145
Epilogo.....	151

Carta	Pag								
1	24	8	51	15	74	22	95	29	115
2	26	9	59	16	74	23	98	30	121
3	31	10	62	17	78	24	102	31	124
4	35	11	66	18	81	25	103	32	142
5	37	12	67	19	82	26	112	33	146
6	38	13	70	20	84	27	113	34	150
7	47	14	72	21	94	28	115		

Una nota para el lector

Notarás que mi nombre en este libro es Marc. Durante los pasados años ha sido Jon Marc. Mis amigos me llaman Jayem, que es el nombre que prefiero, ¡por mera simplicidad!

¿Por qué el cambio?

De niño, y durante mucho tiempo en mi vida adulta, mi nombre fue Marc. Sin embargo, siempre he sentido -incluso de muy joven- que el nombre era de cierto modo incorrecto, y que debía ser Jon. Y sin “h”, ¡por favor!

A mitad de los años 90 -a resultas de una exploración profunda de lo que comúnmente se denomina “la sombra”, incluyendo un trabajo intensivo de nacimiento y útero- añadí “Jon”. El resultado fue inmediato, y se dio un cambio fuertemente visceral, un movimiento hacia un sentido más profundo de plenitud.

Cuando anuncié esto a mi madre, me dijo -cuando siquiera pudo balbucear algo, tras quedarse asombrada- que los nombres que en un principio se escogieron para mí y mi hermano gemelo fueron Jon y Marc.

Mi hermano murió tres días antes de que yo naciera por cesárea de urgencia. En toda la confusión que hubo, se cambiaron los nombres; “Marc” es el que me fue dado a mí, mientras que el de mi hermano fue “Martin Jon”

Parece que desde el mismo momento de estar en el útero ¡yo ya sabía cómo se suponía que tenía que llamarme!

Sin embargo, siempre me pareció apropiado permanecer fiel al uso de “Marc”, especialmente porque ninguna palabra pronunciada aquí por Jeshua ha sido jamás editada o alterada por mí. Lo que lees es exactamente lo que Él me dijo.

Me gustaría también señalar -especialmente a los lectores de la edición original- que aquí hay ciertos añadidos, revelando más de lo que experimenté durante esos primeros años con Jeshua. Originalmente, a petición de Jeshua fue retirado mucho del material que se dio; y lo que se añadió aquí ahora también se hizo bajo su guía. Solo puedo asumir que será lo oportuno.

Prefacio (por Alan Cohen)

¿Crees que Dios te hablaría? Me parece sorprendente que todas las religiones del mundo estén basadas en transmisiones de personas a quienes Dios les ha hablado, pero que, cuando uno de nuestros contemporáneos anuncia que la palabra del Espíritu ha sido escrita en su corazón, tendamos a interrogarle duramente sobre sus credenciales o a preguntarnos si se trata de una víctima más del ácido lisérgico en los años 60. Jesús dijo que “un profeta nunca es aceptado en su propio pueblo”, y creo que los profetas son también raramente reconocidos en su propio tiempo. Como los grandes artistas y músicos, muchos canales verdaderos de la palabra de Dios tienen que esperar hasta su muerte para poder ser apreciados. ¡Cuán dispuestos estamos a aceptar la verdad a distancia! Tal y como San Agustín suplicaba al Señor: “¡dame una vida espiritual, pero no todavía!”.

Abraham Heschel tituló uno de sus grandes libros *Dios en busca del hombre*. La Gran Fuente está siempre saliendo en busca de gente que se ve conmovida por el espíritu del amor antes que por el del miedo. Y benditos aquellos que están dispuestos a oír las enseñanzas de la paz y a difundirlas con coraje y confianza. Que eso haga que más de nosotros confiemos en la voz de la sanación y honremos sus regalos en la acción.

Jayem es uno de ellos. Es un hombre que se ha abierto a la guía de un plano superior, y que traslada los principios y el sentimiento de sus revelaciones al papel para compartirlos con otros. Ciertamente, las palabras que le han sido dadas son para todos nosotros.

Lo que más profundamente valoro en las palabras de Jeshua es la gran amabilidad, sabiduría y claridad que encarnan esas lecciones. Jeshua es un profesor de una profunda compasión, fortaleza e inflexible intención de discernir las ilusiones que nublan la realidad que nos sana. Nos aconseja que “no pidas por la salvación. En vez de eso pide despertar de la más mínima traza de creencia en que alguna vez has podido estar separado de Dios”.

Las enseñanzas de Jeshua encarnan el elemento más importante para el progreso espiritual real: practicidad. La guía del Espíritu Santo es siempre inmediata, utilizable, eficiente. El consejo espiritual es valioso solo en la medida en que pueda ser vivido, y Jeshua honra la belleza de la vida en su labor de despertar espiritual. La afirmación de que: “Tu experiencia, a cada momento, es el camino a tu iluminación” es una afirmación que puede transformar la más do-

lorosa de las experiencias en un regalo de Dios. Jeshua también aconseja “permitir, permitir, permitir”, lo cual abre la vía a que la fuerza vital sanadora nos lleve más allá de nuestras creencias limitadas sobre lo que es bueno o malo. “El camino es fácil y sin esfuerzo. Porque lo que viene con esfuerzo es del mundo, no Mío”.

En pocas palabras, Jeshua es un profesor experto, con un suave equilibrio entre la sabiduría del intelecto y del corazón. Uno podría tomar casi cualquier pasaje de las cartas y meditar sobre él como portal para la sanación. Jeshua demuestra que la simplicidad y la maestría no son contradictorias; son una.

Aún hay otro elemento de este regalo de libro que me hace tener un cariño más profundo por él. Y es que aquí Jayem registra cándidamente su proceso personal interior, cuando comenzaba a recibir el material, a registrarlo y a compartirlo. Aquí somos invitados a seguir la travesía de un hombre que luchó con su personaje de registrador de la verdad de arriba. “¿A quién, es a mí?”, fue la cuestión recurrente con la que se debatió. Vemos su evolución desde sus dudas y timidez tempranas, hasta el reconocimiento de que estaba cumpliendo una función importante y que trascendía con mucho su ego humano.

Este elemento de *Las cartas de Jeshua* es especialmente conmovedor, pues en él Jayem nos representa a todos a medida que nos abrimos a ser canales y servidores del Espíritu a nuestra propia manera. Hay una parte de nuestra mente que se pregunta si Dios podría realmente estar eligiéndonos para realizar una misión particular. Puede que no registremos palabras inspiradas o no enseñemos principios metafísicos, pero seguramente que cada uno de nosotros ha sido elegido para traer luz al mundo de una manera en particular. Nuestra ruta puede ser la música, la danza, el arte o el cuidado maternal. La forma no es tan importante como el hecho de que hay un regalo que cada uno de nosotros ha sido designado para traer aquí, y nuestra disposición a entregarlo es un factor clave en cuanto al poder y al alcance con los cuales nosotros lo presentaremos.

Sugiero que te aproximes a este importante volumen con una actitud meditativa antes que con la del escrutinio lógico. Hay una gran lógica del Espíritu aquí, pero esa lógica no está limitada al entendimiento racional. Más a menudo, el Espíritu se dirige a nuestra capacidad de conocimiento interior. Hay también una poesía que no debe escaparse. Las palabras debieran ser saboreadas y absorbidas en quietud, con un corazón receptivo.

Imagina que Jeshua mismo está hablándote a ti, y hallarás tu mensaje.

Permite que *Las cartas de Jeshua* sean una inspiración para poder convertirte tú en recipiente del Espíritu de propio derecho. Jeshua probablemente estaría de

acuerdo con la observación de que ya hemos tenido suficientes estudiantes, y que es el tiempo de tener más maestros. El propósito de este libro no es crear más dependencia de entidades fuera de nosotros mismos, sino el de dirigirnos hacia dentro y ahí encontrar el maestro que hemos estado buscando.

Mis bendiciones están con Jayem, en este gran y noble regalo, y contigo, al recibir las grandes verdades que hay en él.

Prefacio

Hace un momento, según completaba la última frase de este libro, un recuerdo atravesó rápidamente mi mente. Vino con tal claridad y poder que no solo vi la imagen, sino que también experimenté olores y sensaciones.

Tengo como cinco años de edad, y mi madre me ha llevado a una noche de servicio en la iglesia. Hay velas en cada alféizar, y su encantadora luz parpadea sobre las vidrieras que se difuminan mucho más arriba de mí, siguiendo los arcos apuntados.

Nos sentamos en duros bancos de iglesia de madera que, bajo mi punto de vista, se alargan una enorme distancia, terminando en una plataforma alfombrada, al final de la cual hay un altar guarnecido de lino blanco ribeteado con un fleco dorado. Sobre él, dos candelabros colocados a cada lado de un crucifijo también dorado.

Más allá del altar cuelga una cruz altísima que baja desde el techo abovedado hasta el mismo altar. Siento algo. Me giro hacia mi madre, y afirmo tajante, “Él está aquí, mamá”.

Sin ella apartar su mirada del libro de himnos, pregunta, “¿quién, cariño?”. “Cristo”, respondí confiado.

Ahora sí, me mira, “No, cielo, ese no es Cristo; estás viendo al ministro”.

No puedo ver al ministro para nada. “No mamá, ¡Cristo está aquí!”. Mi respuesta, insistente, es expresada a un volumen tal que el hombre que se sienta en el otro lado de mi madre me mira, y luego mira a mi madre. Ambos se sonríen, y me piden que me calme, pues el servicio está a punto de comenzar.

Sorprendido, veo claramente que nadie ha notado Su presencia y, quizás por vez primera, dudo. Pero entonces, ¿qué estaba sintiendo?

Más tarde, cuando ya había aprendido a leer, a menudo me llevaba a hurtadillas una linterna a la cama, y cuando estaba seguro de que todo el mundo dormía, tomaba mi Biblia y me escurría bajo las sábanas para ocultar la luz y debatirme con la discrepancia entre el sentimiento que obtenía de las palabras atribuidas a Jesús (el mismo sentimiento que tuve en la iglesia aquella noche) y lo que el resto me decía que significaban Sus palabras. Incluso oré mucho, ya que se me había enseñado que Dios responde a las oraciones. ¡Estaba seguro que mis peticiones habían sido desestimadas!

Gradualmente fui creciendo en frustración. Cuanto más mayor me hacía, más

constataba que estaba en minoría. De hecho, a medida que mi mundo social se expandía resultaba patente que a la mayor parte de la gente realmente no le importaban mucho estas cosas. O bien estaban muy atareados como para pensar sobre ello, o bien muy seguros de dónde estaba Cristo: en el cielo, sentado a la derecha de Dios.

No recuerdo cuándo me sucedió exactamente, pero llegué a olvidar ese sentimiento y a mi manera quedé atrapado en el drama de mi vida, igual que el resto.

Mas la Pregunta nunca murió realmente. Resurgió años después, y me llevó a un estudio intensivo de la filosofía y la religión comparada, donde descubrí los tesoros del Este: la sabiduría sublime del Zen, y especialmente las profundas intuiciones y los transformadores caminos del yoga y la meditación. Aquí, ese sentimiento parecía no solo ser entendido, ¡sino realmente buscado y refinado!

Pese a todo mi entusiasmo y a mis periodos de disciplina, también me pasé una gran cantidad de tiempo evitando el asunto, distrayéndome con las formas convencionales de evitación con las que todos estamos tan familiarizados. Todavía durante un tiempo iba a continuar mi debilidad por la espiritualidad oriental, así que durante años me dirigí cada vez más lejos de todo lo que tuviera que ver con la Cristiandad. Este simple hecho hace que la recepción de *Las cartas de Jeshua* sea algo tan extraordinario, pues el ser del cual fueron recibidas se identifica a sí mismo como el Jesús histórico.

El mensaje contenido en estas cartas es radical, y posiblemente amenazador, dependiendo de tu perspectiva. De lo que estoy más seguro es de que mis oraciones infantiles han sido respondidas. De hecho, está claro que toda mi vida ha estado dedicada a ser un servidor de esa Respuesta, que pacientemente me ha mostrado todos esos lugares -tanto dentro como fuera- donde Cristo no está, así como amablemente me ha preparado para escuchar cómo el Maestro me ayuda a entender ese sentimiento de aquel niño de cinco años.

Mi propio viaje en el despertar no es tan diferente del tuyo. De hecho, he llegado a entender que este viaje es el tuyo propio, así como el tuyo es el mío. Pues nuestra participación en este gran misterio que llamamos “vida” es algo de una intimidad muy sagrada. Aunque superficialmente nuestras vidas pueden parecer ser muy diferentes, en niveles muy profundos se hace virtualmente imposible distinguirlas entre sí.

Entonces, lo que nos ayuda a llegar más cerca de la Respuesta que estamos buscando, y sin importar cómo preguntamos o pedimos por Ella, es el compartir abierto, es un compartir incondicional, de todo corazón, de nuestras

aparentemente separadas travesías.

Si, al compartir *Las cartas de Jeshua*, un solo lector consigue alumbrar su camino, o se ve compelido a preguntar cuestiones fundamentales de una nueva manera, entonces, el tiempo pasado escribiendo este libro habrá hecho más que merecer la pena.

Que tu propia travesía sea bendecida con Luz.

Jayem.

Capítulo 1

*Cada uno de vosotros está aquí por una sola razón:
constatar la Verdad y volver de nuevo al Hogar.*

20 de julio de 1987

“¿Estás bien?”, preguntó Kendra.

“¿Eh?” Por un momento giro mi cabeza y la miro, igual de rápido que aparto de nuevo la mirada. “Sí, estoy bien”, balbuceo poco entusiasta, hundiéndome de nuevo en el sofá, y dejando caer mis pies sobre el baúl de mimbre que sirve como mesita de café.

Inclinándose hacia delante, Kendra toma su taza de té, da un sorbo tranquilo, y entonces se detiene con la copa entre sus manos. “¿Estás seguro de que estás bien”?

No quiero hablar de ello. Sí, lo estoy... No, no lo estoy. Llevo todo el día descentrado. A regañadientes me doy cuenta de que, después de todo, ver la televisión no va a solucionar nada. La tecnología me ha vuelto a fallar.

“Tuve un, eeeh, una experiencia muy interesante durante la meditación esta mañana. Supongo que me *está* preocupando un poco”.

“¿Un poco? ¡Eso es un eufemismo! No has estado realmente aquí desde que tu cuerpo atravesó la puerta hace en torno a una hora!” Ella deja su copa y se recuesta, girándose suavemente de modo que pueda mirarme de forma directa. Esta vez, no va a dejar que me escape.

Suspiro, deajo que se relajen mis hombros, y caigo en la cuenta de lo que sucedió esta mañana... Veamos. La plancha enchufada, y mientras se calienta voy zumbando a la cocina a hacerme mi batido de frutas mañanero. Algo de zumo, un poco de yogur, dos huevos, una pizca de vainilla, una gran banana y dos cucharillas de espirulina. Aprieto el botón de la licuadora, y en un instante todo se pone verde oscuro.

“Ah, uno de los maravillosos placeres de la vida”, pienso. Unos pocos tragos después, el placer ha desaparecido.

Reviso la plancha y frunzo el ceño. No está lista todavía. Bien, puedo cerciorarme de que todo esté en mi maletín. ¿Documentos? Sí. ¿Gafas? Sí. ¿Boli? Sí. ¿Certificados? ¿Dónde están los certificados? ¿Por qué ando siempre sin

ellos? ¿Hay un monstruo come-certificados en mi maleta?

Me encojo de hombros al cerrar mi maleta, dejándola en el vestíbulo. Hoy bastará con no molestar demasiado a nadie al hablar, así no los necesitaré.

Por fin la plancha está lista, y en pocos minutos me estoy poniendo una camisa casi perfectamente planchada. Voy abrochándome los botones y arremetiéndome los faldones de la camisa mientras me dirijo al dormitorio a por una corbata..., cuando eso..., sucede.

Saliendo de ninguna parte, y sin aparente motivo, me veo golpeado por un repentino impulso de sentarme en meditación. La fuerza del pensamiento es tan poderosa que literalmente casi detiene mis pasos.

Finalmente me las arreglo para recuperarme, y mi sola reacción es: “esto es absurdo. No me estaba dando tanta prisa para ahora ponerme a matar el tiempo así porque sí”. Y, no obstante, el pensamiento persiste (y puedes llamarlo un sentimiento, algo que resuena a través del cuerpo y que es también una voz que aparentemente viene de todo tu alrededor, un “pensamiento”).

De hecho, la experiencia es tan impactante que mis prioridades cambian de repente al volver al comedor, y me dejo caer en el sofá. Cruzando mis piernas miro por un momento a través de la ventana hacia las aguas del Estrecho de Puget, donde un carguero surca lentamente su estela pasando la isla de Vashon.

“Esto es realmente absurdo.” La voz de la razón es ahora más suave, como última tentativa de conquistar mi atención.

Comienzo a respirar suavemente, gentilmente, rítmicamente. En el momento en que mis ojos se cierran de forma natural, me hago cada vez más consciente de la miríada de pensamientos que revolotean, se arremolinan y dan volteretas por mi mente. Al principio parecen poder devorarme, y extraen emociones momentáneas que generan aún más pensamientos como reacción. Lentamente me convierto más y más en un mero testigo de esta exhibición de materia mental, soltando el apego al contenido, descansando cada vez más en la consciencia en sí.

Entonces, llega una creciente sensación de paz, de alivio, como cuando las olas batientes comienzan a dispersarse en un mar vasto y calmo. Los pensamientos se hacen cada vez menos presentes hasta que solo hay ya silencio. Mi respiración es apenas perceptible, un mar de mente calmada, clara, vacía. El que la experiencia meditativa haya sido reducida a mecanismos fisiológicos de “respuesta de relajación” por el Dios de la Ciencia significa bien poco cuando lo comparamos con el sentimiento de esta tan maravillosa experiencia. Es lo

más natural de lo más natural.

La perfecta quietud da paso a otra cosa, pero esta vez no viene el usual resurgir de pensamientos. Desde el vacío emerge una luz suave, dorada, como una débil estrella que apunta en la oscuridad de la noche. Crece sin esfuerzo, ininterrumpidamente, expandiéndose y expandiéndose, tornándose cada vez más y más cercana hasta que, finalmente, completa el campo de mi visión interior, bañando todo mi ser, y sin que ya haya nada más que una luz celestial.

Kendra ha estado escuchando embelesada mientras describo la experiencia. “Eso era, Kendra; sé que probablemente suena algo cursi, pero así fue.”

Su cara muestra un semblante perplejo, así que no necesita decir nada más.

“Quiero decir, ese lugar, ese *sentimiento*... Si pudiera *vivir* en ese sentimiento, en ese lugar, no habría ningún otro sitio adonde tener que ir, nada por lo que tener que luchar, nada y ninguna cosa que ser o que devenir; ¿tiene sentido?”

¿Por qué esa sonrisa? ¿Por qué brillan sus ojos?

“¡Oh, Marc! ¡Es maravilloso!” Kendra se enternece un poco, y entonces continúa. “Eres muy afortunado, ¿sabes?”

Su afirmación me bloquea, y me quedo mirándola fijamente un largo rato. “¿Afortunado, Kendra...?”

“Marc”, interrumpe, “¿sabes a cuánta gente le encantaría poder experimentar ese estado? Eres alguien que tiene una biblioteca llena de libros de cada cultura, cada perspectiva filosófica, cada religión. Y sabes que en esencia *todas* hablan de este tipo de experiencia, aunque en términos diferentes”.

Obviamente ella no se ha enterado, y probablemente porque relaté la historia de forma un poco evasiva. Noto que mi respiración se acelera un poco ahora, y siento una creciente tensión en mi mandíbula.

Kendra está callada, pero sus ojos están fijos en mí, interrogándose silenciosamente sobre mi falta de entusiasmo. Rompo el silencio, al no poder retenerlo más dentro de mí. “Es que, eh..., bien, hubo algo más que eso”.

“¿Más? ¿Qué podría ser más que eso, Marc?”, pregunta implorante, “¿qué hay que sea más que eso?”

”Kendra”, me detengo y la miro, “¿me prometes no... mmm... no decir nada?”

“¡No volverás a poder abrir la boca nunca más si no cantas ya mismo!, grita, mientras amorosamente, aunque no muy suavemente, me toca en el costado.

Aparto la mirada, y no hacia nada en particular, sino que de nuevo regreso a un

recuerdo que se mantiene aún fresco y vivo, de ese tipo de recuerdos que de cierto modo sé que *siempre* permanecerán así de nítidos.

“Abrí mis ojos y ese puntito de luz estaba justo en el centro de la habitación. Desde el centro de esa luz comenzó a emerger una forma, la imagen de alguien. Parecía como si fuera vestido con algún tipo de toga, larga y radiante. La forma comenzó a deslizarse hacia mí, haciéndose más y más nítida, y, no obstante, idéntica a la Luz de la que surgió”.

Encontrándome más cómodo ahora compartiendo la experiencia, vuelvo a mirar a Kendra. “Al acercarse la forma, repentinamente lo reconocí. Fue como si se tratara de un amigo que no hubiera visto desde hace mucho, que justo doblara por una esquina hacia la cual, en ese instante, mis ojos se giran, y *reconocen* de quién se trata sin dudar, sin tener que ni pensarlo. Mas, en este caso, en ese momento, también reconocía que no lo estaba viendo con mis ojos físicos. ¿Tiene sentido?”

La cara de Kendra revela su respuesta: una de acuerdo, de aceptación, lo cual me permite continuar.

“Se acercó más y más, y sentí una creciente intensificación de la energía, como olas de gozo y calidez, hasta que sus ojos fueron todo lo que podía ver. Y entonces, sus ojos se derramaron atravesando los míos, y sentí como si me disolviera en ellos, en esos increíbles y pacíficos ojos”.

Parando de nuevo, no estoy seguro de querer continuar, pero Kendra no tiene la intención de dejarme parar. Su expresión es de curiosidad. Me estudia por un instante.

Caray, ahora estoy acorralado. He visto antes esa mirada. Y no va a dejarme ir a ningún sitio hasta que no lo confiese todo.

“¿Qué más?”

“Él comunicó algo, o se comunicó conmigo, supongo.”

“¿Y?” Ya ni siquiera me deja recobrar el aliento. “¿Qué dijo?”

Mis hombros se encorvaron un poco, la barbilla inclinada hacia el pecho. “Él dijo que tenía un mensaje que entregarme. Dijo que era sobre el trabajo que está haciendo, o algo así.”

“¿Y?”

¡Podía llegar a ser tan impetuosa!

¿Por qué estoy forcejeando con esto? Kendra ha estado conmigo todo este

tiempo. En cada altibajo. Incluso en lo más bajo de lo bajo. Me conoce mejor que nadie, puede que hasta mejor que yo mismo, y aun así, ¡me ama! Si esto no es un milagro, entonces es que no hay milagros.

Al infierno con ello. Ella no es del FBI. Suelto sin pensármelo el resto. “Dijo que lo había conocido durante su tiempo de vida, y él..., eh..., me dijo su nombre,”

Continúo suavemente. “Es un nombre, una vida, que ha sido un enigma, por lo que parece, para todo el mundo”.

“¿Y bien? Si estás tratando de probar mi paciencia, ¡lo estás consiguiendo!”

“¡Vale, vale! Dijo que yo estaba familiarizado con él en tanto que 'Jeshua'.”

“¿Quieres decir eeeel Jeshua? ¿Aquel conocido por todos como Jesús?”

“Sí, *ese* Jeshua”.

Ahora Kendra está muy animada. “Y bien, ¿qué mas te dijo? ¿Cuál es su mensaje? Oh, Marc, ¡esto es más maravilloso de lo que pensaba, más de lo que *podía* imaginar! ¿Qué es lo que va a..., cuándo va a...?”

“¡Espera!” Levanto mis manos, pidiendo silencio.

“¿Qué hay de tan maravilloso en esto, Kendra? ¡En el medio de una bonita y tranquila meditación este ser ha surgido, ha anunciado alegremente que su nombre es Jeshua, el que fue y es conocido como Jesús, y que va a darme un cierto mensaje..., y, vaya, para colmo, dijo que yo ya le conocía!”

“Entonces, ¿cuál es el gran problema?”

“¿Que cuál es? Dios, ¿crees que quiero que una cosa así suceda? Mira, admitiré que estoy abierto a leer sobre este tipo de cosas, pero, es solo que...”

Ella coloca su mano en mi brazo. “¿es solo que *qué*, Marc?”

“Solo que esto me *asusta*. Quiero decir, está bien y es fantástico examinar metafísicas y cosas así desde el punto de vista de un observador. Esto es lo que el intelecto nos da: ¡un espacio entre nosotros y la experiencia misma! Y así, nada tiene por qué cambiar, ¿ves? Puedo leer y leer más libros..., ir a talleres y a conferencias, hacer todo tipo de cosas, ¡pero parte de mí aún está a salvo! Por otra parte, ¿qué pasa si todo esto no es más que un gran viaje disparatado del ego? ¿Qué pasa si me lo estoy fabricando todo?”

Su sonrisa se difumina al constatar que mi miedo es real. Se sienta reflexivamente por un instante, toma un cigarro del paquete que hay cerca de su taza de té, toma su encendedor y se recuesta en el sofá.

Todavía mirando hacia abajo, pregunta: “¿Recuerdas lo que te dije sobre mi

sesión con Jeremías?” Su pregunta pareció suscitar mi recuerdo, y todo se abalanzó sobre mi consciencia, como si alguien hubiera burlado a los guardias de seguridad de mis archivos, hubiera tomado alguno de un oscuro estante en una penumbrosa esquinita, y, soplando el polvo, revelara la etiqueta:

Jeremías. Entidad no-física, canalizada por Billie Ogden.

En marzo de 1987 le da a Kendra una información estrafalaria, inverificable. Archivado para futuras referencias.

“Sí, lo recuerdo. Nos encontramos para comer en aquella cafetería en Ballard.”

“¿Recuerdas lo que te dije?”

“Más o menos”.

Ella sabe que simplemente yo no quiero abrir el archivo sobre esto. Al darse cuenta de mi renuencia, se sienta un poco más recta y habla con más firmeza. “Jeremías, si lo recuerdas, me dio cierta información muy deslumbrante sobre ti, sobre mí y sobre Jesús. ¿No recuerdas lo excitada que estuve sobre ello?”

“Vale, vale. Lo recuerdo. Pero me había olvidado convenientemente de ello, hasta ahora.”

“¿No crees que es interesante que una entidad canalizada que nunca has visto antes te diga que tú y yo nos hemos conocido en aquel entonces, y que hemos estado presentes cuando Jesús dio su Sermón de la Montaña? ¡Y yo ni había mencionado tu nombre!”

Me avergüenzo. Ahora es mi turno de agarrar un cigarro. Le doy vueltas y vueltas en mi mano, contemplando cómo se esparcen las pequeñas hebras de tabaco. Ni siquiera fumo.

Kendra continúa. “Te lo dije entonces, y te lo digo de nuevo ahora. Cuando Jeremías dijo eso, fue como si alguien abriera las persianas. Marc, no tengo ninguna duda sobre ello, incluso si insistes en que es demasiado inverosímil. Y ahora se te está diciendo algo similar. ¿Por qué tienes tanto problema con esto?”

Cansado de sacar hebras de tabaco de entre mis dedos, tiro el cigarro.

“Siempre puedes ir a ver a Jeremías, y preguntarle qué está pasando”.

Suspiro, me levanto del sofá, y me camino hasta las puertas de cristal, abriéndolas un poco más para poder sentir la brisa que comienza a levantarse. Se trata probablemente de un vigilante de los dioses de la lluvia, siempre escondidos aquí, en el Noroeste.

El pensamiento de tener que tratar una vez más con alguna de esas almas in-

visibles -o entidades, o seres desencarnados, o lo que sea- no es algo que se diga que me atraiga mucho.

Comienzo a hablar sin mirarla. “Sabes, casi hace tres años iba montado en la parte trasera del automóvil de un amigo, camino a casa desde Seattle, adonde habíamos ido a un seminario de trabajo. En la mitad de nuestra conversación, Lyndia se dirigió hacia mí y sugirió que fuera a ver a Jonás, ya que ella acababa de tener la intuición de que hacerlo podría ser bueno para mí. Diablos, pensé que estaba hablando sobre alguna banda de música o algo así. Ella dudaba, pero me explicó que Jonás era una entidad canalizada”.

Y ahora, mirando a Kendra, continuó. “Dios, ¡el pelo de los brazos se me erizó! Pero me di cuenta de que no era por miedo; era porque su sugerencia fue... apropiada. Yo nunca había ni remotamente considerado algo así; fue como una bofetada proveniente de ese mundo magufo de cuentos de hadas. Pero fui. Y, de cierto modo, desde entonces ya nada ha sido igual. Fue como si Jonás supiera por qué había ido, y no dejó dudas de que me conocía de arriba a abajo.”

Retornando al sofá, me dejo caer en él. Kendra aún no ha encendido su cigarrillo, lo cual me agrada. “Dijo algunas cosas que conseguían hacer algo así como enviar ondas de sensación a través mío, sensaciones que suponían un cierto tipo de reconocimiento de la verdad que él compartía. Algo de lo que dijo sigue aún surgiendo en la superficie de mi mente a veces, y me recuerdo reconociendo que justo lo siguiente era, de algún modo, algo especialmente importante, aunque no tengo ni idea de por qué se sentía así. Dijo:

Amigo mío, tú has sido lo que se denominaría un filósofo, muchas veces.

¿No es así de nuevo? Ciertamente, estuviste, -en eso que podría ser entendido como una “encarnación del pasado”- asociado a uno de Los Grandes, a un gran maestro.

Ten por seguro que no fuiste éste Grande sino que estabas asociado a él.

Miro a Kendra y rápidamente anticipo su pregunta. “No, nunca se me ocurrió preguntar quién fue este 'Grande'. Según hablaba yo recibía pinchacitos subiendo y bajando por mi espina dorsal. No podía pensar, y menos hablar. De hecho, Jonás dijo que sería bueno parar, puesto que yo ya tenía mucho que reflexionar”.

“Desde entonces he tenido una serie de arrebatos de eso que se podría denominar ‘experiencia mística’, por no mencionar todas las coincidencias extrañas, las corazonadas y los sentimientos de verme como dirigido hacia gente y libros -como si algún imán invisible me empujara primero en una dirección,

luego en otra. Y entonces, una mañana de un inocente sábado escuché a Jonás hablarme. Salté de la cama y garabateé las palabras, repletas de sus distintivas características al hablar, como “por amor a la verdad”, etc. ¿Tienes una ligera idea de lo receloso que estaba sobre eso?”.

“¡Claro que la tengo! Y no olvido aquel momento en la conferencia de Bellevue, cuando le oíste decir que te hablaría directamente a ti -horas antes de que la velada comenzara realmente, cuando, entonces, se levantó y caminó hasta ti para simplemente anunciar ante todos que ya había estado comunicándose contigo”.

No es un recuerdo que pueda olvidarse fácilmente, y ella lo reconoce.

“¡Sí! Y estaba, y todavía *estoy*, receloso!”

Finalmente encendió su cigarro, y tomó una larga, reflexiva calada. “Sabes, Marc, si aún desconfías de Jeremías, siempre puedes preguntarle a Jonás”.

Mi respuesta no requiere premeditación. “Kendra, simplemente es que no quiero ir por ahí corriendo, a ver a seres que de cierto modo habiten en un cuerpo humano de tiempo en tiempo, para preguntarles acerca de lo que yo estoy experimentando ahora mismo. Pero dejaré abiertas algunas opciones, ¿vale? Aunque prefiera trabajar sobre esto por mí mismo”.

Ella me mira, me está estudiando. Puedo sentirlo. ¿Qué información sutil estará recogiendo? “Llevas ya unos tres años cultivando una profunda admiración por el amor y la guía que Jonás proporciona, y también sabes por propia experiencia que su consejo es impecable. ¿Qué podría decir él que pudiera atemorizarte?” Eso es. Eso es lo que estaba recogiendo. Miedo.

Me giro un poco hacia ella doblando mi rodilla y colocando mi pie bajo el otro muslo. No estoy bien, así que lo intento del otro modo. Tampoco va bien. Finalmente devuelvo el pie al suelo. “Mira, me parece que solo hay dos opciones en esto. Jonás puede, o bien responder que la cosa está sucediendo, o bien que no está sucediendo -que todo se trata de mi imaginación exagerada.” Kendra mira desconcertada. “¿Y qué hay de malo en ello?”

“Kendra, ¿no lo ves? Si *está* realmente sucediendo, ¡entonces tendré que hacer algo! Y si de cierto modo me lo estoy fabricando todo, ciertamente que *tendremos* un problema con el que tratar, ¡el tipo de problema donde usualmente se precisa de la ayuda de un loquero, uno que probablemente tenga que visitarme en sus rondas cotidianas en el 'Western State Hospital' [*un psiquiátrico famoso. N.del T.*]!”

“¿Es eso lo que temes?”

“Creo que tengo miedo de *los dos* resultados. Ahora mismo querría poder evadirme lo más pronto posible de todo este asunto”.

“Vaya, ¿es que finalmente no tienes el control sobre esto? Por qué no seguir con ello un rato más, ya que si no te parece bien, siempre vas a poder dejarlo. No tienes que contarle nada a nadie si no quieres”.

Por supuesto, ella tiene razón. Esta verdad tan obvia parece que me calma un poco. Ahora respiro mejor.

“Bien, Jeshua dijo que debería tomar nota de lo que comunicara. Y que si, cuando él está presente, simplemente enfoco mi consciencia en él al abrir los ojos, yo sería capaz de mantener la conexión. Supongo que esto no hará ningún daño, ¿no?”

Dirigiendo mi cabeza hacia la ventana noto que el cálido sol del verano ha desaparecido tras un pequeño banco de nubes azul oscuro, que se ciernen sobre la cima de la Isla Vashon. Los dioses de la lluvia se han revelado a sí mismos.

Sin girar la mirada, sigo hablando. “Solo pasa una cosa. Esta mañana me di cuenta de que no es la primera vez que he tenido este contacto”.

Kendra se reacomoda rápidamente, descansando su mano sobre mi brazo. “¿no? Cuándo...?” “Hace algunas semanas, cuando estuvimos todos de camping en la playa.”

Es pronto por la mañana, el amanecer comienza a difuminar la noche.

Camino por una costa arenosa, al borde del agua; mi mirada está fija hacia la derecha, contemplando un horizonte sin nubes; enfrente, en la distancia, acantilados escarpados donde una cascada apenas perceptible se vierte silenciosamente sobre el mar, estrellándose majestuosamente sobre los enormes peñascos de la base del acantilado.

Un águila se levanta de repente de su posadero allá en lo alto, entre una vegetación siempre verde que alfombra las inclinadas laderas a la izquierda. Sus gigantescas alas atraviesan poderosas el aire; sus penetrantes ojos vigilan todo lo que hay debajo. No hay dudas de en qué lugar nos encontramos.

Se ha convertido en un hábito. Desde que caí por primera vez en este glorioso lugar, hemos venido aquí al menos una vez al año. Construyendo campamentos con la madera que escupe el mar, explorando las interminables piscinas que crean las mareas en su retirada, y fascinados bajo el dosel de estrellas que simplemente son imposibles de ver en cualquier lugar civilizado. Afortunadamente, esta no es una de esas playas que se encuentren con facilidad, no a menos que

se conozca el camino.

Camino desde nuestro campamento hacia el lado más norteño de la playa; los ojos bailan momentáneamente con el águila que se remonta por un cielo vacío. Vengo a la roca preferida para el “simplemente sentarse”, y lo suficientemente por encima del agua como para no mojarme. En cuclillas, y mirando cómo el oleaje golpea la roca, comienzo a sentir una gracia increíble con la belleza: la roca y el oleaje juegan juntos. La mirada fija en esta exquisita interacción, el ritmo penetra en mí hasta que siento lo que oigo.

Tengo un extraño sentimiento, y que empieza a crecer en mí. No es precisamente un dolor, ciertamente que no es doloroso. Es más como un débil zumbido, una vibración. Lo siento en el centro de mi cuerpo, cerca de mi corazón. Ahora, moviéndose, se expande como si fuera a llenar mi cabeza. Parece tan raro estar a la vez sintiendo y atestiguando pasivamente este extraño, pequeño fenómeno.

Hola, Marc.

Las palabras emergen de esa vibración, y tan claras y nítidas como si alguien estuviera hablando en mi oído. Con ellas, la vibración parece haber de cierto modo cambiado, y comienzo a sentir una energía, una calidez que no se puede comparar con ninguna otra sensación que haya sentido jamás. Es sublime, es pacífica más allá de toda descripción.

Las palabras me sobresaltan, pues se da una inconfundible sensación de familiaridad, como si la persona que más amaras en todo el mundo te llamara y, al contestar al teléfono, simplemente al decir “hola”, ya sabes quién es.

Estoy contento de que hayas llegado al punto de estar dispuesto a permitir que tenga lugar esta comunicación. Ten por seguro que, en el futuro, voy a hablar contigo más a menudo.

No puedo mantener la conexión. La energía se desvanece, y de nuevo escucho el oleaje vapuleando a las rocas, en su danza justo debajo de mí. Veo cómo parpadea la luz del sol sobre el océano, y siento la brisa -ahora soplando más fuerte- contra mi piel. Me doy cuenta de que no he sido consciente de ninguna de esas cosas: el oleaje, la brisa, el sol.

Sacudiendo mi cabeza, me levanto, aunque con algo de dolor. Mis piernas están agarrotadas.

¿Cuánto tiempo habré estado sentado así?

“¿Qué fue eso?” Murmuro para mí mismo cuando finalmente soy capaz de

mover mis piernas. Trepano cuidadosamente por la roca, me ahorro los últimos pocos palmos de descenso saltando hacia la arena calentada por un sol que ya se ha elevado muy alto, en el cielo de la mañana.

Comienzo a caminar de vuelta al campamento, y repentinamente siento inquietud. Me resisto. “No, no puede ser”. Reconozco a este ser en alguna parte, dentro de mí mismo, aunque aún no pueda nombrarlo. O quizás es que me niego a hacerlo.

De vuelta en el campamento, los amigos están agitados, el desayuno comenzó. Me siento en calma, miro las suaves olas que ruedan hacia la playa y retroceden en el mar, reconfortado por ese sonido atemporal, rítmico, y algunas emociones se remueven en algún lugar profundo dentro de mí, como dentro de un espacio desconocido. ¿O es acaso un lugar meramente olvidado?

“¿Quieres más té?” Pregunto a Kendra tras relatar mi experiencia en la playa.

Kendra no responde. Se sienta sin moverse, mira no tanto hacia mí como a través mío. Voy a la cocina y pongo a cocer el agua. “¿Una menta de nuevo?”

Se levanta del sofá, camina a la entrada de la cocina, y se apoya contra la pared. No creo que me escuchara la pregunta sobre el tipo de té, así que tendrá que ser menta.

“Recuerdo ahora”. Su voz es suave, sus ojos perdidos en los recuerdos. “Recuerdo estarte mirando y ver cómo te sentabas en aquel tronco, pateando la arena sin intención, mirando fijamente al océano. Me daba cuenta de que algo te estaba pasando, pero simplemente no me parecía apropiado molestarte, así que continué ayudando con el desayuno.”

Pongo la bolsita de té en la tetera, y vierto agua hirviendo en ella. Volviendo a taparla, llevo el cazo a la cocina, recordando esta vez apagar el fuego.

“Marc, creo que necesitas aceptar que está pasando algo en todo esto, ¿no?”

Quito la tapa de la tetera, inclinándome para fisgar el agua, ya ligeramente coloreada, y que levanta un vapor que calienta mis mejillas. Sí, esto está empezando a oler a menta.

Volviendo a taparla, miro a Kendra. “Sí, algo está pasando. Pero como poco me deja perplejo. No lo pedí, y no sé qué hacer con ello, o ni siquiera sé si está sucediendo. Supongo que es algo desorientador”.

“¡Brillante observación!”

Los destellos en sus ojos, junto a un amoroso roce en mi costado, ayudan a

parar una creciente presión que surge en mí.

“Sabes, Kendra, ya sabes que todos mis gustos, en cuanto a mi propio camino espiritual, iban hacia lo Oriental.”

Mi propia declaración suscita toda una oleada de recuerdos, imágenes que aún me arrastran, componiendo la película de mis búsquedas espirituales y filosóficas: iniciación al arte de la meditación hace casi veinte años, los días de universidad bebiendo en la sublime belleza del *Tao Te King*, o en la concisión del budismo zen, o en la atemporal poesía mística de los *Upanishads*, o en el relato fascinante del guerrero Arjuna en el *Bhagavad Gita*. Más tarde, la transformadora y no menos sublime práctica del yoga; horas, semanas, meses, años de posturas; respiración; consciencia profunda; soltando el cuerpo, la mente y el espíritu; mantras interminables disolviéndose en el espacio claro y vacío del samadhi. Fueron experiencias de los Siddhis, o “divinidades”; telepatía, viajes astrales, experiencias fuera del cuerpo, vidas pasadas. Advertido de que todas esas cosas eran fenómenos transitorios, tuve que dejarlas ir. Todas esas imágenes y más..., vistas raudamente en solo un instante.

Nuestros ojos se encuentran..., nosotros, dos amigos tan cercanos que, con solo compartir un poco más, sus vidas se fundirían. Las fronteras de nuestras vidas separadas son borrosas, se solapan, confluyen una dentro de la otra. Ella ya sabe de todas esas cosas.

“Sabes, si un dios del panteón hindú hubiera aparecido -como Krisna, o quizá Rama, o puede que algún viejo patriarca zen, ¡o qué leches, el propio Buda!- entonces..., ya no consideraría que podría haber un problema con esto. Encajaría mejor, ¿no es así? Pero..., ¿Jesús? ¡Jeeeesúuuus, Kendra!”

Seguimos ahí, mirándonos profundamente a los ojos, reconociendo el inintencionado juego de palabras.

Finalmente, rompo el silencio. “¿Quieres el té ahora?”

Kendra toma la taza, meciéndola entre ambas manos, saboreando la calidez que brinda. Sin mirar arriba, pregunta calmadamente: “¿y simplemente, qué es un filósofo?”

“Viene del griego, dos palabras, en realidad: 'philo', que básicamente significa amor, y 'sophia', que significa sabiduría. Philo sophia: el amor de la sabiduría. Un filósofo es amante de la sabiduría.

Es tarde ya, y estoy solo. Me siento en el sofá y cruzo mis piernas, me relajo mirando los últimos restos de un suave y reconfortante atardecer.

Mi mirada se hace progresivamente menos enfocada, mi respiración calmada,

más rítmica. Siento como si mis ojos se replegaran hacia mi cabeza -como sucedió antes-, y comienzan a levantarse hacia arriba. Una sensación, como si mi consciencia comenzara a centrarse en la parte frontal de mi cerebro, justo detrás de mi frente. Mi entorno comienza a marcharse de mi consciencia, permitiendo así el reconocimiento de un ambiente interior emergente.

Ahora hay sensación de movimiento, y me veo dirigido por alguien hacia lo que parece ser una puerta. Se abre, y me deslizo hacia delante a través de un túnel de luces esplendorosas, pulsantes. Según me acerco al final, veo una luz brillante que comienza a tomar la forma de un hombre de vestidos radiantes. La cara es ya familiar.

Carta 1^a

Ahora, comenzamos.

Comienza a abrir tus ojos, Marc.

Y aun así, permite que tu consciencia se mantenga Conmigo.

Las palabras son tanto vistas como oídas, apareciendo contra un fondo vacío. Pero, más que eso, puedo sentir las.

*Soy ese que el mundo conoce como Jesús,
y ahora has venido adonde YO SOY.*

*Nuestros primeros encuentros serán breves.
Deberían considerarse un ejercicio en el que aprendes a aclimatarte a lo que podría llamarse “Mi frecuencia”.*

En verdad, donde YO SOY no es algo que en ningún momento esté inaccesible para ti, ni para ninguno de los hijos del Padre, puesto que es, por supuesto, donde vosotros estáis; todos y cada uno de vosotros.

Y el tiempo del recordar ha llegado para ti. ¿Quién de entre vosotros elegirá despertar del sueño que elegisteis soñar hace tanto tiempo?

Lo que te contaré en estas primeras comunicaciones no es lo que denominarías “sabiduría profunda”

Sin embargo, si recapacitas lo que te voy a contar, puede que, ciertamente, se acelere tu propio viaje de vuelta a casa.

*He estado contigo siempre. Siempre, Me has conocido.
Eres un servidor de esa Luz que muchos llaman Dios.*

Eso es todo lo que siempre has sido, incluso a través de las muchas experiencias -que llamas “encarnaciones”- y que creaste para poder esconderte de la verdad que siempre has sido.

Es aceptable renunciar a tu sueño.

Ya no te puede servir más.

*Te ha llevado a reconocer -mediante la experiencia- todas las formas de evasión que el alma haya jamás concebido,
¡y todo porque se considera a sí misma indigna de su herencia!*

Te contaré mi mensaje final para los hijos del Dios viviente.

Cuando esta tarea sea completada, regresaré a donde Yo Soy, esperando la proclamación de la Nueva Era de Luz sobre este plano físico.

Es pronto para manifestarse.

Ahora, te dejaré.

Me gustaría imprimir en ti la convicción de la Verdad que ya conoces.

Confía en tu voz interior.

No te falla ni te engaña.

Es en una silente humildad donde habla la voz del Padre.

Reconoce que yo, el que conoces como Jeshua,

estoy realmente contigo siempre, por toda la eternidad.

Permanece en paz.

Amén.

A medida que su energía se desvanece, gradualmente regreso a mi realidad cotidiana. ¿Regreso? ¿Adónde fui? ¿Qué es lo que se fue y a qué lugar? ¿Qué significa “ven donde YO SOY”? ¿Dónde está eso? ¿Qué he abandonado sin mover ni un solo músculo? ¿Acaso mi “sueño”? Con un repentino sobresalto, miro a mi alrededor; equipo de audio, chimenea, plantas en el balcón ondeando al viento.

Recuerdo cómo el obispo Berkeley, un filósofo del siglo dieciocho, argumentó una vez que nuestra experiencia es en gran medida como un sueño. Habiéndolo ya escuchado muchas veces, un estudiante iba caminando por la calle, clamando a voz en grito que iba a refutar la tan extravagante filosofía del bueno del obispo, y, de inmediato, pateó una piedra con todas sus fuerzas, ¡rompiéndose un dedo! Desde luego que se le había escapado el quid de la cuestión, pero una parte de mí también quería patear la piedra.

Comienzo a tener la secreta sospecha de que no podré comprender esta experiencia si busco a mi alrededor. Y esto es desconcertante.

15 de Agosto, 1987

Carta 2^a

Ahora, comenzamos.

Tengo tal amor por los hijos de Dios..., y ya sea que estén momentáneamente identificados como hombres o como mujeres, puesto que -en Verdad- el Hijo es Uno.

El Hijo es aquello que brota eternamente del Santo Padre que es inefable, y que, no obstante, siempre está presente en plenitud.

Por tanto, el Amor que siento es el Amor que YO SOY.

Y este término no solo se refiere a lo que soy yo, como "Jeshua", sino a la Verdad y a la Realidad de lo que todos nosotros somos.

Permitíos sentir la verdad que esto contiene, la de que todos y cada uno de vosotros está aquí por una sola razón: constatar la Verdad y volver de nuevo a casa.

Para llevar a cabo esto, nunca ha habido sobre la tierra una oportunidad como la de ahora.

Incluso aunque el hijo esté ante la puerta, llamando, y el Padre ya la haya abierto, el hijo sigue siempre encontrándose ante una elección.

¿Cuál será la tuya?

Amén.

Kendra coloca el mensaje sobre la mesa, pero sin retirar sus ojos de él. "Lo siento, me llevó tanto tiempo leerlo... ¡Tus garabatos de médico son horribles!"

"Parece venir tan rápido a mi mente que casi no puedo seguir el ritmo. Incluso a mí mi propia escritura me resulta difícil de leer. ¡Quizá debería aprender taquigrafía!"

Ahora ella sonríe, y levanta sus ojos del papel para quedarse entre nosotros. "Quiero que sepas que esto me da un buen sentimiento, Marc. Te aliento a que sigas con ello, sea lo que sea".

Me inquieto un poco. Dios..., hubiera sido bueno verla decir que el mensaje sonaba a algo trivial y sin valor.

"'El Hijo es Uno'. Cuando Jeshua dijo eso, me hizo gran mella, pero..., diablos..., no sé". Me levanto de la silla y voy a comprobar cómo se encuentra una de mis plantas, un falso bonsai. *Nunca* reviso las plantas. Aunque afirme

que amo las plantas de interior, puede que alguna muera y que yo durante meses ni lo note. “Marc, ¿puedo sugerirte algo?” “Por supuesto, ¡lanza!”

“Cuando te vayas de vacaciones a Molokai, en pocas semanas, ¿por qué no te pasas algún tiempo allí reconsiderando todo esto? Quizá podrías obtener algunas respuestas acerca del motivo por el cual está sucediendo esto, y acerca de qué es lo que realmente está pasando. Esto me parece algo importante, de cierto modo. ¿Qué piensas?”

No necesito pensar sobre esa sugerencia. “¡De ningún modo! Lo último que quiero hacer es intentar entender nada. Voy allí para relajarme, para estirarme y ser simplemente un turista normal. Mi principal tarea es la de absorber tanto del glorioso sol Hawaiano como pueda..., y *toda* mi energía va a enfocarse en esto!”

Supongo que el bonsai vivirá, pese a mi negligencia. Regresando a la mesa, me dejo caer en la silla y tomo el mensaje.

“Mira, sí que siento que necesito continuar con esta experiencia. Aunque hay algo en mí que realmente no lo desea. Pero sé que siempre puedo quemar todo esto, o al menos puedo guardarlo en una caja y enterrarlo en algún lugar”.

“Entonces, ¿qué es lo que vas a hacer?”

“Por ahora no mucha cosa. Si sucede, y cuando suceda..., pues sucederá. Lo que *haré* es estar seguro de no estar muy lejos de una mesa de escribir y..., diablos..., si vienen más mensajes quizá tome nota de algunas cosas. Ya sabes: el lugar donde esté, qué está pasando..., y ese tipo de cosas”.

Una sonrisa rompe en mi cara, y miro a Kendra.

Me devuelve la sonrisa con una pregunta. “¿Qué estás pensando?”

“Oh, solo una imagen de mis nietos abriendo un viejo baúl, repleto de cachivaches del abuelo, entre los cuales están esas páginas viejas y amarillentas, con esas notas tan raras que contienen las conversaciones con un amigo invisible. Cuando preguntan a su madre por ello, ella les contesta: “Vaya, ¡por eso es que tuvieron que encerrar a vuestro abuelo, queridos! Dejad eso, y venid a jugar al patio”.

Kendra se ríe, sacudiendo su cabeza. “¡Tienes un sentido del humor tan raro!”

Pasan algunos instantes, y ahora me mira, un poco más pensativa. “Marc, cuando eras pequeño, ¿cómo te sentías sobre Jesús?”

El repentino giro en nuestra conversación me pilla fuera de guardia, y parece

poder abrir toda una caja de recuerdos. Me veo yendo a la iglesia los domingos con mis padres. Interminables rondas de sermones y de catequesis dominicales. *Esa* es la parte que no me gustaba tanto.

“Mi padre me dejaba frente a la iglesia para que fuera a las lecciones del domingo, pero yo fingía dirigirme hacia dentro y, tan pronto como él giraba por la esquina, ¡yo ya me había largado! Me iba al centro del pueblo y gastaba la limosna para la iglesia en un batido de chocolate.”

Los ojos de Kendra estaban bien abiertos de la sorpresa, pero sonreían. “¡Tú! Eso es, ¡eso es casi sacrílego!”

Sonríó al recordarlo. “Bien, pues cuélgame al amanecer. Pero recuerdo que me sentía muy bien con Jesús cuando podía arreglármelas para separarlo de todo el dogma. Lo sentía como si él fuera un ser que sí que sabía algo. Quiero decir, que *realmente* sabía algo. Sentía como si fuera alguien en quien realmente podías confiar.”

Su voz se hizo algo más suave ahora. “¿Por qué no te fías ahora?”

“¡Kendra! ¡Aquello era Jesús viniendo a mí a través del filtro de alguien! Vivía en relatos, y contaba parábolas que eran como gotas del test de Rorschach. ¡Y vivía ahí, conservado en el formol de la historia! ¡Es fácil confiar en ese Jesús! Puedes creer cualquier cosa sobre él, todo lo que quieras, que, ¿cómo va a poder defenderse a sí mismo?”

Sin mover su cabeza, levanta sus ojos y me mira directamente. “Pues... quizá llamando a casa”. Me dejó patidifuso.

“¿Estás diciendo que crees que este Jeshua es Jesús?”

“¿No es eso lo que dijo?”

”Sí, pero...” “¿Cómo se *sentía* cuando lo dijo?”

Ella deja caer el mentón en su mano, y me mira directamente.

Girando mi cabeza para mirar por la ventana, le respondo suavemente. “Tan bueno y real como esos batidos de chocolate que me solía tomar”.

Pero no puedo dejar que se quede ahí. La emoción comienza a agitarse en mi interior; una lucha para seguir convencido de que Jeshua no es Jesús. No importa lo que ese *sentir* me parezca, esta experiencia simplemente no puede ser real. Bien, no puede ser real *así*.

“Mira, Jesús vive en las páginas de la Biblia, y en textos oscuros esotéricos, y en las esperanzas de algunos corazones..., pero no puedo creer que se apare-

ca saliendo de un cierto campo de luz en el curso de una meditación, en la América del siglo XX.”

Dejo caer un poco la cabeza. “Además, aunque eso hiciera, no es el mensaje con el que se han construido imperios, no es ese el mensaje en que millones de personas han puesto todas las esperanzas de su alma. Dios, Kendra, ¿no puedo compartir un mensaje como este, de una fuente como él! Ellos... ellos...” “¿Te crucificarían?” Ella completa mi pensamiento con algo más que una mirada ligeramente desconcertada en su semblante.

“¡Sí!” Dejé escapar mi respuesta, y entonces, rápidamente añadido algo. “Bien, probablemente no de forma literal, pero, simplemente es que no quiero pasar por tal lío”.

Ambos nos aquietamos cada vez más. “Marc”. “¿Sí?”

“¿Y qué pasaría si se hubieran equivocado?”

Capítulo 2

*Los pensamientos del mundo nunca han sido tuyos.
Son algo ilusorio. Por tanto, igual pasa con tu infelicidad.*

Playa de Fagan, Molokai 30 de Agosto, 1987

De repente me despierto, veo que es muy temprano. No queda ni rastro de las primeras luces del día. Solo estoy a medio vestir cuando reconozco un sentimiento, una sensación de urgencia, que me impulsa a ponerme en pie y salir por la puerta, ya vestido. Ciertamente que las prisas aquí son algo risible, en esta isla, en la más tranquila —y hawaiana— de todas las islas, y donde para nada parece haberse dado jamás algo “con urgencia”.

Conduzco por la estrecha y tranquila carretera que se curva y enrosca a lo largo de la línea de costa, atravesando plantaciones tropicales que surgen aquí y allá, pero que cada vez quedan más alejadas unas de otras, hasta que ya no hay. Mi mente: “¿Por qué estoy aquí? ¿Adónde exactamente creo que estoy yendo?” Es una carretera por la que he ido solo una vez —de día— cuando visité el Valle Halawa, que contiene los restos arqueológicos más antiguos de los habitantes hawaianos, descansando ocultos entre la densa y exuberante jungla tropical. Es una carretera que se hace cada vez más estrecha, con giros y vueltas en forma de horquilla. Y claro, no hay farolas que me guíen.

Ocurre un sutil cambio en la luz al darse los primeros indicios de la llegada del día. Repentinamente he de apretar los frenos al llegar a un stop. Y, confirmando enseguida de lo que se trata, aunque pueda ver poca cosa, veo que es una pequeña y descuidada carretera de servicio de alguna granja. Parece hacer una pendiente y en solo veinte metros llegar a una puerta. Con una continua sensación de urgencia, salgo del automóvil y llego a la cerca en un abrir y cerrar de ojos.

Zambulléndome en unos densos herbazales que me sacan medio metro de altura, viro hacia la izquierda sin otro motivo que el de sentirme bien haciéndolo. Finalmente, me abro camino entre un follaje ralo y más disperso, acelerando mi paso, con esa urgencia que me compele desde adentro.

Hay suficiente luz como para convertir ya el mundo a mi alrededor en débiles sombras. Ahora estoy corriendo, y llego a una loma de grandes rocas volcánicas. Rauda hacia la cima, oigo el oleaje en algún lugar debajo de mí, y mi

corazón se acelera. Estoy excitado, aunque no tengo ni idea de dónde estoy ni de qué hago aquí.

Sucede que me siento en meditación, envuelto por una suave brisa cuyo toque calma fácilmente mi cuerpo, mente y respiración, hasta que solo queda un cristalino discernimiento, un sublime bienestar.

Ahora siento una sutil, una creciente calidez al elevarse el sol y comenzar a acariciar mi cuerpo. Lentamente abro los ojos y exploto en gozosa risa. ¡Está tan bonito aquí! La roca que me aloja se encuentra en la cima de una loma, justo en un extremo de una caleta con forma de huella de caballo, y enfrente, el canal que nos separa de Maui, donde veo cómo sale el sol, cual fogoso dios entrando en el cielo ligeramente nublado. La más natural de las respuestas es ahora simplemente la de dar gracias. Aunque mis ojos estén abiertos, comienza ahora ese sentimiento, ya familiar. Veo esa Luz dorada, y entonces oigo una familiar Voz.

Carta 3^a

Ahora, comenzamos.

*Es al buscar, y al pedir, aquello que sea lo más alto,
en ti y fuera de ti, como se llega así a lo más alto.*

*Querido Hijo, tú, que has viajado tanto sin Mí,
reconoce que ciertamente has llegado a casa de nuevo.*

Soy El Que Soy.

*Nunca has estado sin Mí, porque vuestros mundos
no son sino un instante de ilusión.*

*Querría hablar contigo, en este tiempo, que es el más glorioso de los tiempos,
de Aquello que únicamente es lo Real.*

Querría hablar contigo de Aquello que únicamente es Vida.

*Querría hablar contigo sobre Aquello que, únicamente, es lo que puede capacitar,
al viajero de mil mundos, para regresar a casa.*

Querido Hijo, lo que es Real, YO SOY.

Lo irreal, no existe.

Soy la Luz y la Vida de todo.

Mi esplendor no conoce fronteras, mi pureza no está manchada.

En ese comienzo sin comienzo, te hice nacer como el pensamiento de perfecto Amor en la forma. Solo esto es lo que tú eres.

*La tierra es Mi cuerpo.
Abrázala, pues te enseñará sobre Mí.*

*El mundo es tu ilusión.
No puede enseñarte nada,
pues lo que no es Real no contiene conocimiento sobre Mí.*

*Querido Hijo, tu alma es Mi aliento.
Cuando te creé, al principio, ya estabas completo.
Nunca te has apartado de aquello que fuiste creado para ser.
Eres Mi deleite, y en ti reconozco aquello que YO SOY.*

*Tu único pensamiento ha sido este: el de separación de Mí.
Sobre esto descansa la creación de milenios de ilusiones.*

*Los mundos que has experimentado, los miedos, las dudas, los esfuerzos,
los logros, todo lo que jamás hayas imaginado, o todo lo que hayas hecho o
sido, y todo lo que puedas jamás imaginar que podrías ser y hacer, no es
sino la imaginación de un instante.*

Y todo ello reside en ese solo pensamiento.

*Esto te doy como Camino de Vida: renunciar a ese pensamiento hace que
nazca el reconocimiento de lo único Real.*

*Ningún esfuerzo consigue llevar el Hijo al Padre.
Ninguna oración ni súplica puede lograrlo, pues esas cosas residen en el
mundo de tus creaciones, y así, no albergan nada de Realidad en ellas.*

Tu viaje no ha sido.

Por siempre descansas en Mí, siempre moras en Mí.

*Lo únicamente Real reside en ti como tu propia alma.
Es tu corazón, y verdaderamente puede ser conocido.
El silencio es el umbral de esta sabiduría divina.*

*A menudo vendré a ti, a menudo te hablaré, pues te has cansado de viajar.
Ahora, estás en casa Conmigo.*

*Repito,
para aquellos que elijan escuchar lo que de ahora en adelante va a ser
dado: el Camino es fácil, y sin esfuerzo.*

Pues lo que llega con esfuerzo es de tu mundo, no Mío.

*Soy reconocido solo cuando eliges entregar, plenamente, el único pensa-
miento que hayas jamás albergado, pues sobre él se apoya el surgimiento*

de todos los mundos.

Solamente yo, soy el fin del mundo.

Aquí reside la paz que va más allá de todo entendimiento.

Amén.

La luz se difumina. Me siento en quietud durante un largo, largo tiempo. Mi mundo se ha detenido por completo.

Me levanto lentamente y camino por la playa sintiendo la cálida arena bajo mis pies, mirando cómo la luz del sol hace danzar diamantes centelleantes sobre la superficie de las suaves olas. Sin la ropa, entro en el oleaje, aliviado y abrazado por las aguas tropicales. Y ahora comienzan las lágrimas. No hay resistencias en mí; fluyen libremente mientras sigo metido en el océano hasta la cintura.

Estoy sin habla, sin pensamiento. Solo parece existir la sensación de las olas chocando contra mi estómago, y una cascada de lágrimas corriendo hacia abajo por mis mejillas, hasta el pecho.

Saliendo del agua, siento como si toda mi energía se hubiera agotado. Desplomándome en la arena, caigo en un profundo sueño.

“El capitán ha apagado la luz de los cinturones de seguridad”

La voz de una azafata invisible me sobresalta en mi breve dormitar. Giro mi cabeza y por la ventana contemplo solo por un instante cómo desaparece Hawai tras de mí, yendo a situarse, sin duda alguna, en un cofre de tesoros en algún lugar de mi cerebro, etiquetado como “mis más queridos recuerdos”.

De mi equipaje de mano saco mi libreta, levanto su cubierta, y leo la comunicación recibida en la playa de Fagan.

Tu único pensamiento ha sido este: el de separación de Mí.

Sobre esto descansa la creación de milenios de ilusiones.

Repentinamente aparecen imágenes por mi mente. Indios y vaqueros; rascacielos y atascos; cientos de musulmanes inclinados hacia la Meca; un sacerdote confesando; un santón hindú con su cuerpo embadurnado de ceniza; la cara de un hombre tras unos barrotos; el caos del mercado bursátil; una pareja recién casada cuyos ojos expresan la esperanza de que su entusiasmo dure por siempre; una vieja mujer que da su último suspiro...

Dirijo mi cabeza hacia la ventana y estiro el cuerpo para detener la avalancha

de imágenes, que no vienen una tras de otra, sino aparentemente todas a la vez. ¿Puede ser así de simple? Y entonces, ¿cómo hago para renunciar a este único pensamiento que tan fuertemente ha sido creído -si es que voy a aceptar lo que Jeshua dice- durante “milenios”?

¿Cómo voy a ser capaz de aceptar que, lo que he creído, quizá inconscientemente, es la base para un mundo ilusorio en el que todos los demás parecen también creer?

Devolviendo la libreta a su lugar -allá en el fondo de mi maleta engullida por algún lugar bajo mis calcetines y mi ropa interior-, descanso la cabeza en el asiento, presiono el botón que hay dentro del apoyabrazos para poder bajarlo todo lo posible, y atiendo deliberadamente a la película, deseando haberme acordado de pagar mis seis dólares por los cascos de audio.

3 de Septiembre, 1987

La experiencia en Molokai parece ya algo muy lejano. Desde el viaje de vuelta a casa no he vuelto a leer el dictado recibido. Está por ahí, relleno de un cajón, como si parte de mí esperara que funcione ese viejo adagio: ojos que no ven, corazón que no siente.

¿De qué va toda esta resistencia, este miedo? ¿Estaré inventándome toda esta experiencia con Jeshua? ¿Acaso querría siquiera inventarla? Me vienen recuerdos que parecen estar ya muchas vidas pasadas atrás, flotando en mi mente consciente —recuerdos de cervezas tras el trabajo, de jugar al billar y comentar el inminente partido de la Superbowl. Son recuerdos de una realidad que, justo ahora, se siente atractiva. ¡Si no hubiera ido a esa clase de filosofía hace 18 años! ¡Eso es! Eso agitó mis ideas. Comencé a cuestionar los “hechos” más obvios de la vida. Debería haberme hecho contable, o algo así, y entonces todo esto quizá no hubiera sucedido. Tendría un agradable y seguro trabajo en algún lado, y mis noches no serían consumidas en esta lucha entre evitar la experiencia que estoy teniendo y ser impulsado a entenderla.

¿Por qué Jeshua no podría al menos decir algo que tuviera algún sentido? ¿Qué tal algunos números ganadores de la lotería? Aunque sienta que algunos timbres en todo esto resuenan con la claridad de cierta verdad -mientras los escucho-, nada en mi experiencia diaria parece encajar con ello. No es solo otro punto de vista más sobre la realidad; es una Realidad enteramente nueva.

Este debate interior da vueltas por mi mente sin ninguna reconciliación posible, hasta que el auténtico fracaso de mi intelecto para captarlo, para encerrarlo en

las nítidas cajas de la lógica que él venera, me obliga a simplemente callarme. Y entonces, eso comienza de nuevo. Esa sensación de calidez que crece desde adentro, el cambio vibratorio..., y finalmente la Voz:

Carta 4^a

Ahora, comenzamos.

Mora Conmigo aún un poco más.

Deseo comunicarme contigo ahora, antes de que vayas a tu oficina.

¿Estás dispuesto a unirme a Mí ahora?

Sí, murmuro bajo mi respiración. Estoy seguro de que he perdido lo poco de cordura que aún tenía, así que, ¿por qué no?

Entonces, toma la libreta y el bolígrafo, pues te hablaré sobre aquello que es Vida, Verdad, y que únicamente es lo Real.

Soy Jeshua, y escucho tu llamada.

He estado contigo desde hace mucho, Marc.

Desde antes de vuestra Lemuria, estoy contigo.

No hay nada que se te vaya a ocultar en esta vida, pues estás regresando al hogar con el Padre.

¿No querrías morar en paz ahora?

No hablo de un momento de respiro antes de continuar tu jornada.

Hablo solo de la paz final que no conoce contradicción y ningún contraste. Es la paz que mora en el Padre, dada gratuitamente a Su Hijo desde el primer momento de la creación del pensamiento de Separación.

Observo tu pensamiento, y te digo que sí, que es precisamente así, sin importar cómo de inverosímil te parezca todo, y cómo insistas en que te lo parezca.

Pues en el Padre, la ilusión no es.

No hay separación, pues ni existe el pensamiento sobre ello.

Lo que enseño, otros lo enseñan.

Muchos son los profesores, una sola la enseñanza.

De tu apego a esas últimas hebras de tu separación depende toda la insatisfacción que sientes. Incluso ahora, eres intensamente consciente de esto.

El mundo ha perdido todo su sabor para ti, pues tú has trascendido el mundo. Mora en nosotros, Marc.

El mundo, con todas sus enseñanzas no conoce nada sobre nosotros, la santa unión de padre e hijo.

Pocos quieren realmente renunciar a sus sueños.

Te he hablado de que a través de ti elijo dar mi mensaje final al Hijo que permanece en la ilusión. Y así será.

Se acerca el momento rápidamente, ahora, pues estás llegando a la presencia del Padre.

Benditos son los niños de la Luz.

Benditos, aunque inconscientes.

Solo al final de todo viaje, es cuando la bendición es reconocida.

Y la bendición del Padre reside en esto:

el Hijo nunca ha sufrido realmente, nunca se ha ido a ningún lado.

Ningún dolor ha sido vencido. Ningún esfuerzo ha sido empleado.

Cuando se reconoce esto, el final del mundo es encontrado, un mundo que es siempre ilusión, sin importar la forma.

El mundo puede ser uno de dolor, puede ser de lo que muchos llaman gozo, aunque, más allá de eso, está la Verdad de lo Real.

Que es la morada del Padre, y de este, el Hijo, que nunca ha partido.

Esta es la verdad más alta que se pueda expresar.

Esto es lo que llegas ahora a reconocer.

No desesperes, pues estoy contigo.

Permite la disolución de tus sueños.

*Lo que tú eres es lo que el Padre te ha creado para ser,
y en ello se encuentra tu verdadero gozo.*

En este día, permítete a ti mismo percibir toda tu experiencia como el final de tu ilusión: el nacimiento de la Vida.

Pronto vendré con más instrucciones para ti.

Síguelas, pues ha llegado el momento para la tierra.

*Muchos están casi preparados para escuchar la Palabra,
y despertar de la ilusión.*

Ve ahora en paz.

Te amo enormemente, pues YO SOY el Amor.

Amén.

Ha pasado una hora. ¿Cómo se supone que puedo considerar el atasco en que estoy metido ahora como “el final de mi ilusión”? Me digo, para mí mismo: “Solo entrévalo, deja que se vaya el juicio de este instante”. Mi mente se serenó de repente, como un lago de montaña completamente calmado sin una sola onda en su superficie.

Comienzo a reír cuando me viene una imagen a la mente. Es un monje budista zen que se levanta antes del amanecer, y que va al zendo, o sala de meditación, solamente para sentarse, para perfeccionar la habilidad de estar simplemente presente. Y entonces, ¿qué es, de todos modos, el atasco? ¿Es una perturbación que evita que lleguemos adonde creemos que debemos estar, o simplemente es, quizás, un zendo?

Por un instante soy un monje budista zen, pero solo por un fugaz momento.

Carta 5ª

Ahora, comenzamos.

Marc, escúchame bien.

Pues así como has venido a Mí, ahora llego hasta ti.

Como he dicho, se te darán instrucciones, a ti, que has pedido el final de la ilusión.

Síguelas y, ciertamente, llegará la aurora de lo has anhelado recordar.

Descansa ahora por un instante, y cierra esos tus ojos, que querrían mostrarte solo el mundo de tu ilusión, y, en este descanso, yo llegaré hasta ti, y Mi presencia servirá de sanación para ti.

Descansa ahora...

(Lo que aconteció nunca he sido capaz de ponerlo en palabras. Fue como si todo mi ser se viera fundido en luz. Nunca he sentido una paz tan completa.)

Y ahora, el final de la tristeza se cierne sobre nosotros.

Ya no saldré más del santo lugar del Padre.

Ciertamente, he vencido el mundo.

Y con esto no es que pensemos que la tarea esté finalizada, pues la única tarea es la salvación del mundo. Esto lo hacemos juntos, hasta que los hijos de Dios se reconocen a sí mismos solo como el unigénito; Cristo.

Aquí reside la paz.

Amén.

25 de septiembre de 1987

Insatisfacción. La siento de nuevo. Supongo que no es una experiencia que conozca solo yo. ¿Es por mi trabajo? Debe ser eso. En un instante, mi mente considera los muchos aspectos de mi trabajo actual que podrían ser la causa de este sentimiento. Van desde que no se me paga el suficiente dinero, hasta que son demasiadas horas. Por otra parte, *tiene* sus cosas buenas, como poder pagar las facturas.

O puede que sea por mi relación actual. Debe ser eso. Es algo grande... y de tantas maneras... pero...

Hay algo que supongo que debo hacer con mi vida, pero no sé lo que es. Quizá sea esto, justo lo que estoy haciendo. Si lo es, ¿por qué no lo siente así? ¿Por qué hago lo que hago? ¿Por qué siento lo que siento? Dios, a veces me siento como Barbara Streisand cantando: “¿De qué va todo esto, Alfie?”.

Oh, qué diablos, aquí estoy, después de todo. No puedo describir exactamente de qué trata esta insatisfacción, pero ciertamente, está aquí. Mantente atareado. Simplemente basta con ir al trabajo y con no pensar sobre ello. Buena idea. Quizá esta noche alquile una película y me tome uno o dos vasos de vino.

Ahora, es de noche. El vino está en la copa, pero no lo he probado todavía. Por algún motivo, dudo si meter el vídeo en el aparato. Me dejo caer en el sofá y ahí me quedo.

“Maldita sea”, pienso para mí mismo. Estoy sintiendo cómo comienza otra vez. Lo he notado prácticamente en su mismo comenzar. A medida que crece ese sentimiento, me levanto de golpe y me doy prisa para encontrar mi libreta y el bolígrafo. También podría resignarme a recibir esta comunicación... y ya está. Puede que me esté volviendo loco, o puede que ya lo esté, en cuyo caso ya no puede hacerme más daño prepararme para...

Carta 6^a

Ahora, comencamos.

Primero, es preciso que comprendas que, en prácticamente cada ocasión de infelicidad que sientas, se encuentra eso que llamaremos dependencia de la ilusión de las circunstancias.

*Contempla esto por un instante,
y creo que fácilmente llegarás a entender que esto es cierto.*

¡Ahí está!

Te llevó solo un instante, ¿no es así?

Reconoces muy bien que, en esos momentos que están justo antes de ese instante en que surgen esos sentimientos que eliges etiquetar como “de infelicidad”, se da primero el sutil pensamiento sobre “las circunstancias”

¿Qué son las circunstancias, Marc?

“Bien, pues supongo que se trata de un lugar, de un entorno de cierto tipo”

¡Sí! Un lugar, eso está bien.

Ahora, con tu entendimiento, entra en aquello que siempre existe y que es anterior a las circunstancias.

Y lo que ahí será descubierto es el pensamiento. Tu pensamiento. O mejor dicho, lo que sin querer has identificado con algo que es tu pensamiento.

Lo que te estamos pidiendo que examines, con ese aplicado intelecto que has desarrollado meticulosamente en el curso de una multitud de tiempos de vida, es simplemente esto: ¿De dónde viene ese pensamiento anterior a las circunstancias que consideras dolorosas?

Has notado que hemos igualado el dolor con la infelicidad en los ámbitos mental → emocional → físico.

Y pintamos esas flechas para indicar que el dolor implica a todo tu ser.

Si llegaras a comprender bien lo lejos que este “ser” se extiende, la responsabilidad te paralizaría.

Pero todo a su debido tiempo.

Ahora, ¿de dónde viene ese pensamiento?

Considera la distinción dada algún tiempo atrás entre aquello que es del “mundo” y lo que es de la “tierra”, pues es una distinción crítica.

La tierra es lo que llamarías una “entidad”.

Es forma, de una cualidad no muy diferente de la tuya propia.

Con esto queremos decir que la tierra elige libremente expresar en forma física, reconociendo y aceptando las limitaciones inherentes a esta elección.

Lo hace como todos los auténticos maestros lo hacen: como una elección para deleitarse en la expresión de aquello que el Padre es: Amor Incondicional que no puede albergar miedo, ni ninguna constricción de su naturaleza divina.

La tierra te ama enormemente, como a toda la humanidad.

Siente tristeza, y decimos esto muy literalmente, y no metafóricamente.

Esta tristeza es el resultado del generalizado rechazo que tiene la humanidad ante la presencia y el propósito del Padre.

La separación a la que la humanidad se ha adherido incondicionalmente crea desarmonía en todo lo que es, cosa que la tierra ya no puede tolerar mucho más.

Su tristeza hace nacer una liberación que ahora comienza a expresarse visiblemente. Esto se acelerará en los meses y años por venir.

La tierra es un sabio maestro, del cual, la humanidad, sin el más mínimo esfuerzo, podría aprender a proveerse fácilmente con todo lo que se requiere. La humanidad apenas recuerda que esa posibilidad existe.

El mundo es siempre ilusión.

Vemos claramente la dificultad que tienes con esto.

¿Puede ser cierto?

¿Debe ser cierto?

Ya has atisbado las consecuencias de reconocer esta verdad plenamente.

Y por eso es por lo que te resistes.

El mundo, Marc, no significa nada.

Esto te horroriza, aunque ya no hasta el punto de que no albergues ya, dentro de ti, la aceptación de dicha verdad.

Ahora, te daremos tu primera clave: tus sentimientos emanan de tu rechazo a permitir que esta verdad se ancle en la totalidad de tu ser.

Tu grito interior, que quiere que el mundo signifique algo, es el grito de todos los que querrían insistir en la Separación con respecto al Padre.

La aceptación total de esta verdad es la muerte de la Separación, e indica el final del mundo.

Ciertamente, desde la perspectiva en la cual la humanidad insiste tanto, esto parece ser algo terrible.

Pero reconoce esto: el horror que da pensar en el fin del mundo no es sino la elección de creer en ilusiones.

Te enviamos, al respecto, la imagen de muchos espejos que, desmenuzándose silenciosamente alrededor tuyo, no dejan nada más que una espléndida luz, para ayudarte a sentir cómo de seguro y sano es realmente renunciar a

la ilusión.

El mundo es la trampa que has creado para ti mismo.

Tú, igual que ha hecho toda alma sobre esta tierra, has ayudado en la creación de esta elaborada red de ilusión, y de los engaños subsiguientes acerca de lo que es Real.

Examina muy cuidadosamente todo lo que experimentas como “circunstancias”. ¿No se trata de una lucha perpetua por discernir y agarrar aquello que se cree que es real?

¿En qué actividad participa la humanidad, a la que no le adscriba el valor de tener Realidad? La humanidad la crea, y entonces busca experimentarla -una y otra vez- y solo para poder sustanciar su creencia en que la ilusión es Realidad.

Permíteme simplificar.

¿Qué es la ilusión?

El mundo.

¿Quién es su creador?

La humanidad, existiendo en la elección de la Separación.

¿Y la misión de la humanidad?

Demostrar que su creación tiene el valor de la Realidad.

El orgullo es el único pecado que puede decirse que exista.

Surgió cuando en un principio fue albergado esto en el pensamiento del Hijo: “estoy separado del Padre”.

Secundariamente, lo que está siendo enseñado bajo la bandera de la Nueva Era es muy cierto: cada alma encarnada es un co-creador, creando el mundo con una variación infinita.

Pero esta enseñanza no fomenta la iluminación sino solo la perpetuación de la ilusión. Y así, esta continúa.

El mundo es una red de ilusión en la que tú, como alma, eliges libremente sumergirte. La red es como un vórtice, o un campo de energía que es la sola creación de la humanidad. Su fundamento descansa por entero en la Separación, sin importar lo que el orgullo del ego desee crear.

Insistir en la ilusión es elegir verse limitado por esta energía, o vórtice.

No hay iluminación en el mundo, ni puede haberla.

Esta es la verdad ante la que el ego de la humanidad se resistirá con ingeniosidad hasta que llegue el agotamiento. ¿De qué?

De un pensamiento momentáneo de Separación.

Solo una fantasía, y de ahí el surgimiento de todos los mundos.

La fantasía, en verdad, nunca ocurrió. Esta es la salvación del mundo: que todo eso no existe, y que jamás ha existido.

Este único pensamiento se te da como tu segunda clave, y puede serle dado a cualquiera que busque salvación.

Su contemplación puede llevar a que se acabe, por momentáneo que pueda ser tal final, la identificación con la red de energía que es la mente del mundo.

Ahora, hemos completado el círculo, y percibes muy bien la auténtica fuente de toda tu infelicidad. Pues los pensamientos del mundo nunca han sido tuyos. Son ilusión. Por tanto, he aquí tu infelicidad.

Has llegado a un punto en que tienes un agudo reconocimiento de que, todo instante de identificación inconsciente con la red de energía que es la mente del mundo, es una creación de dolor, sin importar cómo lo interprete el ego, que insistiría en su realidad.

El gozo del mundo es una mentira, pues el mundo no es.

Ve ahora, Marc.

Y mora en esas cosas.

Reconoce bien que estás muy cerca de hacer estallar los espejos de la ilusión. El velo está siendo rasgado.

Lo que experimentas, a tu propia manera, es la única muerte que importa. Es la muerte de la Separación.

Y yo conozco muy bien lo que va a emerger de ahí.

Recuerda esto, y ámate a ti mismo por ello.

Nosotros te dejamos, aunque estamos siempre contigo.

Paz, te brindo.

Amén.

“Vaya noche para tener clientes urgentes. ¡Maldita sea!”. Murmuro esto para mí mismo mientras corro a apagar mi ordenador, eso que reúne calculadora, máquina de escribir y radio.

Hay media hora de automóvil hasta mi clase de yoga, la que se supone que comenzará en veinte minutos. Es momento de volar. ¿Cómo el profesor puede

esperar que alguien llegue a tiempo si no puede llegar bien ni él?

Agarrando mi maletín y la chaqueta, corro ante la portera. “¡Me voy pitando, Peggy!” “Ten un buen...”

Su respuesta se queda sin que nadie la oiga mientras cierro la puerta tras de mí y corro hacia la plaza de parking. Esta noche mejor jugamos a ser corredores de velocidad.

“¡Genial, simplemente genial!” Grito, al acercarme a esa bien conocida curva y ver el tráfico parado. Queda aún mucho hasta llegar al semáforo donde he de girar, así que ahora sí sé que llegaré bien tarde.

Y entonces, ¡chas! Así de simple, y sin aparente motivo, sucede.

No, no he sido golpeado por atrás, aunque casi que desearía que eso fuera lo que hubiera pasado. Repentinamente, todo está perfectamente calmado. No puedo escuchar los automóviles a mi alrededor, ni incluso la radio. En mi campo visual se pierde la visión de todo, que queda temporalmente eclipsado por estas tres palabras:

LAS CARTAS DE JESHUA

Todo mi cuerpo queda como electrificado, desde la punta de la cabeza hasta los dedos de los pies. Entonces, igual de repentinamente, eso se va, y todo vuelve a la normalidad.

“¿De dónde provino?” Me pregunto. Me siento como si me hubieran dado en la cabeza. Y entonces, caigo en la cuenta. ¡Se me ha pedido que haga todo esto público!

“¡Oh, no! ¡de ningún modo!”.

Finalmente el tráfico comienza a avanzar. Me abro camino hacia mi plaza de parking, y al comenzar a caminar hacia la clase advierto que solo hay algunos pocos de los automóviles de mis estudiantes. Puede ser que venga poca gente esta noche.

Ahora, sí comienzan a venir más, y miro mi reloj: ¡5:55! ¿Es que solo tardé tres minutos en llegar aquí? ¿Con ese tráfico? ¡No es posible!

Al volver de clase, giro impulsivamente en otra dirección. “No es demasiado tarde y, además, ¿para qué están si no los amigos?” Así voy razonando cuando tuerzo hacia la casa de Kendra.

Toco a la puerta fuerte e insistentemente, revelando así mi impaciencia, hasta que se abre.

“Vaya, ¡sorpresa de las sorpresas! Pensaba quizás que ya habrías abandonado tu cuerpo, o algo así”. “Ya, es que he estado un poco ocupado últimamente, en lo que comienza otra vez mi trabajo, mis clases de yoga...”.

“Entonces, ¿es que ya no tienes teléfono?” Sonríe colgando mi abrigo. Es una hermosa noche de otoño del Noroeste, y la frescura del aire está comenzando a musitar algo acerca de los cambios que están por venir. “¡Dios, esto sienta tan bien!” Me quedo cerca de su estufa de leña, con las palmas de mis manos tan cerca como puedo tenerlas sin llegar a tocarla.

“Sé que aún no hace *tanto* frío como para esto, pero... ¡qué diablos, adoro el calor de un fuego!” Ella se instala en su nuevo sillón abatible, ese tipo de sillón que simplemente te traga y no te deja marchar, sin importarle las tareas que requieran tu atención. Caigo en el sofá y me relajo, dejando que mis ojos descansen en la silenciosa danza de las llamas de la estufa.

“Entonces, ¿cómo va todo?” Pregunta Kendra.

La miro y constato que solo está interesada en las comunicaciones. “Supongo que sabes que esa es la razón por la que estoy aquí. Bien, al menos una de las razones. Quiero decir, quería verte...”.

“¡No trates de disculparte así! Está riéndose ahora, y se repone de un momento de turbación.

“Seguí tu consejo, y simplemente me permití anotar todo este asunto cuando ocurriera, lo cual no ha sido demasiado a menudo —gracias a Dios. Una vez en Molokai, otra...”.

“¿Y qué dijo él?” pregunta, adelantándose un poco en el asiento.

“Bien, pues, eeh, yo, mmm, Kendra”, murmuro, “creo que mejor no meternos en eso justo ahora. No me preguntes por qué. Siento simplemente que mejor todavía no. Creo que me gustaría poder darle algún mayor sentido por mí mismo”.

Constatando mi vacilación, pregunta gentilmente, “¿es acaso provocador?”

Dudo al contestar, sintiéndome algo cohibido sobre mi respuesta. “Bien, eeh, sí, mmm, creo que así es, sí”.

“¿Crees que lo es?”

Ahora me toca a mí avanzar en el sofá. “He leído ese buen lote de cosas metafísicas, durante todos estos años, pero esto me deja anonadado”.

Kendra ríe, diciendo, “¡Quizá sea ese precisamente su sentido!”. “¿Qué?”

”Quizá se *supone* que te tiene que dejar así”.

Suspirando, le digo lo que sucedió de camino a clase de yoga. “Maldita sea, Kendra, ¡no sé qué hacer con esto! La consideración de publicarlo me hace temblar. No soy escritor. No sé nada sobre cómo publicar, y además...”.

Su estallido de risa corta rápidamente mi alegato. Fingiendo molestia, aunque interiormente agradecido por la interrupción, inclino suavemente mi cabeza y la giro de modo que apenas pueda verla por el rabillo del ojo. “¿Y entonces? ¿Qué está pasando ahora que sea tan gracioso?” Pregunto.

“¿Eres más entretenido que el show de Bill Cosby!”. “¿Eeh?”.

“Marc, mira. ¡No te olvides de quién está al final en los controles de todo esto! ¡Tú eres el que está en el cuerpo! ¡Eres el que tiene control sobre la decisión de si publicarlo o no! ¿Podrías, por favor, relajarte sobre todo este asunto?”.

Se levanta de su asiento, abre la puerta de la estufa y mete otro tronco dentro. Vuelan las chispas y las llamas saltan más alto por un instante, al caer el tronco entre las brasas.

Kendra se gira hacia mí y se queda ahí de pie por un momento, sacudiendo suavemente la cabeza. “Sé que probablemente lo sentiría diferente si me estuviera sucediendo a mí. Probablemente perdería los papeles totalmente, como tú. Pero, mira, ¿puedo decir algo?”.

Es mi turno de meter una pullita amistosa. “¿cuándo has pedido jamás tú permiso?”.

Ella sonrío. “Marc, ahora justo acabo de tener este *sentimiento* sobre el tema, incluso si no quieres contarme nada más en este momento. Como te dije antes de irte de vacaciones, te aliento a que sigas con ello”.

“Pero Kendra, la sugerencia era tan clara... Esto no parece estar destinado solo a mí, ¡y el pensamiento de hacerlo público me hace temblar!”.

Pongo mis manos en mis rodillas y me levanto rápidamente. “Sabes, ni siquiera podía concentrarme en dar mi clase esta noche! Cuando terminé de darla, ¡ni siquiera estaba seguro de haber estado ahí!”

¡No puedo funcionar con todo este asunto en marcha! Me veo repentinamente contemplando algo que Jeshua ha dicho. Como esta noche, que todo en lo que podía pensar era acerca de ese cartel de neón invisible, ese que me mostraba el destello con esas tres palabras!”.

“¿Cómo fue tu clase?”. “¿Qué quieres decir?”.

“¿Crees que alguien notó que no estabas realmente allí?”.

Pensé por un instante. “Algunos de mis estudiantes me dieron las gracias después de clase, diciendo que había sido una de sus favoritas”. Sacudo mi cabeza al recordarlo.

“Bien, ¡ahí lo tienes! En realidad no necesitas estar ahí, después de todo. ¡Y probablemente pensabas que tú eras importante!”.

“Ooohh, ¡golpe bajo!”.

La cara de Kendra se vuelve más amable. “¿Marc?”.

Finjo una falta de interés. “¡No voy a escuchar más si el golpe va a venir por debajo del cinturón otra vez!”.

“No, es solo que..., bien, tras esta resistencia, debe haber algo que te impulsa a continuar con ello. Quiero decir, si no lo hubiera, ¿por qué te habrías molestado en escuchar las comunicaciones en absoluto, o en pensar sobre ellas? Ciertamente, lo que deseo es que simplemente permitas que suceda como suceda. No hagas ningún juicio sobre ello por ahora, ¿vale?”.

La miro durante un largo rato. Tío, ¿qué sería la vida sin esos amigos especiales que viajan por ella contigo compartiendo, apoyándote, animándote, aliviando esas cargas que nosotros mismos hemos, de cierto modo fabricado para poderlas cargar?

“Vale, vale, bien; no creo que quiera compartirlo precisamente ahora con nadie. Pero... ¿puedo confesar algo de todo esto contigo cuando lo necesite?”.

“¿Tú que crees, flipado? Ahora vamos a tomar un vaso de vino antes de que empieces a contar nada, ya que parece que el único momento en que te voy a ver es cuando piensas que estás volviéndote tarumba!”.

“Vaya, si esto continúa, ¡bien puede suceder que me veas mucho más a menudo de lo que crees!”.

Capítulo 3

*Siempre es el miedo a la propia muerte
lo que bloquea el reconocimiento del Reino.*

2 de noviembre, 1987

Carta 7^a

Ahora, comenzamos.

*Querido amigo, pues eso es ciertamente lo que tú eres,
he venido, pues esto es lo que has pedido.*

*Te contaré, en el curso de este encuentro,
aquello que te revelará la armonía del Reino.*

*Primero, notarás que prefiero el uso de una terminología claramente cris-
tiana, aunque se debería considerar más bien como “judeo-cristiana”.*

*Lo hago porque esos términos son fácilmente identificables en relación al
momento en que caminé entre vosotros.*

Ciertamente que no es el único formato que se podría haber elegido.

No estoy limitado, ni tú lo estás.

*La única diferencia significativa entre nosotros es que yo he reconocido
plenamente mi ilimitación, mientras que tú eliges no hacerlo.*

*Marc, en los pocos años pasados, mientras has percibido el flujo de tu ex-
periencia, has logrado mucha perspicacia por un buen motivo:
lo has deseado.*

*El deseo es, entonces, el primer factor que se requiere para poder llevar a
cabo el proceso de resurgir del sueño en que has existido durante milenios.*

Soy muy consciente de eso que crees que son dudas.

Considera esto: ¿podrían tratarse de miedo a lo obvio?

*¿Qué cambios ocurrirían en tu vida si fueras a reconocer que tú, desde tu
deseo, has realmente conseguido que nazca, a la expresión manifiesta, la
experiencia de unirse con la mente de Jeshua, el “Cristo”?*

Ese último término no es algo que yo haya pedido.

Me fue otorgado por aquellos que rechazaban aceptar plenamente Mi mensaje para ellos mismos.

El fracaso en hacer eso siempre es el resultado del miedo.

El miedo es la única energía que puede separarte de Reino.

No se trata de “temor de Dios”, sino del miedo al propio ser, al propio yo de uno mismo, de una misma. Este miedo es colocado en el lugar equivocado al proyectarlo en Dios, que entonces, necesariamente, será percibido como algo completamente “otro”.

La sola contemplación de esto puede facilitar que se dé mucho movimiento dentro de la propia consciencia. Y ¿no sería acaso tal movimiento la entrega de esa limitación, que se posee como algo autocreado?

Por tanto, mi ilimitación Me permite afirmar, sin la más mínima vacilación: “Yo y Mi Padre somos Uno”.

Se entra en el Reino cuando la obvia verdad de esa afirmación es reconocida en la propia mente. Señala la entrega de esa limitación autoimpuesta.

Deseo que quede muy claro que en Mi elección de la palabra “oscuridad”, esta debería siempre pensarse como equivalente a “miedo”, que es la única forma de energía que podrías decir que has creado.

En el Reino, eso no existe.

Eres amado plenamente.

Nunca has pecado.

La naturaleza del Soñador es creer en su Sueño.

El Sueño lo conoces muy bien. La Realidad apenas la percibes, como el eco de una melodía que vagamente regresa a ti. Escúchala, a ella sola.

Aquí es cuando tus habilidades especiales son valiosas.

Compartir con otros el arte de estar en silencio es lo único que puede ayudar a quienes buscan el Reino a llegar a un lugar de vulnerabilidad, donde podamos hablarles.

El Reino no puede ser perdido, pero ha sido olvidado. Aunque en su olvido se le da nacimiento a la misma sustancia del recuerdo genuino.

Usamos lo que sea que sueños como un mecanismo para tu despertar.

Si puedo permitirme alguna frivolidad aquí, aunque camines con fatiga a través de una blanca alfombra con los pies embarrados, nosotros la transformamos en un exquisito tapiz, el cual conseguirá atraer tu atención.

Precisamente de esto se trata en la armonía del Reino: de que nada, absolutamente nada, puede jamás servir para otra cosa que para alentar al Soñador a que deje de dormir.

Por eso, cuando te hablaba al principio, hace varios meses, enfatiqué que tu experiencia, momento a momento, es el camino a tu iluminación. Es armónica, y solo una mirada basta para convencer incluso al más escéptico de que esto es así.

Habrás notado ya a estas alturas que cuando pides contactar con tus guías, no se requiere de nuestro consentimiento para que ocurra tal comunicación.

Tu petición es tu consentimiento a permitir lo que siempre está a tu disposición. Es un ejercicio de renuncia al miedo.

Ocurre cuando el Soñador, aunque sea vagamente, comienza a percibir que hay algo muy extraño en la naturaleza del Sueño.

El Sueño es el entero ámbito de la experiencia temerosa que ha surgido estallando a partir de aquel único pensamiento inicial:

“Estoy separado de Dios”.

Ocurrió hace incontables eras, aunque también solo hace un momento, pues el tiempo no es más que parte de tu Sueño.

Uno de tus guías ha enfatizado repetidamente que la actitud que se necesita adoptar para poder despertar del Sueño es la de:

“permitir, permitir, permitir”.

Pedir guía fomenta esto, y se trata del reconocimiento implícito de que nada más ha funcionado, de que no hay nada más que haya que hacer.

Inicialmente, este acto de permitir es algo que horroriza, pues se siente como morir, ¡lo cual es una experiencia muy bien conocida para el ego separado! Por esta razón, la mayoría de buscadores permanecen siempre siéndolo, buscando alguna forma de magia que, en esencia, hará que lleve la iluminación hacia ellos.

Esto no puede funcionar, porque el despertar requiere una receptividad.

Esto solo puede ocurrir en la actitud de permitir, la cual es, permitir que la muerte ocurra.

Al yo separado le parece irracional que el mayor de los “haceres” ocurra en el acto de no hacer absolutamente nada.

Por tanto, “Mi carga es ligera y mi yugo llevadero”.

No se requiere de ningún esfuerzo para entrar en el Reino.

Permitir es la llave de la puerta que lleva más allá del Sueño del Soñador.

Solo un instante de reflexión te indicará lo cansado que estás, de tu Sueño.

Esto inicialmente puede provocar un gran conflicto, al darse cuenta, el Soñador, de que hay algo equivocado, aunque sus hermanos no lo perciban, y aunque todos los intentos de compartir lo que se siente solo lleven a la frustración del fracaso.

Uno mismo no puede hacer que finalice el Sueño, porque el Soñador es parte del Sueño.

Permitir es el proceso de entregar el Sueño de que el propio Soñador existe. Cuando el Soñador se disuelve, entonces, también, lo hace su Sueño. Y así, solo queda el Reino, que es lo único que siempre ha existido.

Eres un Soñador despertando.

Al decir esto, reconocerás esta verdad: la única diferencia entre tú y muchos de nuestros hermanos es que reconoces el sueño y la validez de permitir como la llave del Reino.

Un aspecto de tu Sueño fueron nuestros viajes, juntos, en Caná y Galilea.

Esto lo has sabido por muchas fuentes. Permíteme confirmártelo.

Fuiste un esenio, y además, en esta vida te has encontrado con muchos de tus compañeros de aquel sueño. Has oído que tú, junto a tu querida amiga Kendra, estuvisteis presentes cuando hablaba a las multitudes en el Monte de los Olivos. Sí, estuviste.

Lo que te fascinó de aquel día no fue esencialmente la enseñanza, sino el reconocimiento de que tal enseñanza estaba realizada en Mí.

El hijo del carpintero había viajado a tierras distantes y había regresado como maestro. Esa fue tu percepción.

Así, la vía de entrada al Reino se convirtió, para ti, en una joya que tendría que ser descubierta en el Oriente. Allí fuiste durante nueve encarnaciones consecutivas, para dominar los yogas y las filosofías.

Y en esta encarnación presente, ya has terminado de completar tus materias optativas. Y este final, como bien sabes, ha consistido en el reconocimiento de que el Soñador puede dominar perfectamente su Sueño, pero aun así permanecer enredado en el mismo Sueño.

Has descubierto la simple llave -la joya- ¿y acaso no se trata del silencio del permitir?

Se podría decir que tu experiencia de Mi Sermón fue el primer movimiento

auténtico hacia el despertar de tu Sueño.

¿Parece haber sido largo el viaje?

Recuerda, tal percepción es parte del Sueño mismo.

Te voy a pedir que comiences a pasar un poco de tiempo Conmigo diariamente. El trabajo del que hablé antes está ya completado, y podemos comenzar.

De nuevo, esto no es ningún mandato procedente de Mí, sino solo un recordatorio gentil. Esta participación está sometida a tu libre elección, como siempre necesariamente lo va a estar.

Aquello que YO SOY no sabe de compulsión, pues el amor no compele. Meramente atrae al buscador de la Realidad hacia sí mismo.

Esto no requiere de esfuerzo sino de estar disponible, pues todos y cada uno de los buscadores reconocen el Amor -por muy enterrado que esté-, ya que se reconoce que el Amor es el verdadero ser del propio buscador.

Y esto nunca es en realidad rechazado, sino repetidamente ignorado.

Nuestra tarea es entonces la de meramente llevar de forma gentil al buscador a la experiencia de prestar atención a aquello que solamente es lo que ha existido siempre: el Reino.

Terminaremos aquí.

Estoy muy complacido por la facilidad con que has asistido y atendido al permitir. ¿Acaso este viaje no lo merece, y sin importar lo preñado de aparentes dilemas y dolores que esté?

Bendícelo, por entero.

Amén.

13 de noviembre, 1987

Hola, Marc.

“Hola, Jeshua”.

Carta 8^a

Ahora, comenzamos.

¿Acaso no buscas el consuelo del conocimiento absoluto?

¿No es el consuelo de la unión absoluta lo que deseas?

Pues es una gran verdad, ya dada antes, y hoy reforzada, que el deseo es la

clave primordial para la realización.

Por tanto, se necesita replantear el objeto del deseo.

Para ello comparto hoy contigo esto, y lo más enfáticamente posible:

Lo que es deseado es experimentado, siempre.

Tal es la abundancia en la mesa de nuestro Padre, tal es el amor de tu universo: “Pide y recibirás”.

Me gustaría aclarar esta afirmación, que es, por cierto, una que hice.

En un tiempo futuro, dejaré claro con mayor precisión cuáles de las enseñanzas que se encuentran en las escrituras fueron dadas realmente por Mí; muchas no lo fueron. A través de este proceso, clarificaré el sentido de esas enseñanzas, devolviéndolas a su intención original.

“Pide y recibirás”, independientemente de lo que pides, y también de que el acto de pedir sea uno que quizá sea realizado desde eso que, generalmente, se entiende como “el inconsciente”.

La mente es profunda. El pedir del cual hablo es algo que fluye de las profundidades de tu mente.

La intención de la creación, que es el fluir, siempre presente, del Padre, es utilizar ese pedir como un mecanismo para enfocar dicho movimiento de la vida hacia la forma. El obstáculo, por supuesto, es la separación ilusoria conocida como “ego”. Realmente nunca miras a otro, pues no hay un “otro”. Solo te ves a ti mismo.

Se te ha dicho muchas veces que “ames a tu hermano como a ti mismo”. Esto es porque tu hermano es tú mismo.

Al amarlo, abrazas todos los aspectos del ego -tu ilusión- y puedes por tanto comenzar a renunciar a ellos. A partir de esta comprensión crucial, podemos proceder a comprender Mi afirmación: “Pide y recibirás”.

Al no estar separado de Dios, todo lo que albergue tu mente como deseo, es manifestado, y lo experimentas al instante.

Puede parecerte que este no es el caso, pero te aseguro que sí lo es.

La dificultad radica en que insistes en creer que tú eres solo este ser tridimensional que experimentas a diario.

Eres mucho más que eso, incluso en tu gran ilusión.

Lo que aquí estoy diciendo es que la experiencia no tiene por qué ocurrir bajo una forma física para poder ser válida. “Mira a una mujer con lujo y ya habrás cometido adulterio en tu corazón”.

*Eso no debería tenerse como algo que se dice en sentido figurado.
En tal caso, ya has experimentado el acto sexual, por entero.*

*Desde luego, esto es así para todo deseo albergado en la mente, desde el más pequeño, hasta el más grandioso.
Por tanto, lo que deseas es de la mayor importancia.*

“Busca primero el Reino de Dios”

Supone buscar la iluminación por encima de todo lo demás.

*Esto no significa que no puedan contemplarse otros pensamientos.
Siempre estarán, hasta que el ego se disuelva. Sin embargo, al **desear** el Reino, el Padre -a través del Espíritu Santo- transformará cada experiencia que tú crees en el medio por el cual te despiertas.*

No te equivoques con esto, porque cuando se alberga como deseo primordial la experiencia de Dios, ella reside siempre más allá de los límites de cualquier deseo basado en el ego.

Así, el impulso de tu alma es el de atravesar la experiencia limitada, superando cada una de ellas, cualquiera que sea. Por esta razón el buscador comienza a sentir que toda su experiencia es de cierto modo simbólica de algo que reside más allá de sí misma.

*Has descrito esto a otros como un sentido creciente de transparencia.
Desde luego, pues lo que crece haciéndose más transparente parece estar perdiendo su sentido. Afortunadamente, está perdiendo su sentido limitado, ya que fue concebido en el limitado pensamiento del ego.*

Al final, nada te satisface.

Ahora el ego está sobre un suelo tembloroso, pues su cimiento -la separación- no es sino el pensamiento limitado sobre el cual se erige todo el edificio de toda tu experiencia, y dicho pensamiento se hace, también, transparente. Experiencialmente, esto es interpretado como muerte, y muy literalmente lo es.

“Nacer de nuevo” significa solo que la identificación con el ego se desvanece. Esto es, como es obvio, algo generalmente malentendido.

Es siempre el miedo a la propia muerte lo que bloquea el reconocimiento del Reino.

Para aquellos quienes han estado inmersos en las creencias distorsionadas sobre mi misión de vida sobre la tierra, me gustaría ofrecerles esta sugerencia: Abandonad la esperanza de la salvación, pues la habéis malentendido.

didó.

Tú -identificado con tu pensamiento de un yo separado- no serás salvado, y no puedes ser salvado, por Mí.

Tu desesperado deseo por esto mismo crea la ilusión de la salvación, pues siempre experimentas lo que deseas.

Pero para entrar en el Reino el deseo debe nacer de la intención correcta.

Ahora bien, “Pide y recibirás”, es una afirmación sobre ese foco, a modo de láser, de energía creativa, que es la abundancia de la mesa del Padre.

Pide, por tanto, no por la salvación, porque tus ideas sobre ella están distorsionadas. Pide, más bien, despertar de cada último rastro de creencia en que alguna vez habrías estado separado de Dios.

Esto enfocará el impulso de tu alma hacia una intención correcta. Como recibes lo que pides, es esencial tener una cierta claridad de pensamiento.

Marc, el pensamiento que recibiste al respecto de Las cartas de Jeshua, es muy válido. Permite que llegue al ser.

Ten por seguro que te estaremos guiando con esto a cada paso.

La etapa de tu propio proceso ahora podría ser llamada: “la etapa del permitir”.

Esta es alcanzada cuando todo intento de hacer algo en tu mundo, o de manipular tu mundo, ha fracasado por completo. El fracaso, en tu mundo, es una bendición del mayor orden, pues marca el comienzo del final de la ilusión.

Es por eso que te hemos contado que todo el despliegue de las percepciones albergadas en la consciencia del mundo es diametralmente lo opuesto a la Verdad del Reino.

El fracaso marca la rendición o entrega del ego, y este fracaso es inevitable. Todo éxito percibido que radique en el ímpetu del ego es temporal: el fracaso es la única certeza.

Regocíjate por tanto al reconocer tu fracaso.

Él señala el comienzo de los últimos días de tu travesía hacia la morada del Santo Padre.

Aquí, terminaremos.

Ve siempre con bendiciones,

*pues tú eres el Hijo del Padre,
y eres amado,
por sobre todas las cosas.*

Amén.

Los acontecimientos de pocos meses atrás, han traído rápidos cambios. Cambios en las relaciones, en los objetivos, e incluso en las percepciones más elementales. El mundo parece de alguna manera diferente, aunque no pueda describir esta diferencia. Y aunque lo que más a menudo me ocurre es que intento seguir con las mismas viejas maneras de actuar, las comunicaciones con Jeshua claramente están removiendo esas arenas sobre las cuales reposa mi casa. Cuando los cimientos se mueven, entonces, necesariamente también se mueve todo lo demás.

Si tan solo pudiera estar solo... Si tan solo pudiera dejar de distraerme por un rato, quizás podría encontrarle sentido a todo esto. Sea lo que sea que esté ocurriendo, quizá todo podría acelerarse hacia alguna conclusión. En mi mente veo dibujado un nuevo lugar para vivir, un tranquilo y pacífico apartamento, que contribuya al trabajo interior que necesito realizar. Elijo tener este día para mí mismo. Nada de trabajo, ni quehaceres, ni recados, solo... ¡no estoy seguro!

Comienzo a conducir sin destino conocido. Es extraño, pues conducir -aunque solo sea a la esquina de al lado- no está en lo alto de mi lista de cosas divertidas a hacer. Siento que he de girar a la izquierda aquí, vale..., allá vamos, Marc, ¿ahora recto durante un tramo? ¿Por qué no? No, otro giro a la izquierda, y ahora sucede algo familiar, y sé que Jeshua está presente. Al hablarme, sugiriéndome que vaya a las montañas, veo el dibujo de una cascada. Encuentro todo esto bastante gracioso. Estoy en un atasco en toda regla, ¡escuchando a un “alguien” completamente invisible, y eligiendo seguir sus consejos! Ni pensar en contarle nada de esto a nadie por un tiempo.

Asumiendo que cualquier cascada valdrá, me dirijo a Spray Falls. Tengo algo así como una hora de conducción para llegar a esas mundialmente famosas ciudades de Buckley y Wilkerson, las “puertas de entrada” a la montaña Rainier. Para mí son un lugar de poder y transformación, un lugar de una suave belleza. En este momento del año no debería estar muy abarrotado el lago Mowich, donde comienza el sendero.

Ya en el camino forestal, continúo subiendo a la montaña, dando virajes al intentar evitar los baches. Repentinamente... ¡una barrera en la carretera! Las nieves tempranas parece que ya han llegado al lago. ¡Tengo varias kilómetros ante mí, y la maldita carretera está cerrada!

“¡Lo sabía!”, le grito al cielo gris. “¡Sabía que todo era mi imaginación! ¿Qué estás haciendo, Marc? Está comenzando a nevar, olvidaste poner gasolina, ¡y estás aquí afuera persiguiendo quimeras!”.

Suspirando, pienso para mí mismo, “da igual, me daré un paseo”. Salto la barrera, y comienzo a caminar por la carretera mientras caen copos de nieve desde un cielo sin nada de viento, que tocan mis mejillas y mi nariz. No he recorrido más de diez metros cuando me interrumpe un débil ruido. Serpenteo hacia esa dirección y el ruido crece en amplitud. Es un sonido de agua corriendo. ¡Es el sonido de una cascada!

Momentáneamente avergonzado por mi falta de fe, rápidamente forcejeo para poder subir por la arbolada ladera, y al nivelarse el suelo un poco, comienzo a sentir euforia. Doy un vistazo a los elevados y ancianos cedros, siempre verdes, que desaparecen en el blanquear de la nieve que cae. Son tan bellos, y con su majestad hablan de poder y de sabiduría.

Ahora, he llegado. La suave caída de la cascada sobre unas brillantes rocas, se convierte en un arroyo que serpentea a través de la mullida tierra del bosque, alfombrada con el terciopelo del verde brillante de los musgos.

En cuclillas, mis ojos advierten una pequeña flor delicada, llena de nieve, con sus pétalos apenas discernibles del puro blanco de los copos que descansan encima.

Llega un sentimiento. Surge de un lugar profundamente adentro, y entonces es transformado en palabras no dirigidas a oídos humanos, que tan a menudo no pueden escuchar, sino a la Vida, a la Vida que reconoce la verdad de lo que es hablado:

Somos solo Uno. Mi paz te es dada.

Y te es dada, a ti, mas no como el mundo da.

Un gozo comienza a radiar hacia fuera, como arroyos de energía. Brota de las puntas de los dedos y hacia abajo atravesando mis pies hacia la tierra. De pie, miro hacia el cielo y grito:

“Yo y Mi Padre *somos* Uno!”.

Hago piruetas, doy volteretas, y río bien alto. Abrazo los árboles, el musgo y la flor, y abro mi boca a la nieve cayendo. Llego a tocar una sagrada intimidad.

Tras algún tiempo, aunque no tengo ni idea de cuánto, es como si los árboles hablaran: “Ahora es el momento de dejarlo”. Salgo del bosque, regreso a la furgoneta y comienzo a bajar de la montaña.

Oigo algo con la máxima claridad, y que resuena todo a través mío, desde los oídos hasta los dedos de los pies, de modo que me giro para mirar, esperando encontrarlo a Él sentado en el asiento del pasajero, e incluso llego a frenar de golpe.

Tu apartamento te espera.

Igual de abruptamente, ese curioso sentimiento abandona mis células; una luz líquida, retirándose, como una ola de la línea de costa. Estoy de nuevo y yo solo, sentado en mi furgoneta, en este camino forestal. La carretera serpentea hacia abajo llevándome de vuelta al mundo, al único que parece tan real, aunque —si considero lo que Jeshua me está enseñando— ¿hay algo real?

El conflicto llega a mi ser, pues mi mente se pone a luchar contra sí misma por un momento, pero enseguida se disuelve cuando un pensamiento completamente nuevo emerge: quizá esta carretera no vaya de vuelta al mundo, sino a través de él. ¿Hacia qué?

Mis pies cambian lentamente de posarse en el freno al acelerador.

Teniendo aún reciente la experiencia extática por la que acababa de pasar, decido confiar en la afirmación sobre mi apartamento, y actúo en base a ella.

“Hola, Kendra”. Nos abrazamos en la entrada, me quito el abrigo y nos sentamos en la cocina. “Bueno, es extraño, ¿dónde te has metido?”, pregunta, mientras nos acomodamos en nuestras sillas. Quizás, si fuera cualquier otra persona, no le contaría mi experiencia en las montañas. Gracias, Dios, por este maravilloso ser humano que sabe todo lo que se puede saber sobre mí, ¡y que aún me ama! Procedo a contarle todo lo acontecido, especialmente la parte sobre el apartamento que me espera.

“Y bien, ¿qué crees que significa?”, pregunta, pero su sonrisa dice algo más, algo como: “haz tu elección, Marc. Creas o no en ello.”

En ese instante, sé que mi amiga me está incitando, ayudando, apoyando. Los profesores están por todo nuestro alrededor, constantemente.

“No creo que signifique nada si no lo vivo. Así que vamos a hacer una prueba. ¿Dónde está el periódico? Si el apartamento está disponible, lo encontraré ahí”. Pero estoy nervioso, pues, ¿y si no lo está? Kendra trae el periódico, entonces se lía en la cocina mientras subrayo anuncios y comienzo a hacer lla-

madras a todo el que se ajuste a una descripción que me suene ni remotamente atractiva. Varias llamadas después, la depresión comienza a establecerse, o -como muy poco-, mi vieja conocida, la duda. He rastreado el periódico varias veces, muy sistemáticamente. Simplemente, no está ocurriendo.

Finalmente veo un anuncio. El apartamento está cerca de un especial vecindario, en el que una vez viví. El precio es mucho mayor de lo que puedo pagar. “Creo que iré a echar un vistazo a este”.

Una hora más tarde estoy de vuelta, un poco abatido. No estaba en el lugar correcto. Repentinamente me pilló otra vez a mí mismo. No, no voy a encogerme de hombros, ni voy a concluir que tengo una imaginación muy vívida, y que voy a olvidarme de todo. Yo escuché esa voz muy claramente.

“Kendra, esto es exasperante. En fin, ¿por qué estoy experimentando esto?”

“Nunca lo hacen fácil, ¿no?”, responde gentilmente, refiriéndose a esos guías invisibles que están más allá de nosotros.

“¡Dame el periódico de nuevo!” Prácticamente se lo arranco de la mano y de nuevo voy a la sección de clasificados. Paso por la primera página, luego la segunda, la tercera, y finalmente la cuarta. Mis ojos se detienen, mi respiración también. Hay un pequeño anuncio, atrapado entre dos a los que previamente ya había llamado.

Para alquilar. Gran habitación. Vistas al mar. Disponible dic. 1

No puedo creer que no lo haya visto antes. Tiene que haber estado ahí, y no lo vi. “Hola, llamo por lo del apartamento en alquiler”.

“Lo voy a enseñar a las 4 p.m. La mujer parece bastante segura de quedárselo, pero si quieres echarle un vistazo, siéntete libre para pasarte.”

“Allí estaré. ¿Cuál es la dirección?”.

“Marc, ¡estás radiante! ¿Qué pasa?” Kendra pregunta, al pasarme el abrigo.

“El apartamento está a una manzana de aquel que tuve en North End, tras regresar de la universidad. Las mismas vistas a Commencement Bay, la misma paz y tranquilidad. ¡Mi lugar favorito para vivir!”

“Oh, Dios, tengo esos escalofríos de nuevo, ¡Marc! ¡Es tuyo!”.

Por un momento mi lado racional retoma el control. Después de todo, todo lo que podría estar es claramente de acuerdo con ella, ¿no? ¿Y qué si no sucede? Entonces, no muy dispuesto a correr ese riesgo, respondo con desinterés: “hay otra persona antes para mirarlo. Supongo que si ella lo toma, será que no tenía

que ser”. Con esto, al menos me he permitido a mí mismo un fallo.

La inclinación de la cabeza de Kendra y la mirada en sus ojos parecen decir: “Sabes condenadamente bien que es tuyo”. Me ha pillado, de nuevo. ¿Para qué son si no los buenos amigos?

Llego justo cuando la mujer que estaba antes baja por las escaleras. “Déjame pensármelo, y te llamaré mañana”, le va diciendo bien alto a la casera. Viéndome, sonrío y dice, “Ahora, tú no vayas y lo alquiles justo ahora, ¿vale?”. Apenas lo miro, ni siquiera visito el baño o la habitación. Contemplo las vistas, las luces sobre el agua, los cargueros descansando en el muelle tranquilo. Y más importante, lo *siento*. Es él. ¿Qué te parece? ¡Estaba esperándome!

22 de noviembre, 1987

Son las 3 am 3:22 para ser exactos. Estoy, o estaba, durmiendo profundamente. Según comienzo a revolverme con inquietud, me despierta aún más una gentilmente voz que, esta vez, llega con una cierta sensación de insistencia.

Marc, levanta y escribe.

“Mierda”, es lo único que pienso. Son las 3:30 de la mañana, y nadie se levanta a esa hora porque alguna voz le sugiera que lo haga.

Marc, levántate y escribe.

La comunicación fluirá con gran facilidad esta vez.

Vale, vale. De todas formas ya estoy, aunque de mala gana, despierto.

“Mmm”, me digo a mí mismo mientras me siento con un bolígrafo en la mano, “si siempre va a ser así, tengo que recordarme perder mis gafas”. La próxima vez será.

Carta 9ª

Ahora, comenzamos.

No creas que puedes dirigir el flujo de tu vida desde el punto de vista de tu mente consciente. No fue diseñada con esa capacidad, porque su propósito no está ahí.

Te pediría que aceptaras plenamente que la mente está diseñada no para ser directora, sino servidora. ¿Servidora de qué? Del flujo de tu vida, de ese misterioso movimiento de la Vida a través de ti.

Este es el movimiento que nace del Padre y que es algo a ser permitido y aceptado por el Hijo que participa en la Reconciliación.

No puede ser controlado, pues el concepto de control -incluso la mera ne-

cesidad de control- es algo que nace tras enredarse en la ilusión de la Separación. Pues, ¿qué querrías controlar sino aquello en lo que desconfías?

Quédate por un momento con esto, y luego continuaremos.

Me gustaría referirme a tu experiencia de ayer en esas montañas que estás llegando a amar tan sinceramente. Primero, ¿no está claro que ya has superado el reconocimiento de que solo hay una Mente?

Pues las palabras que el mundo ha juzgado que Me pertenecen solo a Mí, como el hijo unigénito del Padre, brotan de ti sin ningún sentido de separación. Fuiste, de hecho, la mente que pronunció esas palabras.

Para aclararlo: en ese momento elegiste permitir que la verdadera herencia de tu ser fuera vivida conscientemente, ese nivel de la Mente que es pleno, completo, “...de una sola sustancia con el Padre”.

Este nivel es el único que puede decirse que posea Realidad. Cualquier otro es una ilusión, nacida de la elección que es inherente a la pura fantasía de la Separación.

Es precisamente hacia este reconocimiento hacia donde los niños de Dios serán dirigidos. El Hijo es una sola Mente.

Responde al estímulo de los pensamientos del Padre, que es creativo, y que permite y representa éste pensamiento, creando en expresa imagen del Padre. Pues imagen es la forma del santo pensamiento del Padre.

No obstante querría añadir que lo que estamos llamando aquí el “santo pensamiento” del Padre es sin imagen; no es más que el fluir de la vida, la matriz de la cual el Hijo extrae el impulso para Su obra.

Esa matriz puede ser descrita como Amor Incondicional. Así, cuando una mente es despertada a la verdad de su identidad, su representación creativa es siempre amorosa. Sus creaciones hacen imagen de lo que el Padre es, proveyendo de una oportunidad para que aquellos cuyas mentes están intrínsecamente asociadas a la esclavitud de la ilusión, sean testigos de la imagen de lo únicamente Real.

Cuando el Amor hecho visible es atestiguado, puede ser reconocido, y se realiza un movimiento hacia la iluminación, sin esfuerzo.

Podríamos decir que la mente se ve tocada y, por un instante -por fugaz que sea-, reconoce el más alto bien que está disponible para ella.

Por este motivo cada acto de amor es algo a ser apreciado. Todas las men-

tes son canales para el amor, en el grado en que elijan estar despiertas.

Las mentes de la humanidad están intoxicadas con amor.

Anhelan el amor porque la Verdad de quienes son, y lo único que es Real, está necesariamente dentro de ellas.

El Hijo despierto meramente permite aceptando el movimiento de la Vida, que es el Amor procedente del Padre, por el bien de aquellos que permanecen dormidos.

Los niños de Dios son solo en verdad aspectos del único Hijo unigénito.

Así, todo amor representado es amor a uno mismo, pues, tal y como has comenzado a reconocer, todos somos guardianes de nuestros hermanos, debido a la simple verdad de que somos nuestro hermano.

Cuando esto se ve desde la perspectiva ilusoria de la Separación, es inconcebible. Cuando se ve desde la perspectiva de la Realidad, es el más obvio, y más simple, de los hechos.

En realidad concibes muy acertadamente -aunque sea experimentando amor en un momento de relación con una flor cubierta de nieve- que, cuando todos los niños de Dios se permitan pronunciar, sin una sola traza de resistencia, o de autoconsciencia, una sola afirmación, la Reconciliación será completada, en la tierra así como en el cielo.

Y la afirmación es esta: “Yo y Mi Padre somos Uno”.

Ahora, Marc, regresa a tu sueño.

Pero reconoce que está rápidamente llegando ese día en el cual el sueño ya no se dará más, ese día..., que llega rápidamente a la mente del único Hijo unigénito a medida que representa sobre vuestra amada tierra el único pensamiento del Santo Padre.

Reconoce, también, que tú eres el amado Hijo,

“en quien estoy muy complacido”.

Eres siempre bendito.

Solo necesitas estirar tus brazos con las palmas de las manos abiertas y elevadas, y la abundancia de la mesa del Padre te será otorgada.

Se trata simplemente de permitir que el reconocimiento sea manifestado.

Mis bendiciones sobre ti.

Amén.

Capítulo 4

*No hay nada, absolutamente nada, que puedas crear
y que no sea una expresión de tu anhelo por despertar.*

9 de diciembre, 1987

Así que aquí estoy, en mi apartamento. Es sencillamente perfecto. ¡Hasta desde la cocina puedo mirar por encima de los tejados y llegar a ver Commencement Bay, sin tener que parar de lavar la vajilla! Durante la pasada semana he disfrutado viniendo a casa por la noche para contemplar el puerto, sentado en mi única silla pegada a la ventana del comedor. Este fin de semana buscaré un sofá bien viejo y raído, de los antiguos de brazos grandes y sobrecargados, y con grandes respaldos barrigudos y patas de madera talladas a mano. Aunque ahora que estoy acostumbrado a esta simplicidad, el espacio va a parecerme demasiado atiborrado.

Acunándome suavemente adelante y hacia atrás, sorbiendo de la tranquila calma, apenas noto el atardecer a medida que la luz se escabulle en la noche, disolviendo las fronteras entre el agua y el remolcador, entre tierra y cielo.

Sí, siento que comienza la vibración. Ya no me asusta, pues sé que solo seguiré hasta que la identifique, como si alguien golpeará en la puerta primero suavemente, para luego hacerlo más y más fuerte hasta que la llamada es respondida. Prefiero la suavidad, así que con indiferencia tomo papel y bolígrafo de la encimera que hay cerca, y regreso a mi mecedora.

Carta 10^a *Ahora, comencemos.. Hola Marc.*

“¡Hola, Jeshua!”.

Gracias por permitirme esta comunicación contigo.

Primero quiero contarte mis sentimientos al respecto de tu actual estatus vital. Creo que sabes a lo que me refiero.

“Bueno, si no lo sé, ¡estoy seguro de que me quedará claro!”.

Sí, así será.

Tu duda acerca de la validez de la experiencia conmigo, solo identifica claramente el grado en el cual estás todavía dominado por tu creencia en la Separación.

Pues dudar de este proceso de comunicación es negar tu propia realidad experiencial o -para decirlo sin rodeos- rechazar tu propia existencia. Pues negar una parte, es negar el todo. La relevancia de esto es enorme.

“¿Por qué?”.

Simplemente porque conlleva rechazar tu propia Filiación.

¿Lo ves? La iluminación es algo temible considerada desde donde estás, porque reconoces que no existe la posibilidad de estar “parcialmente” iluminado. O bien se vive en la oscuridad, o bien en la luz.

Y cualquier otra perspectiva radica meramente en el deseo del ego de validar la actual forma de existencia que -desde mi perspectiva, es meramente inexistencia- pues su valor queda reducido a virtualmente ninguno, cuando es sopesado frente al valor de vivir como el Hijo.

“Vengo con fuego y con una espada”. Esas palabras las pronuncié realmente, y para enfatizar que mi propósito era, y es, el de amputar ese obsesivo lazo que la consciencia humana tiene con la ilusión.

Como ya sabes, el símbolo del fuego siempre ha expresado la transformación. Se trata de la incineración de cosas para crear espacio para lo nuevo.

La espada parte aquello que golpea. Separa un todo en partes, y detiene eficazmente a quienquiera que sea atajado por ella.

“Jeshua, algunas veces -incluso ahora que me doy prisa para poder escribir estas palabras- siento miedo sobre todo esto. ¿Por qué?”.

Es una buena pregunta, Marc.

¿Por qué sientes miedo de esto?

He dado un indicio sobre la dirección de la respuesta, pero te das cuenta de que eres tú quien debe remediar esta situación.

El acto definitivo de responsabilidad es el de responder realmente a tu propio acto inicial creativo -separación del Santo Padre- y rectificarlo.

Te he contado antes que esto se logra al permitir.

Ahora bien, si el permitir es lo que restituye el Hijo al Padre, ¿no será solo la resistencia lo que alimenta la creencia en la separación?

“De cierto modo, parece ser justo así”.

Como necesariamente lo es. Marc, te has traído a ti mismo a este lugar como respuesta a limitaciones que has percibido que te han sido impuestas desde lo que reside fuera de ti.

No obstante, reconoces plenamente que no hay nada fuera de ti que tenga poder para limitarte sin tu permiso para que lo haga.

*La única preocupación con esto es:
¿cómo responderás a lo que has creado?*

Te contaré esto: no hay nada, absolutamente nada, que puedas crear y que no sea la expresión de tu anhelo por despertar. Ni puede jamás haber una creación tuya que no contenga dentro de sí la joya de tu iluminación.

Permitir es siempre la clave, el silencio es la puerta de entrada.

Mi ofrecimiento para ti en esta noche es que recuerdes el propósito de tu alma al venir aquí.

Has creado deliberadamente un entorno de silencio. Todo ello lo ha sido armado por ti y para ti, pues sabes qué es lo importante, lo supremamente importante.

¿No querrás usar la llave que has descubierto, ahora que reconoces que estás ante la puerta de entrada? “Llama a la puerta y te será abierta”. Desde luego, lo será.

Llamar a la puerta, con la actitud de un claro reconocimiento de la creación propia, es expresar el poder de la intención para entrar en el Reino.

Esta entrada es meramente un cambio de posición, la asunción de una nueva “actitud”. Es la diferencia entre Luz y oscuridad, entre Realidad e ilusión, entre -digamos- Ser y no-ser.

Nunca me verás consentir a tu insistencia en la ilusión para meramente pacificar tu ego. Eso sería hacerte el más flaco de los servicios.

Ahora me voy, pero siempre permanezco contigo.

Soy, aunque no soy sino tú.

En silencio, has venido para escucharme.

En silencio, vendrás a conocerme.

Escucha bien, pues yo soy tu propio yo más elevado.

Soy el Ser, el Yo de todo.

Soy el Cristo, el único unigénito del Padre, y eso es lo que tú eres, siempre.

Recuerda, permíteme.

Bendiciones sobre vosotros.

Amén.

17 de diciembre, 1987

Este ha sido uno de esos días... bien liados, ¡demasiadas cosas! El tipo de día “vaya, me olvidé de comer, pero bueno, ¿quién tiene tiempo ahora?”. De vuelta, en el tráfico del final de la tarde, acelero para pasar un semáforo que justo va a ponerse en rojo, y corro a toda la velocidad hacia las ventanillas que hay en el carril de servicio del banco, pues van a cerrar. Sonrío suplicante al cajero que se detiene un momento agarrando la persiana de cierre, y entonces me devuelve la sonrisa sacando la bandeja de metal para poder usarla.

De vuelta en la carretera, estoy a medio camino de casa -aún serpenteando por el tráfico- cuando me doy cuenta de que estaría bien suavizar un poco la marcha. Noto que mi respiración es rápida y corta, relajo deliberadamente mi abdomen, me enfoco en permitir que mi respiración encuentre de forma natural un ritmo más profundo y suave. Mi pie afloja un poco el acelerador, y me torno consciente de mis alrededores; el anciano que camina lento por la acera, las hojas que caen a la calle danzando suavemente en la brisa, algunos veleros en el puerto.

Esta vez no hay aviso de su presencia, a no ser que haya estado demasiado agitado como para notarla.

Marc, toma tu Biblia, y mira en Mateo 7:5-8.

Me asusto y miro a mi alrededor, reaccionando a esta sugerencia como si temiera que alguien pudiera haberlo notado. Junto a las palabras me viene la imagen de mi Biblia, abierta sobre una mesa. Todas las palabras de las páginas abiertas están en rojo, señalando que esas eran palabras atribuidas a Jesús.

“Correcto”, pienso para mí mismo. “Ahora bien, ¿de dónde vino eso?”. Siento las familiares emociones de resistencia y de miedo sutil. Realmente no quiero tener que lidiar con todo esto. ¿Es que no puedo simplemente irme a casa a ver la televisión, o a hacer algo igualmente mundano y normal? No tengo televisión, así que quizás sea ahora el momento apropiado para comprar una.

“Aunque abriera mi Biblia, seguro que todos esos versículos estarían en negro, ¡ja!”.

Una vez en casa, inmediatamente me ocupo de cosas super importantes, como poner al día el registro de mis gastos, limpiar el polvo (probablemente la primera vez que esto ha sido prioritario en toda mi vida), e incluso pasar la aspiradora.

Habiendo completado todos estos quehaceres tan “críticos”, me relajo y comienzo a practicar alguna postura suave, fluida, de yoga, y solo por tener el

gozo de sentir mi cuerpo moverse y estirarse, respirando regular y profundamente, deleitándome cuando parecen disolverse el estrés y la fatiga del día.

Me he olvidado de la sugerencia de Jeshua de forma efectiva, y entonces mis ojos caen sobre mi Biblia, cubierta de polvo, medio enterrada entre oscuros libros y papeles en el estante más bajo de mi estantería. Si mi cara no hubiera estado en el suelo no habría sido capaz de verla en absoluto.

“Maldita sea, allá que vamos, otra vez”. Ese sentimiento tan familiar se hace presente de nuevo. Saco mi Biblia de su tumba -¿cuándo fue la última vez que la abrí?- y la hojeo con indecisión hasta que encuentro el Capítulo 7 de Mateo, versículos 5 a 8, y leo:

“Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver para sacar la brizna del ojo de tu hermano.

No deis a los perros lo santo, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las pisoteen con sus patas, y después, volviéndose, os despedacen.

Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca halla; y al que llama, se le abrirá.”

En ambas páginas, cada palabra de cada versículo, está marcada en rojo. Y entonces, su voz familiar:

Carta 11^a

Ahora, comenzamos.

Marc, esos cuatro versículos deberían leerse juntos; son muy importantes para el despertar de la consciencia.

¿Eres consciente de lo que es esa viga?

Al contemplarlo, primero veo un tronco, o algo muy sólido metido en el ojo de alguien, bloqueando su visión. Pero la imagen no se percibe muy bien. Entonces cambia y veo como un rayo [viga y rayo se dicen igual en inglés: *beam*] emitido desde los ojos hacia otra figura. El rayo es multicolor. Siento como si hubiera captado algo.

“Se trata de la visión de otra persona. Es, mmm...”, no encuentro palabras.

Es juicio, Marc.

Es el juicio lo que primero debe ser retirado, pues él es tu única imperfección.

Con él, tu comportamiento hacia tu hermano será necesariamente un intento de salvarlo de acuerdo a tus propias consideraciones egocéntricas.

*Sin embargo, solo el Amor puede efectuar un cambio significativo.
No puede existir el Amor donde ya hay juicio, pues el juicio es la negación del amor.*

*El versículo seis es casi siempre concebido mediante los ojos del juicio.
“Perros” y “puercos” son algo que se evalúa como menos valioso.
Pero no es así. Representan la consciencia no despierta.*

*Ellos “pisotean” la sabiduría por su ignorancia inocente, “despedazándose” con todo lo que saben: los egos usan a otros egos.
Eso es todo lo que saben hacer.*

*Nunca es responsabilidad tuya el arrojar tu sabiduría ante los dormidos,
sino el seguir las claves de los versículos siete y ocho: da cuando se pida,
pues sin pedir, la sabiduría no tiene un espacio donde ser recibida.*

Antes de ayudar a tu hermano, “Pide, y se te darán” los pasos a seguir.

*No razones sobre lo que oigas, pues lo que estás oyendo es la voz del Padre,
dada a través del Espíritu Santo.*

*Tú no puedes saber lo que tu hermano requiere,
aunque tu juicio te conducirá a creer que sí.*

¿Cómo esto puede ser aplicado en tu vida? Recapacita sobre ello.

Bendiciones sobre ti.

Amén.

18 de diciembre, 1987

He acabado con la ligera cena, y ya tarde, paladeo el pensamiento de simplemente sentarme en mi mecedora y mirar hacia el puerto, contemplando los barcos y los últimos rastros del crepúsculo que da paso a la noche, bebiendo a sorbitos una taza de chocolate caliente, como si esta fuera la única experiencia que habría de tenerse en cualquier lugar de este universo. No será esta noche.

Hola, Marc.

Me detengo y saboreo el sentimiento que llega con Su presencia. Una paz sublime.

Encontrarás un poco difícil escribir con los ojos cerrados.

De mala gana los abro, temiendo por un instante perder la conexión. No es así.

Carta 12^a

Ahora, comenzamos.

¿Qué distancias han sido cubiertas?

¿Qué caminos han sido recorridos?

¿Cuántas vidas en un abrir y cerrar de ojos?

Pues ciertamente, te digo, que cuando el alma se revuelve en sus primeros despertares de su largo dormitar, comienza un movimiento que ya nunca será negado. De esto ya te he hablado. No vamos a tratarlo más aquí.

Aquello a lo que sí nos referiremos nos llega ahora como un reflejo de los tiempos presentes, y del momento aún por venir; pronto, en tu estimación del paso de los acontecimientos.

Pues quiero que sepas esto: el futuro es una tendencia que descansa en la elección presente. Y no en la elección de las cosas creídas o vistas, sino en la del sentimiento al que se le permita penetrar en el corazón.

Escúchame bien: esa paz que sobrepasa todo entendimiento se hará inevitablemente manifiesta como paz visible sobre la faz de la tierra.

Los esfuerzos por la paz aunque sean vistos por los ojos de vuestro mundo como nobles, no llevan a ningún lado si no hay primero paz en el corazón de aquel que querría actuar.

Por tanto, “busca primero el Reino de Dios y Su Virtud, y todas esas cosas se darán por añadidura”.

El mundo no ha escuchado aún esas palabras, dichas por mí ante él, aunque yo las oí de los labios de un Maestro que ambos hemos conocido. Sabes de quién hablo.

Querido amigo, la tendencia de la que hablo es esa conocida como agitación, conocida como trabajo, pues está cerca el momento en que la tierra ya no esperará mucho más a que el hijo del hombre despierte.

Aquellos cuyos corazones se revuelven, y comienzan a trascender los límites de la mediocridad social, aún no escuchan lo suficientemente profundo.

Pues el camino es fácil, y la carga ligera.

Desea el Reino por encima de todo. Entonces, permite el reconocimiento de que tú eres ese Reino que ha de ser recordado.

De ese modo, descansa en la paz que por siempre sobrepasa todo entendimiento. Aquí está el corazón de todos los evangelios.

¿Y qué entendimiento es sobrepasado salvo el mundano?

No confíes en quienes vean el día en la oscuridad de la noche. Pues lo que afirmen de una cosa, no será así. Y lo que sí es, no lo saben. Ni lo pregun-

tan, pues la pregunta aún no ha nacido en ellos.

No escuches a quienes hablan pero no saben lo que dicen. Escucha solo la voz del Padre, quien te habla mediante el Reconfortador. Él es escuchado solo cuando te aquietas. Solo cuando estás en silencio.

¿Está acaso la Vía poco clara? Desea, permite, descansa.

Pues en el silencio está el perfecto descanso, y aquí suena la voz del Reconfortador, siempre tan apenas audible, como gotas que repiquetean contra un vaso de cristal. Reside ciertamente ahí, y solo ahí.

Querido hermano, venimos porque te amamos.

Eres todo lo que el Padre te ha hecho ser. Un pensamiento, completo. Por tanto, sé eso que tú eres, y tú eres la Luz del mundo.

¿De qué ha valido tu sufrimiento? Una mera experiencia momentánea, una fantasía repentina. No te ha alimentado, sino con la ilusión del sustento.

El sufrimiento no es sino la persistencia de la Separación; la acogida de tu único pensamiento propio.

Es tiempo de renunciar a tu percepción. Al hacerlo, y esto te lo prometo, yo -que soy el único unigénito del Padre- disolveré ese pensamiento en la luminosidad de una Luz inconcebible: la Luz que tú eres.

Y será como si el pensamiento nunca hubiera existido.

Aquí reside el significado de unas palabras a menudo leídas, pero raramente entendidas: “Yo soy el Camino, la Verdad, y la Vida, y nadie viene al Padre sino a través Mío”.

Aquellos que quieran compartir Mi visión no tienen más que un deber: elegir, plenamente, descansar en la paz que ya son.

No ansiando el mundo, sino reservando antes un espacio para el Reino del bendito Padre, sirviendo a Dios, mas no mediante el hacer, sino amando la presencia del Reino por encima de todas las fantasías imaginadas, sobre lo que el mundo es. “Pues si el hombre ama ni lo más mínimamente el mundo, el amor del Padre ya no se encuentra en él”.

¿Cuántos se atreven a aceptar esta simple verdad?

Esta es la clave, dada gratuitamente a cualquier que quiera pasar a través del ojo de la aguja.

Te amo. ¿Puedo hacer otra cosa que amar aquello que YO SOY? Aunque hay quien no lo ve, el resplandor de tu gloria brilla ante Mí.

*No veo otra cosa que a Mí Mismo, el Hijo de Dios.
Mira con esos ojos, y solamente con ellos.
En ello reside la salvación del mundo.*

*Bendiciones, Marc.
Querido mío, el momento está próximo.
Ve, en amor, y no temas.*

Amén.

20 de diciembre, 1987

Carta 13^a *Ahora, comenzamos.*

Marc, te pediría que abrieras de nuevo tu Biblia, y te guiaremos hacia aquellas palabras que más necesites escuchar ahora.

Voy hacia mi librería, agarro mi Biblia (Dios, dos veces en solo unos pocos días; ¡a mi madre le daría un telele!) y me siento.

“Bueno”, pienso para mí mismo, “¿qué diablos se supone que voy a leer esta vez?” No, esta no es la actitud apropiada, sino solo la de renunciar a toda expectativa. Pronto me calmo, y entonces:

Dirígete a Marcos 4:9 y comienza a leer.

De nuevo está todo en rojo. ¿Estas “coincidencias” van a acabar alguna vez? ¿No puede haber algún error en alguna parte del mensaje? Quiero decir, me estoy empezando a dar cuenta de que aquí está pasando algo gordo, y si no encuentro la manera de explicarlo voy a tener que hacer algo con ello. ¿Y por qué esta idea siempre me da escalofríos de pavor?

**“Y añadió: quien tenga oídos para oír, que oiga.
A vosotros se os ha concedido el misterio del Reino de...”**

Siento un repentino impulso vital, como un pico de energía elevándose de golpe por mi columna.

Marc, recuerda siempre esas palabras, y las dudas sobre tu travesía no te vencerán. Ahora, dirígete a Juan 5:10.

Comienzo a leer un relato sobre cómo Jesús sanó a un hombre en el sábado judío, y cómo los judíos deseaban matarlo, pues no solo había quebrantado una ley, sino que había reclamado su igualdad con Dios. Continué leyendo hasta que llego al versículo 23:

**“para que todos honren al Hijo, como honran al Padre
El que no honra al Hijo no honra al Padre que lo ha enviado”.**

Ahora te pido muy fuertemente tu atención, al hablarte sobre esta enseñanza. Para que aquellos que construyen sus templos y entran ahí solo para hacer plegarias a una imagen Mía creada en las mentes del hombre, y pensando que con ello “honran al Hijo”, reconozcan claramente que no lo honran.

*El Hijo es uno, sin un segundo. ¿Qué significa esto?
No soy yo el Hijo, y tú un “segundo” que deba ser salvado.*

*No estoy por encima de ti. Soy el Hijo como tú lo eres.
Pues el Hijo mora en el corazón de todo, ya sea en este universo ya sea en otro. Ilimitado, sin fronteras. ¿Cómo, entonces, puedes honrarme, sin honrar al Hijo en ti mismo, al Hijo que tú eres?*

Hay una gran verdad en lo dado por los profetas de tus tierras del oriente, aquellos que familiarmente se llaman “Brahman-Atman”.

Y es simplemente que el espíritu que mora en el corazón del hombre -que es espíritu antes de la identificación con ilusiones- es el único espíritu que mora en toda vida: Brahmán, o Dios el Padre.

La honra, por tanto, primero deber serle dada al Hijo que mora en el propio corazón de uno.

Es solo haciendo eso como puedes quizá alguna vez honrarme. Solo en este sentido, honrarme es honrar a Aquel que me ha enviado a ti, de forma paralela a como Él os ha enviado -a cada uno de vosotros- para expresar la plenitud del Amor que Él es.

Y si el Hijo no estuviera ya morando en todas las cosas, no os habría dicho: “Parte madera, y ahí estoy. Agarra una roca, y ahí también Me encontrarás”. Ver dentro del corazón de todas las cosas es contemplar el esplendor del Hijo. En esto se reconoce el misterio del Reino.

*Mirad que siempre estoy con vosotros,
pues no somos sino Uno, el único Hijo unigénito.*

Esto es suficiente por hoy. Estoy contento de que estés entregando tus resistencias contra Mí. Con esto crecerás hacia una paz que solo vagamente has podido imaginar, y, tu imaginación, no es sino una sombra de la remembranza de esa Luz, de la cual has brotado hacia todas tus travesías.

*El Hijo Pródigo es cada alma,
es el Hijo ocultado en su elección de olvidar quién es,
para poder soñar un sueño que sucede en un solo instante.*

Así, también, el despertar del Sueño no supone un mayor esfuerzo que el de abrir tus ojos.

Permite que los ojos del Hijo, dados a cada uno, sean ahora abiertos.

Amén.

22 de diciembre, 1987.

Carta 14^a

Ahora, comenzamos.

Aquí hablaremos contigo sobre la gloria que está por verse en el plano terrestre. Pues como ha sido escrito, así será.

Y en esos días nacerá de los cielos un sonido desconocido para los oídos mortales, aunque instantáneamente reconocido por el alma del hombre.

Es el sonido de la voz del Reconfortador, señalando el final del mundo, aunque no de la tierra, ni del espacio y el tiempo. Pues el final del mundo no es el final de la creación, sino su cumplimiento.

Con ello será atestiguado en cada corazón el despertar del Único Hijo, disipando la oscuridad de la Separación.

Esto es lo que te digo: eso sucederá en el transcurso de tu última encarnación, que es esta que ahora vives, sobre esta tu querida tierra.

Habrá “llantos y rechinar de dientes”.

No todo el mundo desea el regreso de la Luz.

No todos desean el despertar del Hijo.

Estos tendrán sus dificultades aunque estén acunados amorosamente en el abrazo del Padre, que es un padre sabio, esperando a que el sueño de Su hijo acabe, pero sin llegar por ello a perturbarlo.

Tal es la cualidad del Amor Incondicional.

No se ha visto sobre la tierra una Luz como la que vendrá.

Pues los ojos del hombre la verán salir de todos lados.

El sueño será interrumpido antes de que los ojos rebose, y los atareados serán calmados, pues será reconocida primero en el alma.

Apresúrate entonces por ir al campo pues la tierra se estremecerá según la Luz alborea en la mirada del hombre.

Regocíjate, y ten un rebosante júbilo, pues el Día del Señor estará ahí.

Ya que el “Día del Señor” es el despertar del Hijo en el alma de todos aquellos que diligentemente buscan el Reino del Santo Padre.

Aquellos que no lo buscan no lo encontrarán.

Marc, te brindo oleadas de gozo.

Lo que te cuento es profecía. Compártelo.

Pues, ¿no es tarea del mensajero compartir su mensaje?

*Todo lo que eres, lo has elegido ser:
verdaderamente, un mensajero del corazón.*

No temas las mentes de otros, pues con esto que compartimos comienza su iluminación, o bien se profundiza. Vive la verdad que conoces, y conocerás la libertad que buscas. No esperes a nadie.

¿No es acaso el momento de entregar el último rastro tembloroso de tu sueño? ¿Querrías quedarte con una gota de agua cuando por todos lados te rodea un vasto océano?

*Ven a casa conmigo, querido. Verdaderamente, ven a casa.
Descansa ahora.*

Diariamente vendremos a ti, pues ahora aceleramos nuestro paso, y hay mucho aún que establecer.

Sé aquello que el Padre te ha dado. Pues como yo, que tuve necesidad de entregar y rendirme, así la tiene toda alma sobre cada plano en cada universo.

*La elección es simple:
la Vida, o continuar con la ilusión.*

Nuestro amor es profundo, por ti que sufres, aunque exijas que continúe tu sufrimiento.

Nuestro amor es profundo, por ti, que nos buscas, solo para evitarnos.

Has pedido, y hemos respondido.

El final del Sueño es seguro.

Da suavemente tu asentimiento, y el mundo ya no será más, viéndose consumido para siempre en la llama de la Realidad: el Reino del Santo Padre.

Venid a casa,

queridos niños,

venid a casa.

Amén.

No puedo describir lo que siento. Quizá no siento nada, la energía de Jeshua nunca ha sido tan poderosa, tan directa, tan afilada. Me siento como si no pudiera mover un músculo, ni pensar en nada. Aunque constato que parte de mí está aterrorizada por esto.

Profecía. Esto rechina por todos los rincones de mi ser. Mi mente que razona no puede aceptar esto, aunque veo claramente que solo me sucede así porque es “irracional”. Ahora mismo no puedo razonar en absoluto.

Siento otra vez de repente ese cambio en la energía:

Carta 15^a

Muy bien, Marc.

Puede llegar a ser tan fácil, cuando eliges la llave del permitir...

Y esta facilidad vaticina la suavidad con la cual el Reino es acogido, mientras aún estás en un mundo que no lo querría ver.

Mi misión no fue una carga, ni hay ninguna carga cuando el alma permite que el Reino brille desde adentro.

Libérate a ti mismo de este miedo sin sentido, pues con esfuerzo no es como tendrás que actuar, ya que solo experimentarás el gozo increíble de ser llevado por los brazos del Amor del Padre.

El camino, el método es fácil, pues el número de los que han pedido se asemeja al de los que han recibido las llaves del Reino.

Habéis recibido las llaves, ahora, acéptalas. Úsalas para abrir la puerta final, pues el tesoro está cerca, a mano.

¿Querrás retrasarte más cuando sabes que es un despropósito el hacerlo?

Ven a casa, viajero. Ven a casa, soñador.

Mi paz sea con vosotros.

Amén.

26 de diciembre, 1987.

Buenas noches, Marc.

“Buenas noches, Jeshua.

¿Cómo puede ocurrir que esta comunicación suceda así, y...”.

Te sugeriría que escribieras esto, por favor.

“Vale”

Carta 16^a

Ahora, comenzamos.

Querido hermano, ¿aún no comprendes, o es meramente tu resistencia a lo obvio lo que te hace plantear esa cuestión?

“Bueno, sí, supongo que es mi resistencia”.

Sí, es solo eso.

Y, ¿a qué te resistes? ¿A la misma Vida que siempre has buscado?

“Algo en mí me echa para atrás. Creo que lo temo”.

Lo que te contaremos esta noche pondrá término a tu resistencia si tan solo reflexionas un poco acerca de lo que es dado.

Primero de todo, la Vida es algo que fácilmente se comprende.

Es el fluir gozoso de la creación que avanza -el legítimo deber del Hijo- emanando del acabado pensamiento del Padre.

Todos los mundos ya son, albergados en el Padre Santo.

Ese Pensamiento es lo que tú eres. Este es el “tú esencial”.

“Sed perfectos por tanto, sin ninguna deficiencia” Pues esa perfección es lo que sois. Y serlo requiere de prácticamente ningún esfuerzo.

Para el ego, esto conlleva una total confusión.

Es completamente inconcebible que no haya nada que hacer.

Antes te he dado las claves, y estaría bien que reflexionaras sobre ello.

Soy parte de ti, así como tú eres parte Mía.

Esta participación en las formas del Ser no acaba.

Somos de un solo Corazón, una Mente, un Alma.

De nuevo, me gustaría simplemente decir:

El Hijo es Uno, sin un segundo, y solo esa es la verdad de lo que eres.

Renunciando a toda resistencia a este hecho se encuentra la paz, la cual, con toda seguridad, sobrepasa todo entendimiento. Pues al despertar de tu sueño hacia la Realidad de lo que tú eres, tu único pensamiento -ese de la Separación- acaba para siempre:

el Padre y el Hijo son revelados como Uno.

Me gustaría aconsejarte que no te empeñaras en fabricar tu paz para el mundo. Esto conlleva empeñarse en mantener una mera ilusión que inevitablemente va a caer.

Déjala de lado como un niño lo hace con un viejo juguete.

“¿Pero eso no supone una negación de la vida?”.

Las ilusiones no tienen vida. Tu pregunta expresa tu resistencia.

Expresa tu creencia, profundamente sostenida, de que el mundo tiene que ser real de alguna manera.

El mundo es la ilusión de la Separación.

El mundo exige eso, es su cometido.

La lucha que sientes, el dolor que provoca tu fatiga, tu depresión, tu desesperanza, no son más que el resultado de tu monumental esfuerzo, para permanecer en el mundo, exigiendo que sea real, cuando sin embargo ya te has desplazado más allá de ese problema.

Tu rechazo a reconocer esto es una negación de tu propio Ser, y se basa en el miedo al Reino del Padre. “Pues mi Reino no es de este mundo”.

Permíteme aclararte esto. El Reino no existe en alguna otra ubicación.

“Pues el Reino del cielo está desplegado por toda la tierra, mas el hombre no lo ve”. No puede ver el Reino porque se empeña en ver el mundo.

Por tanto, enseñé: “No podéis servir a Dios y a las posesiones”.

Es simplemente imposible entrar en el Reino, y permanecer todavía en el mundo.

¿Querrías desaparecer? ¡Es posible! Mas probablemente no.

Recuerda, el mundo es todo lo que percibes desde el punto de vista de la Separación. Acaba con ello, y todo lo que permanecerá es el Reino.

No dejes que otros banalicen sobre esto: el Reino está tan lejos del mundo como el este del oeste, aunque, si no residieras siempre dentro de él, no podrías existir.

Solo hay una leve diferencia entre la iluminación y la ignorancia: la intención.

Tu intención refleja tu elección: o bien la de continuar creyendo en la ilusión de la Separación, o bien la aceptación de la Reconciliación con el Santo Padre.

Y esta verdad no os incumbe solo de forma ocasional sino que todos la rozáis, aunque solo sea al dormir.

La fe no es nunca suficiente.

Pues donde hay fe en Dios, hay Separación de todo lo que Dios es.

“Esto es demasiado. Ciertamente que voy a tener que ir ordenando todo esto”.

Desde luego que sí.

El “tú” que es el único unigénito del Padre está ordenándolo todo.

Así como has fabricado el mundo mediante tu único pensamiento de Separación, así, también, creas la salvación de la humanidad ¿Y acaso el hombre es otra cosa que la expresión del Hijo, que aún está atado a la ilusión?

Marc, hace muchos años, en esta vida, me rezaste para que te guiara a casa. Sabías, incluso entonces, que estabas completamente perdido.

Nunca te he abandonado.

Todo lo que has creado lo he utilizado para dar forma a tu travesía desde el sueño al despertar. Así ocurre con todo aquel que pide desde el corazón y cuya intención es clara.

El Reino no puede ser concebido por las mentes de aquellos que se empeñan en las creencias del mundo.

*Solo cuando se le permite
acabar al mundo,
se ingresa en el Reino.*

Las puertas son tantas como hijos del hombre.

*Ante todos y cada uno de ellos está su puerta, la que lleva a la Luz.
Más cercana que su propio aliento, y tan delgada como un papel.*

Nuestro tiempo ha sido bien empleado esta noche.

Espero deseoso el día en que vengas de propia voluntad, sin necesidad de que Yo reclame tu atención. Es un día que no queda ya muy lejos.

Recuerda, te amo, pues me amo a Mí Mismo.

Por tanto, el amor -el amor a uno mismo, a su yo- es finalmente la única puerta al Reino.

Es un amor que fue abandonado en el momento de aquel único pensamiento, del cual han surgido todos los mundos.

Ahora te dejo, aunque recuerda que estoy contigo.

*Apenas podría yo estar en ningún otro lugar, pues yo soy como tú eres:
el Hijo del Padre, realmente concebido antes de todo mundo.*

Omnisciente, omnipresente.

¿Es entonces todavía algo asombroso que estas comunicaciones ocurran?

Recapacita sobre esto.

Amén.

28 de diciembre, 1987.

Carta 17^a

Ahora, comenzamos.

Quiero que sepas que la visión que has tenido de Mí, esa que has visto en tu meditación, es muy válida. Me he aparecido a ti varias veces -siete en total- pues no es con los ojos físicos como uno ve la esencia de lo único que es Real.

Para ver se requiere lo que podría ser llamado “visión interior”. Y la has desarrollado en alto grado.

Permíteme aquí contarte un solo pensamiento una sola lección, una enseñanza. Otros pueden, por supuesto, beneficiarse de ello, aunque para que una enseñanza sea bien recibida, es necesario que exista la posibilidad de su recepción.

La verdadera enseñanza, entonces, es un arte que requiere ser sensible a la receptividad del estudiante.

El pensamiento es este: en todas las cosas, será descubierto aquello que es del mundo, y aquello que es del Reino.

*Y se reconocen de una sola manera:
lo que es del mundo exigirá que lo percibas desde el ego.
Será sentido como una atracción, una necesidad, un deseo.
Tras esto puede discernirse una sensación de inquietud.
Cuando esto sea reconocido, abandónalo.*

*Este es el proceso por el cual se renuncia al mundo.
Al hacer eso, automáticamente se descubre lo que el Reino es: paz.
Aquí, se encuentra el reconocimiento directo de que uno no carece de nada.*

*Por tanto, el mundo es prolongado y alimentado cuando se elige la cualidad experiencial arriba descrita.
El Reino es revelado cuando ese hábito es abandonado.*

*La esencia del pensamiento es esta, y esto te lo sabes muy bien:
“Nada real puede ser amenazado. Nada irreal existe”.*

Practica esta lección, y ocurrirán grandes cambios.

*Ahora, te doy paz.
Y yo doy, mas no como da el mundo, pues yo soy tu Profesor final.
Y el estudiante será como el Profesor, que enseña el Reino del Santo Padre, ayudando a que aún otro más se libre de la atadura de la ceguera autoin-*

ducida.

Así, el Hijo es despertado.

Así, el mundo es transformado.

No renuncies a la visión, pues el Reino será reconocido sobre la tierra.

Esto llegará a suceder mientras aún vives esta vida.

Y este es el Reino: que el Padre y el Hijo son Uno.

En esto, la tierra se regocijará y dará fruto aunque un fruto todavía no visto por los ojos del hombre, salvo en reflejos distantes de un antiguo recuerdo, cuando el hombre caminaba en Dios, y lo conocía.

Recuerda lo que ha sido dicho aquí.

Bendiciones para vosotros.

Amén.

29 de diciembre, 1987

Algo está sucediendo bien profundamente adentro de mí. Es un revuelo, un movimiento que comienza en un lugar tan profundo, que se siente como si descubriera una habitación sin estrenar en mi propia casa. Es como un estremecimiento que, percibo, quiere crecer.

Es todo muy extraño. Siento como si solamente quisiera estar solo, en este bonito, sereno apartamento. El sentimiento es una atracción, sí, pero está casi al borde de ser una necesidad urgente. Cada día corro a casa tan solo para verme inundado por una plétora de pensamientos de evitación: “debería ir a ver una película”, “debería tomarme un par de cervezas”, “podría llamar a todos mis amigos”, “¿está hecha la colada?” y sigue, y sigue ... *todo el rato*.

“Meditaré, eso es lo que haré”.

Sentarme y respirar rítmicamente solo sirve para aumentar mi reconocimiento de este danzante caleidoscopio mental. Lo veo en sus raíces: miedo. Estoy atemorizado. Dios, me siento como un gato acorralado, que no obstante quiere ser acorralado.

Hago todo lo que puedo para suprimir cualquier pensamiento de *Las cartas de Jeshua*. Eso es lo que me atemoriza, la idea de hacerlo público. ¿Miedo? Es más que eso. Es terror. La información que me da Jeshua apunta derecho a la cara de la teología cristiana, y eso me hace temblar.

Ha habido tantas comunicaciones estas pocas semanas atrás..., imponentes en su elocuencia, profundas en su filosofía, de llamativo impacto. Al recordar

concretamente las instrucciones de Jeshua para leer palabras concretas de la Biblia, solo puedo reírme sofocadamente para mis adentros, “¡El estudio bíblico nunca ha sido como esto!”.

Sus enseñanzas me *han* afectado de una forma y con una intensidad tales que aún no puedo comprenderlas, y mucho menos asimilarlas. Ha sido una Navidad como ninguna, en la cual me he visto incapaz de ver como había visto siempre, incapaz de participar de las maneras en que siempre había participado, pues el salvador cuyo nacimiento celebramos está hablándome *ahora*, hoy, y habla de un Cristo, de una Verdad, de un secreto, etiquetado como herejía por las mismas autoridades cristianas que Lo aman.

La emoción crece en mí, y mis ojos vagabundean por este apartamento poco pretencioso, escasamente decorado. ¿Es por esto por lo que he venido aquí? ¿Es esto lo que me ha empujado hacia un lugar así y hacia un tiempo de soledad, a una soledad que me llama y de la cual, a la vez, quiero escapar?

¿Cómo es que puedo resistirme, con una voluntad tan fuerte, a esa misma experiencia que parece fluir tan sin esfuerzo? ¿Por qué lucho contra la increíble paz y certeza que experimento con Jeshua?

¿Qué hay en mí que, a pesar de todos mis juegos de evitación, continúa impulsándome a lo largo de esta travesía?

Estoy comenzando a reconocer la importancia del mensaje de Jeshua. Roza mi mente suavemente, momentáneamente, como un rayo de sol que, al encontrar una grieta en un cielo de nubes, sobresalta con su repentina iluminación, aunque quede de nuevo oculto al mirar por la ventana, cuando intento verlo de forma más directa.

Ver esa Luz directamente... sin oscurecer... ¡seguro que esta es una meta sin parangón! Aunque aún no veo claramente el velo que la esconde, ni estoy seguro de cómo retirarlo... me veo compelido por una fuerza desconocida dentro de mí, que aparentemente va contra mí mismo. ¿O es que he negado mi verdadero ser para poder identificarme con un ser que *no* soy?

Capítulo 5

El Hijo que despierta es como alguien que busca la Luz, y entonces se lamenta por la disolución de las sombras, cuando el alba abre gentilmente su camino en la noche.

Carta 18^a

Ahora, comenzamos.

Un poco más, y estarás donde YO SOY. Es tu casa, como lo es para todo aquel que aún se demora en la danza de sombras. Todos están viniendo a casa, pues todos son como nosotros y esto te lo afirmo una vez más: el único Hijo, el único unigénito del Padre, unigénito antes de todos los mundos, y de una sola sustancia con el Padre, eso, únicamente, es lo que tú eres.

Eso, solamente, es lo que YO SOY.

Eso, solamente, es lo que todos sois. Solo eso.

En esto se reconoce la esencia de Mi evangelio.

Es sabiduría sublime, y no obstante es más obvio, para cualquiera que quiera lo pida, es más obvio que el fluir de su propia respiración.

Nunca hay barreras entre las formas del Hijo y de Su Santo Padre. Todas esas barreras no son sino reflejos de un único pensamiento:

“Estoy separado; estoy solo”. Con esto el miedo es concebido, y el Hijo se encoge hasta ser un mero punto de esa Luz que es lo que él solamente es.

La creencia en “el otro” es persistir en la Separación.

No obstante, ahora te aporto esto: el mundo no puede reconocer esto, pues su pensamiento, ciertamente, su percepción, está basada en la Separación. Por tanto, para reconocerme como lo que tú eres se requiere un conocimiento diferente.

Mi Un curso de milagros tan solo esboza el camino para todos aquellos que están muy profundamente apegados a su herencia judeo-cristiana. Hay muchos caminos así.

Reconoce esto: un camino a casa, cuando es genuino, no te exige que creas en él, sino que te impulsa gentilmente más allá de tu ilusión.

Las claves que te he dado se encuentran en todos esos caminos:

deseo, intención, permiso, rendición.

Ahora, cerraré esta comunicación, pues tu mente comienza a considerar lo que es revelado. Ahora reconoces quien tú eres.

Has completado el uso de las dos primeras claves.

La culminación de la larga, larga travesía, que en realidad nunca ocurrió, reside en la tercera.

Cuando esto sucede, nuestra obra comenzará.

Bendiciones sobre vosotros, y sobre todo lo que soñáis.

Amén.

22 de enero, 1988

Hola, Marc.

“Hola, Jeshua. Te quiero”

Y yo, querido amigo.

Carta 19^a

Ahora, comenzamos.

Pacientemente espero tu entrega del ultimo rastro de tu resistencia.

Pacientemente espero.

Ven a Mí, y permite que el mundo ya no sea más. Pues no ha sido más que el borroso reflejo de un pensamiento momentáneo. No es lo Real.

El Reino no reside en un lugar especial, ni en un momento especial.

El Reino está dentro de ti.

Esto se pronunció hace mucho tiempo, pero aún sigue sin comprenderse.

El Reino es la unión del Hijo con el Padre más allá -y anterior- a todas las sobras. Nunca ha cambiado.

“Dentro” es una metáfora, ya que el “tú” con el que te identificas tan erróneamente es el pensamiento momentáneo sobre el cual están construidos los mundos de innumerables sueños.

El Reino, donde realmente resides siempre, está dentro de ese “tu”.

Reconoce esto, y reconócelo bien. No hay ninguna duda sobre esto, pues lo único que es Real, es Real.

Lo que solo es una sobra proyectada por un pensamiento limitado, no puede ser Real. Y no obstante, las sobras pueden tener el poder de atarte.

Reconoce que la fuente de tal poder no es sino tu propia insistencia en que ellas sean reales.

El Hijo que despierta es como alguien que busca la Luz, y entonces se lamenta por la disolución de las sobras, cuando el alba abre gentilmente su camino en la noche.

Marc, me gustaría que reconsideraras la desarmonía a la cual te has vuelto sensible. ¿No será acaso esa resistencia final a la cual te aferras tan terca-mente? Reconsidéralo bien.

Permite que esto sea una señal para ti: Aquello que fluya sin esfuerzo en tu experiencia es, ciertamente, la voluntad del Padre.

Aquello que te brinde fatiga, o que le dé rudeza a tu semblante, no es sino el peso de unas sobras hace mucho tiempo superadas.

No hablaría de esto si no fuera así.

Y ¿qué es lo que temes? ¿No es también la entrega de tus sobras?

¿Y acaso esto no es más que la insistencia en la realidad del mundo?

Esta es la verdad que os doy: el mundo es transformado con la renovación de tu mente, pues esta “re-novación” es el regreso del Hijo a Su Reino en el Padre, un perfecto estado de ser que ilumina el mundo; sus sobras meramente desaparecen en la inundación de un resplandor, que es tu merecido hogar.

Ciertamente, el Reino ya está extendido sobre la tierra, pero el hombre no lo concibe. ¿No querrás ayudarme con la transformación del mundo a través de la renovación de la mente del Hijo?

Para esto has entrado al mundo.

Por esto has sufrido el mundo.

Por esto Me has buscado.

No permitas ninguna confusión sobre esto:

Lo que se despliega para ti bajo la forma de estas comunicaciones, no es sino la manifestación de tu deseo de participar en esta obra. Tu dolor no es sino el rechazo a aceptar el cumplimiento de este deseo.

Ahora, querríamos dejarte.

No te demores más.

Ciertamente, el tiempo ha llegado.

El final del viaje es inevitable.

Incluso el momento ha sido elegido.

*Aquello que YO SOY, está siempre contigo,
Pues lo que YO SOY, tú lo eres.*

Amén.

15 de febrero, 1988

Carta 20^a *Ahora, comenzamos. Entonces que así sea.*

EL final está cerca, las sombras palidecen en una luz inconcebible para la mente del hombre. Para que ésta pueda ser mecida en el regazo de la sabiduría divina, primero debe ser vaciada de todo rastro de yo, pues el “yo” es una distorsión de aquello que es lo único Real. YO SOY eso.

*“Para siempre no existe, pues en verdad, el tiempo no es.
Solo existe éste momento, y en él, el surgimiento de todos los mundos.*

Reconoce esto: Lo que tú eres reside en todo tiempo y lugar y no obstante está siempre más allá de las sobras de la ilusión.

La Luz que YO SOY alborea en el acto de reconocimiento de lo que únicamente ES. Tu única tarea es permitirlo.

Las claves te las he dado, y han sido usadas.

Pues no se puede acceder al Reino si no hay primero deseo, no puede haber movimiento hacia él sin una clara e intransigente intención.

*Pero la mayor de las claves es la del permiso,
pues la entrada no puede ser conseguida a través del esfuerzo propio,
sino solo mediante la autodisolución.*

He aquí la esencia de mi evangelio: no es mediante el mucho esfuerzo, ni tampoco mediante la mera creencia, como se entra al Reino, sino solo con el final de la ilusión.

*Enseña esto. Sé esto. Y entonces, el Hijo despierto proclama:
“Yo y mi Padre somos Uno”.*

Paz, y de nuevo digo paz, al único, unigénito del Santo Padre.

Amén

Él habla. Yo escribo; todo parece desvanecerse. Ajeno a mi entorno físico, la agonizante luz de un día que desaparece no le importa al bolígrafo que vuela por las líneas sobre el papel. Se acaba. Se difumina suavemente, y regreso a lo que llamamos realidad, sentado en un tranquilo apartamento, escuchando la conversación de una pareja que camina por la acera bajo mi ventana.

Para poder leer las palabras tengo que encender una luz, esforzándome por

descifrar mis propios garabatos apresurados. Acabo, y tengo un escalofrío involuntario, aunque no porque tenga frío. Esto es bien radical. No es lo que me han enseñado. No es el dogma oficial de mi propia familia humana. Seguir hacia donde esto me lleva requiere de una audacia que no estoy seguro de poseer (y que tampoco estoy seguro ni siquiera de que la desee tener). Aunque existe una atracción, un profundo sentimiento que quiere gritar: “¡Sí, sí!”.

Platón escribió una vez una alegoría ahora célebre, *La caverna*. En la caverna la gente vivía sus vidas de cara a los muros, y nunca se daban la vuelta para ver lo que pudiera haber en la caverna. Toda su experiencia giraba en torno a su interacción con las sombras que eran siempre proyectadas en los muros de la caverna. En el curso de las generaciones, llegaron a creer que las sombras eran toda la realidad; no había necesidad de darse la vuelta.

Pero un día, sin aparente motivo, un chico joven giró ligeramente su cabeza. Al principio se desorientó y no comprendía lo que veía. Sin embargo, gradualmente se hizo patente que los moradores de la cueva estaban encadenados de tal modo que todo lo que podían ver era la danza de sombras. Comprobó que la cueva era mucho más amplia que lo que le habían dicho. Vio un enorme fuego a cierta distancia, que era alimentado por unos pocos individuos cuya apariencia no era como la suya. Con un sobresalto, constató que las sombras en el muro en realidad eran proyectadas por el danzar de la luz del fuego. ¡No eran reales en absoluto!

Aprendió a cortar las cadenas que, sin darse cuenta, le habían mantenido atado, y llegó silenciosamente más allá de los Guardianes del Fuego. Entonces, se dio cuenta de que un rastro de luz bajaba filtrándose desde algún punto por encima de él. Con un gran esfuerzo escaló hasta aquel punto por donde la luz estaba entrando, y salió de la cueva por sí mismo. El resplandor de la luz era cegador, al principio. ¡Todo estaba clarísimo! ¡Aquí no había sombras en absoluto!

Entonces, recordó que su familia y amigos aún vivían en la cueva, embelesados con las sombras. Regresó para bajar a su lugar en el muro, y comenzó a relatar emocionado su experiencia. Algunos actuaban como si no pudieran oírle, no mostrando ningún rasgo expresivo en sus rostros. Otros miraron por un momento, y luego apartaron la mirada. Y algunos más advirtieron al joven de que la luz era un viejo mito, uno que ya hace mucho tiempo fue explicado y descartado por los sumos sacerdotes y los gobernadores de los moradores de la cueva, y que haría bien en olvidarse de ello. Y solo unos pocos, muy pocos, quisieron escuchar más.

¿El mundo es eso? ¿Estoy, estamos, viviendo en una cueva ocupada por meras sombras que nosotros mismos proyectamos? ¿Estoy preparado para abandonar

mi mundo? Este es el único que conozco, e incluso a este, no lo conozco bien. ¿O bien sucede que simplemente temo lo que hay más allá de las fronteras -prescritas por la autoridad- de la “verdad” consensuada?

20 de febrero, 1988

Quizá solo se deba al sentimiento de intensidad que ha acompañado a las comunicaciones con Jeshua, o quizá se trata del desafío que supone su mensaje para mi propia visión del mundo, construida en los pasados treinta y cinco años... pero siento, o mejor, lucho contra cierta presión dentro de mí.

Confieso que a veces desearía ser un poco más ingenuo; menos inquisitivo. O quizá Kendra tenga razón. Después de todo, quizá se trate de una cuestión de confianza. Últimamente a veces me encuentro perdido en un torbellino de consideraciones acerca de lo que me está sucediendo; cuestionándome la fuente de esta experiencia llamada “Jeshua”, buscando algún motivo oculto, egoico, que *con toda certeza* tiene que estar ahí, y desesperado por no poder encontrarlo.

Esto no es confortable. Algunas veces reconozco al niño en mí, que quiere encontrar a alguien para hacer que todo esto se marche. Pero, tras muchos años de auto-observación, de prácticas espirituales y de superación personal, sé que estoy o bien bendecido o bien maldito por una orientación vital que describía mejor William James:

“Por todo nuestro alrededor hay infinitos mundos, separados de nosotros por la más delgada de las pantallas. Casi siempre se mantienen fuera de nuestra consideración, pero, a veces, atraviesan violentamente la pared para revelárenos por sí mismos. Por tanto, debemos ser cuidadosos y no cerrar demasiado rápido nuestros informes sobre la realidad.”

¡Mi disposición a dejar mi informe abierto me ha supuesto tanto una bendición como una ruina! Pero esto no se asemeja a nada que haya encontrado jamás. Mi intelecto no parece capaz de explicar ni la experiencia ni el sentido del mensaje de Jeshua. Quizás por ello, simplemente, lo “archivo” como mejor puedo, y continúo viviendo mi vida -o eso intento- como estoy acostumbrado a hacerlo, como creo que debo. Aunque alguna parte en mí insiste en que haga todo lo que pueda para entenderlo, integrarlo.

Levanto el teléfono, y pico el código que automáticamente sintoniza el número de Kendra. Una vez más, ha pasado demasiado tiempo desde el último contacto con esta gentil alma, que tanto amo. Sé que esto sucede porque quiero “ir poco a poco”, ¡como si yo pudiera gastar su amistad hasta el punto en que ya no quede más!

“Hola, ¿Kendra?”.

“Marc, ¡hola! Es gracioso que llames. Últimamente he estado pensando mucho en ti”. Se detiene un momento, y continúa. “¿Vas pudiendo sobrevivir?”.

“Sí, estoy como siempre. Ahora... con razón vas a poder decirme... '¿No te sugerí esto hace mucho tiempo?'. Así que, Kendra, bien puedes no hacerme ni caso!”.

Hay una breve risa apagada, antes de que ella repita sumisamente las palabras, cuando entonces, pregunta: “Vale, ¿qué es lo que te sugerí hacer?”.

“Que debería pedir cita para una sesión con Jeremías, a ver si puede darnos alguna luz sobre todo esto”.

Con el auricular reposando entre mi oreja y mi hombro, tomo un lápiz y un cuaderno. “Sabes, creo que ahora sería feliz si Jeremías pudiera decirme que todo es una proyección de mis deseos megalómanos subconscientes. ¡Quizá pueda recetarme algunas píldoras contra la escucha de voces! Entonces, dame el número, y veré si puedo organizar algo”.

Kendra me recuerda que Billie Ogden, la mujer que es canal de Jeremías, suele tener una larga lista de espera.

“Mira, déjame llamarla ahora, mientras todavía estoy animado, y luego te vuelvo a llamar”.

En pocos minutos vuelvo a hablar con Kendra. “A que no sabes qué pasó. Precisamente habían cancelado una visita, y puedo verla mañana”.

Kendra, por supuesto, no pudo dejar pasar esta oportunidad. “Eso significa que te veré mañana por la noche, ¿no?”.

Sonrío sabiendo que ahora no tengo otra elección que seguir adelante con esto. “Mañana por la noche, eso es. Gracias por el número. Hasta luego”.

Tras intercambiar algunas frases de cortesía con Billie, preparamos la cinta registradora y nos acomodamos en el sofá. Relajándome lo mejor que puedo, espero pacientemente a que ocurra el cambio, a que Billie se marche y aparezca Jeremías. Sea lo que sea este fenómeno, siempre estoy fascinado por los notables cambios físicos que suceden: la cara de Billie cambia sutilmente de forma, su cuerpo comienza de cierto modo a parecer más grande.

Finalmente, su cabeza se eleva, y comienza a hablar con una voz muy diferente a la de Billie, con un estilo muy diferente en el lenguaje empleado: “Corazón mío, ¿tienes alguna pregunta que plantear?”.

“Sí”, contesto. “Bueno, realmente tenía una lista de preguntas, pero decidí simplemente confiar en el fluir de nuestra sesión”.

Esboza una sonrisa. “Ahí hay sabiduría, corazón mío”.

“Uno de los problemas que tengo es que, aunque estoy aprendiendo a escuchar a mi corazón, seguir lo que dice parece ser otra cuestión”.

“Eso se debe a que estás enredado con el intelecto. Lo que provoca dolor, corazón mío, es la confusión entre intelecto y corazón. En este momento, lo que te diríamos es que la mejor manera de actuar desde tu corazón es estar dispuesto solamente a dejar que se marche lo que sabes; a dejar que se vaya el entrenamiento que hayas tenido. La fuente de toda vida, como ves, es lo que podéis llamar Dios, o Amor, la Unicidad de todas las cosas. Corazón mío, hasta que no dejes que se vaya quien tú crees que eres, no puedes recibir sabiduría del Universo”.

Cambiando mi posición para poder mirar directamente a Jeremías, pregunto: “¿Puedes llevar un poco de luz a mi experiencia con Jesús, si es que he tenido alguna en absoluto?”. Como quiero saber si podría recibir el mismo tipo de información que Kendra recibió ya hace tantos meses, no le he mencionado ni a Kendra ni a “Jeshua”, deliberadamente.

Tenemos una muy larga pausa, y la respuesta de Jeremías me interrumpe abruptamente: “no es tanto que estés teniendo una experiencia con Jeshua, sino que tú lo *eres*. Ese es *tu* tiempo de vida, tu *vida*”.

Jeremías usó el nombre “Jeshua”, pero ¡sé que yo había evitado usarlo! ¡No hay modo de que Billie haya sabido de él!

Tartamudeo con mis propias palabras: “Eh, que..., esto es, eh..., es *mi* tiempo de vida? ¿Podrías, mmm..., me podrías aclarar eso, por favor?”.

“Primero te explicaremos algo, de modo que adquieras una mejor comprensión acerca de lo que llamáis 'vidas', tiempos de vida. No es tanto, corazón mío, no es tanto que tengas muchas vidas, una aquí, otra allí, y entonces otra acullá., en eso que tú llamas tiempo. No tenéis eso que es denominado vidas 'pasadas'. Si hablamos de 'vidas pasadas' es porque eso es lo que la mente humana entiende; pero, en verdad, no es así; solo tienes las vidas que estás viviendo *ahora*”.

Siento la inclinación que mi cuerpo realiza para acercarme, fijándome en cada palabra.

“Ves, corazón mío, eres como un libro, y hay muchas páginas en el libro, y las páginas son todas transparentes. Por tanto, cuando miras en el libro, ves el todo. Pero si tomas una sola página, ves solo esa página. Cuanto más te alejes

del libro menos puedes ver de él, así que lo llamas 'vidas pasadas'. Mas, ciertamente, no lo son. Es aún tu vida. Estás en muchos sitios a la vez, viviendo muchas vidas, ahora. Eres ese ser por el cual preguntas”.

Estoy aturdido. “Yo, eh, yo *soy* este ser que llamo 'Jeshua'?”.

“Así es. ¿Lo entiendes?”.

“Eh, sí”. Correcto. Puedo entender las palabras que acabo de escuchar, pero... su significado... es otra cuestión. Algo me dice que el Papa no estaría de acuerdo con esto en absoluto.

“Jeremías, crecimos aquí, en una cultura con, bueno..., con una visión bastante diferente de Jesús.

¿Y ahora estás diciendo que yo *soy* esa vida?”. “Así es”.

“Entonces, dirías que, como últimamente Jeshua está comunicando conmigo más y más claramente, que yo, eh, yo soy...”.

Jeremías acaba la frase por mí: “sucede que estás dispuesto a mirar las páginas que tú eres”. Estoy en silencio, según mi mente trata de absorber lo que está oyendo, viendo esas conclusiones inevitables desfilando como imágenes, brevemente, sobre una pantalla invisible..., conclusiones que ponen el mundo patas arriba. Esto es radical, en el sentido más fundamental de la palabra.

“Corazón mío, todo está bien”. La voz de Jeremías es ahora más suave, aquietando mis nervios alterados, y viéndome en apuros, aunque sus ojos están cerrados. “Ocurre que tienes lo que es llamado 'juicio', en tu mente... ocurre que has creado una mentalidad que te dice que tú solo eres este ser llamado 'Marc'. Por tanto, como eso es todo lo que tú crees que eres, entonces, tu ser no tiene el valor de ese ser que llamas 'Jeshua’”.

“Es el patrón que vemos en el armazón de tu ser, donde tú ya albergas la idea de que todos son el único hijo unigénito de Dios, aunque aún insistes en que Jeshua es el real unigénito Hijo de Dios. Por tanto, no ves la igualdad. Pero, corazón mío, *solo* hay igualdad, pues hay una sola Mente. Hasta que no estés preparado para contemplar a tu hermano como siendo tú mismo, ciertamente, pues tú vives la vida de todo ser...”

Ahora me toca interrumpir. “Yo... ¿yo vivo la vida de *cada otro* ser?”.

“Así es. Toda vida jamás vivida no es sino una sola. No hay separación. Esto es saber, corazón mío, que eres el santo, Hijo unigénito de Dios, el *único* Hijo de Dios. ¿Entiendes?”.

Me siento, muy silencioso, con la mirada fija en la nada. No sé cuánto tiempo

pasa, sentado, mirando fijamente al espacio. ¿Qué vería alguien que contemplara esta escena? Un hombre y una mujer sentados en un sofá, callados. Sin escuchar música, sin estar perdidos en la panacea llamada televisión, aparentemente sin interactuar en absoluto. Solo dos cuerpos, sentados en el sofá. Pero interiormente no hay nada en calma. Las energías pulsan en cada célula de mi cuerpo. Las imágenes corren a través de mi mente; flashes de luces de brillantes colores parecen volar como si estuvieran viajando a increíbles velocidades.

Finalmente, me veo capaz de decir algo, y al hacerlo regresan los entornos más familiares, aunque aún no me muevo, ni tampoco me giro para mirar a Jeremías. En algún lugar dentro de mí hay algo que sabe que podríamos tener esta conversación sin estar en la misma habitación, o incluso en el mismo planeta.

“Entonces, ¿el Hijo está haciendo todo esto? Todos nosotros, entonces, somos el asesino, el violador, el rey y el poeta?”.

Jeremías sonrío ahora, y habla fluidamente con confianza, como un profesor que está seguro de que su estudiante ya está, como poco, comenzando a comprender. “Cuando se llega al *pleno* discernimiento de quién es uno, una, entonces, *todo* se mueve más cerca de esa Unicidad. El mayor regalo que le puedes ofrecer al mundo es llegar a tu pleno discernimiento de quien tú *eres*. Cuando amas todo lo que eres, habrás dado a la humanidad ese amor, esa aceptación, pues al despertar a la identidad que eres, reconocerás que tú *eres* todas las cosas”.

Paso a paso, sin omitir nada, Jeremías continúa: “tienes esas delgadas fronteras, esas pequeñas reglas, que dicen lo que la vida *es*. Y como lo que recibes no se ajusta a esas reglas, es muy difícil tratar con ello. No encaja en la caja. Debes ampliar los bordes de tu mente. Por eso es por lo que te decimos que *permitas*. Permite que sea, incluso si no encaja en tus percepciones actuales. Esto moverá los bordes de tu mente”.

Asintiendo lentamente con mi cabeza, me estiro para apagar la grabadora, diciendo silenciosamente “gracias” a Jeremías, y volviendo a descansar en el sofá, esperando a que él se vaya y regrese Billie.

Billie me ofrece un tentempié. “La gente a menudo no parece estar preparada para irse ahora, justo al acabar. Y al principio no estaba cómoda con ello, pues no sabía si debía decir o hacer algo. Así que me acostumbré a acabar con este pisolabis”.

“¿Tienes alguna idea de lo que ha pasado en la sesión?”, pregunto.

“No. Pero fue duro regresar esta vez. Creo que la energía de Jeremías fue muy fuerte”. Ella no parecía muy interesada en este tipo de preguntas, así que me tragué el resto.

“Creo que me saltaré el té, y partiré”.

En la puerta, me detengo y me vuelvo hacia ella. “Decir 'gracias' no parece suficiente, pero estoy contento de que permitas que esto suceda”.

Billie sonrío de oreja a oreja. “Oh, creo que ya sé que va bien. Quiero decir, parece que ayuda a mucha gente, y eso es todo lo que necesito saber sobre ello”.

Asiento, me giro, y atravieso el vestíbulo hacia el ascensor. Conduzco, primero hacia Seattle, y luego la atravieso... sin apenas notar el tráfico. La hora y media de conducción hacia el sur, hacia la casa de Kendra, parece transcurrir en un instante.

“¡Entra! ¿Cómo fue? ¿Tienes la cinta?”. Kendra está obviamente excitada, e igualmente curiosa. Sin decir nada, le doy un gran y largo abrazo, entonces le paso la cinta y me siento en el suelo. Veo que atraviesa la habitación, y abre la puerta de una bella alacena antigua tallada a mano, que le sirve como mueble para el equipo de música. Desliza dentro la cinta y se sienta en el suelo, a mi lado.

Al escuchar con ella, puedo ver que Kendra se concentra mucho, que escucha atentamente cada palabra. Cuando la cinta llega a la parte acerca de Jeshua, siento que mi corazón se acelera, esperando su reacción:

“No es tanto que estés teniendo una experiencia con Jeshua, sino que tú lo *eres*. Ese es *tu* tiempo de vida, tu vida.”

Kendra se gira hacia mí, mostrando sorpresa con sus ojos y pidiendo una explicación. “No quiere decir eso que estás pensando. Bueno, no exactamente”.

Finalmente acaba la cinta. Un poco después, Kendra habla suavemente. “Bien, no hay mucho más que pueda decirse ante *eso*”. Comienza a reírse entre dientes.

“¿Qué hay que sea tan gracioso?”.

Me mira de reojo. “No sé, nada, supongo. ¡Quizás me río porque no sé qué decir!”.

Siento la oportunidad de mofarme bien a gusto aquí de ella, y de todo el mundo, al quedarse sin palabras... pero la dejo pasar. “¿Recuerdas la parte sobre

permitir?”, pregunto.

“Sí”, responde ella. “¿Por qué?”.

“Jeshua ha estado hablando sobre eso conmigo. Dijo que la etapa actual de mi propio proceso de despertar podría ser llamada 'permitir'. Una coincidencia bastante extraña, ¿no?”.

Sonriendo, con los ojos ahora chispeantes, Kendra responde sin apenas pararse a reconsiderar sus palabras. “'Coincidencia' es una palabra para denominar todas esas conexiones que no entendemos, o que no queremos entender”. Ella me mira, y continúa. “¡Y bien lo sabes tú también!”.

Le devuelvo la sonrisa. “Sí, hey, quizá todos esos seres aparentemente no-físicos estén colaborando.

¿Qué crees?”.

“Creo”, se detiene y toma una profunda inspiración, “creo que si los escuchas en lo más mínimo, se ve que hay más que una colaboración”.

“¿Qué quieres decir?”, le pregunto, aunque ya sé su respuesta. “Solo hay una Mente”.

Nos miramos durante el tiempo más largo en que hasta hoy nos hayamos mirado el uno al otro, o que nos hayamos mirado nosotros a nosotros mismos; o, digamos, que la única Mente, el único Hijo, se miraba a sí mismo.

Cualesquiera que sean las palabras usadas para describir esta experiencia ahora, tenemos un sentimiento, un momentáneo conocimiento, más allá de toda duda, que para ambos consigue fundir toda frontera, toda división, toda duda.

“Bueno”, digo al final, casi como un susurro, “creo que debería irme”.

Podría jurar que la chispa en sus ojos se difumina un poco, y siento que el hechizo se ha roto. ¿O es, quizá, que estamos eligiendo *regresar* a él?

De vuelta a casa siento como si estuviera a un metro del suelo. La silueta de la ciudad de Tacoma está como viva, con una vibrante energía. Incluso ahora, tras todo este tiempo con Jeshua, y tras el impacto de Jeremías, puedo reconocer una energía ya familiar, que casi imperceptiblemente surge de dentro de mí. ¿Has experimentado alguna vez el hecho de conocer algo, de saber algo más allá de toda duda, pero a la vez el conocimiento muy claro de que estás rechazando aceptar eso mismo, sin importar lo obvio que ello sea? Quizá todo parece más sencillo dicho así.

Capítulo 6

*Al resistirte a servir a tu hermano,
entonces, también te resistes a tu propia salvación.*

24 de abril, 1988

Han pasado casi dos meses desde mi sesión con Jeremías, dos de los meses quizá más ajetreados de mi vida. Se presentó una oportunidad de negocio, y rápidamente me tiré en ella de cabeza.

Durante los últimos meses me estuve ganando la vida principalmente en el campo de la salud, aprendiendo todo lo que hay que saber, desde servir como secretario del doctor, hasta gerente de clínica. Ahora me he unido a una firma de software para crear un sistema de gestión para la industria del cuidado de la salud, con sus manuales de instrucciones y protocolos, y que será puesto a la venta por todo el país.

Mi compañero y yo hemos estado trabajando febrilmente para terminar el modelo. Hace pocas semanas que hicimos nuestro “lanzamiento” al presidente de la compañía, en un paseo en limusina por Seattle. El presidente se quedó *muy* impresionado; tanto, que me contrató como asesor y estuvo de acuerdo con nuestros términos para los futuros derechos sobre el producto. En dos palabras, voy a ser pagado por consagrar la mayor parte de mi tiempo para terminar un producto que me dará royalties por cada unidad vendida, ¡y la compañía de software hará que el producto sea una parte obligatoria en el paquete que se venda!

El torbellino de los últimos pocos meses está ahora comenzando a asentarse, o quizá debería decir, “a arraigarse”. Hemos cambiado a unas oficinas nuevas, nos hemos sentado en innumerables sesiones de planificación de ventas, conduciendo por todo el estrecho de Puget para ir a ver clientes, y, aunque el ritmo es todavía rápido, por lo menos se va sintiendo cada vez más rutinario.

Ya estamos llegando. Veo que tengo ante mí un año, o quizá menos tiempo, para que todo esté en su sitio; y entonces... ¡libertad!

En varias ocasiones he sentido la presencia de Jeshua. Justo ayer lo sentí, mientras estaba en medio del reformateo de cierto material. En voz baja, murmuré que realmente no tenía tiempo, y que por favor no me distrajera. ¡Imagínatelo! ¡Y algunos padres están preocupados por los compañeros de juego invisibles de sus niños!

Estoy ansioso por lo de esta noche. Me siento seguro sin llevar mi trabajo para casa conmigo; voy bien de tiempo según lo planificado. Así que hay tiempo para ponerse cómodos y disfrutar de todo esto.

Según me mezcó adelante y atrás, con los pies en el alféizar delante de mí, los ojos bebiendo de la suave luz de una tarde notablemente clara, comienza ese sentimiento familiar. Estoy realmente anhelante por la conexión, sea lo que sea que venga de ella.

Carta 21^a

Ahora, comenzamos.

Silencio.... De nuevo, te digo, silencio.

Justo bajo el rugido y el estrépito de tu mundo, se encuentra una tranquila voz, que llama a aquel que ha viajado a través de incalculables distancias y a través de un tiempo sin comienzo.

Es tan gentil esa voz, que a buen seguro que nos vemos confundidos.

A diferencia del clamor del mundo, su sonido no es familiar, y a menudo se queda sin ser reconocida. Por tanto, silencio para el buscador de la Verdad que una vez fue reconocida, luego perdida.

El silencio es la puerta ante la cual yo estoy golpeando, sabiendo que, si el buscador está en calma, mi toque será oído y entraré ahí.

¿Puedes permitir el silencio? ¿Estás dispuesto a acallar los anhelos no nacidos del Padre sino del rugido del mundo?

Busca primero el Reino del cielo, y entra ahí mediante el silencio.

Oh, tú que crees, incluso más allá de tu propia creencia, que estás perdido del Padre, y separado de Su divino Amor, ¿no puedes ver que se trata de tu propia voz clamando por ti?

Te invito a venir al silencio, para que la voz pueda finalmente ser escuchada. Esto marca el suave punto de inflexión en tu largo caminar.

Aquí es redescubierto el camino al hogar.

Estoy aquí, justo en este extremo del camino, mientras que tú esperas ahí, en el borde de ese mundo que has hecho que nazca de tu imaginación.

Retira entonces tu oído, gentilmente, del estrépito en que por tanto tiempo has estado sumergido. Retíralo gentilmente y escucha Mi voz llamando: el Camino está ante ti ahora, y la mesa está preparada.

Nuestro Padre nos espera. Ven al silencio, permítele que la travesía acabe.

Solo queda dar un corto paso una vez que te giras hacia Mí y Me escuchas.

Vén, te invito, ¡ven!

6 de mayo, 1988.

Carta 22^a

Ahora, comenzamos.

Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que caminamos juntos sobre la tierra... Es sobre esta Verdad que te hablo: el Hijo no es sino Uno.

Nunca ha habido un tiempo, ni incluso un lugar, en que la ilusión reine, salvo en el lugar de tu propio engaño.

Pues por siempre la Verdad es, y la Verdad es esta: el Hijo es Uno, unido eternamente con el Padre, quien es la esencia del único unigénito Hijo, la forma de la presencia del Padre.

¿Sabes cuánto has deambulado en tu travesía a través de innumerables ilusiones? ¿Tienes siquiera una ligera idea de los mundos que has creado?

El Sueño acaba cuando el Reino comienza.

Por tanto, “no podéis servir a Dios y a las posesiones”. Pues o bien servís a Uno y negáis lo otro, o bien serviréis al otro y no a Aquel.

No creas que tú puedes, a la vez, residir en el Reino y reivindicar tu creencia en la separación. Esto es un engaño, aunque sutil, que seduce al buscador del verdadero Espíritu.

He anhelado mucho por el advenimiento de esta era sobre la superficie de tu amada tierra. Ahora ha llegado el momento.

El hijo ya no sufrirá más el tormento de sus ilusiones.

Mira: no puedes entender el origen de donde surge la Luz del Santo Padre. Mira no obstante otra vez, y no contemples un fin. Esto es así, y así será de nuevo sobre la tierra.

Entrégate a Mí, pues, ciertamente, yo soy el Camino, la Verdad, y la Vida, y eso mismo, eres tú.

Permite que el Sueño acabe, para que el Reino pueda ser conocido.

Amén.

25 de mayo, 1988.

Carta 23^a

Ahora, comenzamos. Hola, Marc.

“Hola, Jeshua. ¿Cómo estás?”.

Bien, Marc, aunque veo que tú no.

“¿Se nota? ¿Eh?”.

Mi querido amigo, nunca está oculta la verdad, en ningún momento, y de nadie. Aunque, desde luego, muchos prefieren no verla.

“Esto me hace querer preguntar: ¿por qué estoy cansado, desde tu punto de vista?”.

La fatiga no tiene nada que ver con el cuerpo. Siempre tiene todo que ver con la mente. Es meramente a través del cuerpo como se expresa la desarmonía, y esto solo porque rechazas reconocer su verdadera fuente. Decir “estoy cansado” es poco más que una huida de la verdad a la ilusión.

“Bien, ¿y por qué estoy cansado?”.

Sabes la respuesta a esto sin preguntar.

“Porque no estoy siguiendo mi corazón.”

Así es.

“Parece que albergo la creencia de que la realidad está 'ahí fuera'. Y que, si simplemente abandono por completo la resistencia que opongo a mi corazón, se dará alguna calamidad y el mundo me condenará.”

Insistir en ser parte del mundo ya es de por sí aceptar la condenación.

“Entonces, ¿qué hago? ¿Solo apartarme de mis responsabilidades, en un abrir y cerrar de ojos?”.

Por supuesto que no. Aunque confiando en la voz del Espíritu Santo, y moviéndote en la dirección hacia la cual quiera dirigirte, permitirás que suceda sin esfuerzo cierta transición.

No necesitas pensar que deberías asegurar el bienestar de los demás, pues cuando el Espíritu es seguido con plena confianza, no sucede que una transición así deje de nutrir también todo aquello en lo que actualmente participas. De nuevo, la cuestión es la de la confianza.

“Pero, ¿cómo puedo saber que se trata realmente de la voz del Espíritu, y no de algún asunto más sutil del ego?”.

Cuando renuncias a todo pensamiento acerca de en qué consiste tu bien, cuando renuncias a todo pensamiento que dice que Dios no es algo de fiar ¿pues qué es la resistencia al Espíritu sino esta creencia? y especialmente cuando deseas solamente estar vacío, entonces, escucharás la voz del Único Santo.

Marc, he venido porque tú has llamado.

Así será para todos los hijos de Dios alojados en el cautiverio de su pro-

*pio engaño, aunque aún sienten que la salvación es posible.
Ningún clamor por la liberación deja de ser escuchado por Mí.*

Ahora, ¿es acaso de poca importancia reconocer el propósito que ha sido elegido?

*El resultado de tal elección no lo puedes entender. Ni necesitas hacerlo.
Pues cuando el alma elige servir a Dios, sirve al misterio sin ningún reproche. En esto es en lo que se puede confiar completamente.*

Pues desde que el Hijo primero albergó el pensamiento de la Separación el Padre ha buscado restaurarle a Su lugar. Solo Él reconoce el fruto de todo el servicio dado por el alma que mira más allá de las sombras.

Compartiré esto contigo antes de acabar esta comunicación: nunca te pediré que entregues tu propio libre albedrío. No obstante, has pedido participar en el despertar del Hijo, y así, hemos venido a ti.

¿Te querrás demorar un rato más?

Al resistirte a servir a tu hermano entonces, también te resistes a tu propia salvación. Ambas cosas son una sola y la misma cosa.

Te aliento a seguir a tu corazón, y poner tu confianza no en la creencia del mundo, sino solo en la luz de nuestro Padre que está dentro de ti.

Aquí reside aquello que anhelas.

Aquí reside tu paz final.

Aquí, YO SOY, y deseo que todos los hijos de Dios residan donde YO SOY.

Ciertamente, la paz no es sino el Amor que anhela compartirse a sí mismo, y esa es la luz que accede al mundo.

Es el momento de que el mundo conciba esto.

¿Qué obra podría ser más grande que esta?

¿Qué tarea puede ser más importante?

¿Qué te puede ofrecer el mundo, querido amigo, que pueda ser ni remotamente tan valioso?

“Busca primero el Reino”

Marc, has buscado, y has encontrado.

Ahora es el momento de compartir, para que el mundo pueda concebir la Luz, y renunciar a la oscuridad.

No temas, pues estoy contigo siempre. Esto lo sabes muy bien.

Vive eso que sabes.

Amén.

Esto por fin lo consiguió. A menudo, a lo largo de esta experiencia con Jeshua, había tenido la idea de pedir una cita con Jonás, que es la única persona -quizá debería decir "entidad"- en cuya autoridad confiaría. Su guía en los últimos tres años ha sido asombrosamente precisa, y la profundidad de su enseñanza no tiene parangón. Sea lo que sea, o quienquiera que sea, Jonás, he llegado a confiar completamente en él. Esto no significa que siempre vaya a seguir su consejo; de hecho, más bien lo contrario. Parece que lo normal es que no lo haga, pues si sugiere una carretera grande, tomo la pequeña. El hecho de ir por las pequeñas me ha llevado torpemente hasta poder finalmente reconocer con humildad que, de una forma que aún no comprendo, Jonás parece ver las cosas desde un punto de vista mucho más incluyente que el mío.

Ahora no hay dudas. Tomo mi cuaderno, escribo una lista de preguntas, lo envuelvo en un sobre, y con prisa lo envío a Hossca Harrison, quien sirve de canal para Jonás. Salgo volando por una ventosa tarde de primavera, y corro al buzón de correos de la esquina. Justo tras dejar caer la carta por la ranura, le pido silenciosamente a Jonás que sea perfectamente franco conmigo en sus respuestas.

De vuelta a mi apartamento, releo la comunicación que acabo de recibir. Pensaba que había superado ese miedo a compartir esta información. Pero esto me toca tan radicalmente... me pide cambios en niveles fundamentales, de maneras que aún no comprendo. ¿Cómo, entonces, puedo compartirlo?

6 de junio, 1988.

Carta 24^a

Ahora, comenzamos.

Al descansar, contempla ahí fuera la belleza de tu tierra. No hay ausencia de armonía ahí. Es esta sensación de unión lo que atrae a tantos hacia la naturaleza. Finalmente surge la cuestión:

“¿Por qué no ir de acuerdo con esta armonía?”.

Y el sujeto al que me refiero cuando digo “ir”, es al de la humanidad.

Marc, estoy en todas las cosas, excepto en las percepciones del mundo tan fuertemente adheridas a la mente de la humanidad.

En esas cosas, no Me encontrarás. “Corta madera, y ahí estoy. Levanta una roca, y ahí también me encontrarás”.

¡Si ves, No se le ocurre a nadie que esté muy encantado con la ilusión, ponerse a considerar por qué no mencioné un mercado, o un gobierno!

La tierra, y todo lo que mora en ella, no sabe de pensamientos de Separación del Santo Padre. Es por esto que todo aquel que desea despertar se ve atraído por la naturaleza. Por eso es por lo que viajé al desierto.

Pues cuando el ruido del mundo disminuye, el Reino puede comenzar a ser revelado. Aquello que facilite el silencio sirve al despertar del Hijo.

Deseo tratar tus preocupaciones sobre Las cartas de Jeshua, A la vista de tus dudas, te ofrezco esto como profecía. En dos semanas, recibirás la cinta de tu querido profesor, Jonás.

Aquí encontrarás la confirmación que buscas.

Mi pregunta para ti es esta: ¿Crearás entonces aún otra defensa más contra el mismísimo propósito que tú has elegido?

Recapacita sobre esto.

Amén.

Más tarde, al lavar los platos y ponerlos a secar, ¡repentinamente me di cuenta que Jeshua me había dado algo muy concreto! Una predicción; una que contenía un claro mensaje. ¡Así que si no recibo nada de Jonás en dos semanas, tendré con qué echar más leña al fuego del descrédito de todo esto que me pasa! Y ahora me viene una pregunta: ¿Qué pasa si sí recibo la cinta?

18 de junio, 1988.

Girando por la Avenida Tacoma, bajando la colina, me doy un banquete visual al contemplar el puerto debajo de mí. Como siempre, comienza a arraigar un sentimiento de simple gozo. Amo vivir aquí, cerca del agua, aunque elevado sobre ella, elevado por encima de los techos del vecindario, donde puedo ver en kilómetros, sin nada de cemento o vidrio que obstruya la visión.

Frenando en la vieja casa cuyo piso superior se ha convertido en mi hogar, salto los escalones del porche frontal y destapo mi buzón. Inmediatamente dejo de respirar, aunque solo por un momento. Hay un pequeño paquete con una envuelta marrón, y justo del tamaño de una cinta de casete. De un vistazo veo que viene de parte de Hossca Harrison.

Camino mucho más despacio ahora, me vuelvo por la esquina de la casa, subo los escalones del rellano, y abro la puerta que me olvidé de cerrar cuando me marché por la mañana. Una vez dentro, mi maletín se ve suavemente lanzado contra el sofá, la envuelta parda sobre la mesa del comedor, y yo en mi mecedora. En segundos, mi mente se llena de pensamientos evasivos: “Necesito hacer la colada; ha pasado mucho tiempo desde que pasé la aspiradora; ¿he sacado la basura esta mañana?”.

“¡Ya basta!”. Grito alto, y entonces, más calmadamente, “vamos a quitarnos ya esto de encima”. Deslizo el casete en el aparato y me instalo en mi mecedora. Esta noche, el puerto está muy en calma. Solo hay un carguero, que espera paciente a ser empujado hacia los muelles por uno de esos familiares remolcadores amarillos y blancos. Las luces están comenzando a centellear sobre las aguas cristalinas; unas cenefas de fulgor danzarán desaparecen en la ladera que hay a solo una manzana de aquí.

Un click anuncia que la cinta ya está preparada, y paso a prestarle toda mi atención, aunque dejo que mis ojos reposen en las reconfortantes aguas de ahí bajo.

“Tenemos preguntas para Marc Hammer”, dice la voz grabada de Rebecca Harrison.

“Entonces, hazlas”, retumba la voz de Jonás. Es una voz tan única, tan poderosa... que no puede ser olvidada.

“El año pasado me encontré con dos amigos en un café en Ballard...”. “Oh, por completo accidentalmente, ¿no dijo eso?”, interrumpe Jonás.

Mi percepción ha sido la de que él ya sabía la verdadera intención de mis preguntas antes de ser planteadas, como si respondiera a un nivel profundo de indagación genuina, a menudo inaccesible para mi mente consciente.

Continúa: “¿no ocurre que todo, amigo mío, todo eso que acontece, lo hace de acuerdo con el ser propio, en un gran plan? ¿Y que no es un plan que venga forzado, o que proceda de una fuente afuera de uno mismo, sino por una atracción de almas, reunidas para compartir entre sí, para poder aprender y enseñar, para traer de vuelta antiguos recuerdos que se olvidan al estar tan escudados en la consciencia programada?”.

“Ciertamente, como él bien sabe, y como ya hemos hablado tantas veces, tu propósito —¿no es así?— es dar nacimiento a una comprensión de la propia iluminación interior, del propio poder interior, de cómo asistir a otros a través de su trauma. Y ciertamente, el de sanar tu propio trauma...”.

Todo eso es lo que ha dicho solo a partir de una pregunta, tan aparentemente inocua, sobre un encuentro con unos pocos amigos. Así que ya está ahí él, tocando ese espacio bien profundo dentro de mí. Puedo sentirlo. No se trata tanto de las palabras como del sentimiento que es evocado. Mi ego, mi máscara protectora, no me puede escudar ante este sentir.

Y ahora, las lágrimas están fluyendo libremente, como si mi cuerpo por entero estuviera abriéndose. Las lágrimas hacen su trabajo -desde las células de mis piernas, mis brazos, mi pecho, por todas partes- a partir de mis ojos y sin in-

tervenir ellos. Soy una cosquilleante, sollozante masa de carne.

Pero se siente tan bien. Las lágrimas continúan sin cesar durante el resto de la sesión, al preguntar a Jonás algunas cosas sobre mi resistencia, sobre mi miedo a que todo esto no sea más que una escapada más del ego, sobre Jeshua...

“Cuando uno está preparándose para cambiar realidades, para ir de lo que se denominaría una vieja realidad hacia una nueva, en medio de ese cambio, el ego negativo, el programa viejo, temeroso, sale a la superficie. Incluso comienza a salir lo que se podría denominar programación inconsciente oculta.

“¿No nos ha pedido que en esta energía seamos directos y francos con él? Ciertamente, lo seremos”.

¡Me escuchó! Cuando envié las preguntas, había pedido silenciosamente a Jonás que no evitara dar ningún pinchazo, que fuera franco conmigo. ¡Y lo ha sido siempre!”.

“¿De qué tienes miedo? ¿Qué es lo que hay en esta vida a ser temido? ¿La muerte? ¿Qué es la muerte sino simplemente atravesar una puerta hacia otra, llamada 'nacimiento'. Se trata de la muerte de la vieja consciencia, de la vieja realidad, para permitir el nacimiento de una nueva, de una nueva dimensión de vida.

“Suerte... ¿Qué significa esta palabra? ¿Un accidente? ¿Es el universo un accidente? ¿Es la tierra un accidente? ¿El nacimiento de un niño es un accidente? El vuelo de un pájaro, el sonido de un delfín, el canto de una ballena, el nacimiento de una estrella, ¿son accidentes? ¿Todo es azar? ¿O es realmente un gran plan, un diseño de la Unicidad de eso denominado 'Dios'? Nunca existe eso que se denomina 'suerte'. Tú fuiste atraído hacia nosotros por tus viejos recuerdos sobre nosotros; para abrir brecha en el ego, para que el corazón pudiese ser encontrado.

“¿Es todo imaginario? En realidad, amigo mío, uno no puede imaginar aquello que no haya experimentado. Ciertamente, esto es algo a reconsiderar, esta afirmación. Entendemos bien que quieras una respuesta directa: 'sí', 'no', a si esto está ocurriendo. Pero ha de ser percibido de esta manera. Jeshua existe en todos. Entendiéndolo así, amigo mío, una parte tuya *es* Jeshua. Hay una parte de eso en cada uno. Jeshua es una energía, que significa 'Dador de Verdad'. Honra eso que escuchas. Honra eso que habla. Lo que importa es entender la simbología de esta energía, que significa 'Dador de Verdad’”.

Repentina y dramáticamente, desaparece todo lo que conforma la realidad de

este instante. Simultáneamente, soy electrificado en cada célula de mi cuerpo, que es vivificada como si se viera recargada por alguna fuente invisible de una energía sublime, de la energía del reconocimiento.

Ante mí una imagen que ahora reconozco bien. Es la imagen de Jeshua, radiante, en una luz dorada, y a los lados, por debajo y por encima, hay otros seres igualmente radiantes. De cierto modo reconozco que representan a *todos* los seres que hayan vivido jamás, o que vayan a vivir jamás. Sus sonrisas y su esplendor expresan un gozo que trasciende toda descripción. La persona Jeshua, ciertamente, el todo de esa vida, *sí* expresa la realidad de Cristo, *¡que es todos nosotros!* Dios mío, ¿hizo esa vida visible la verdad de nuestros mismísimos seres, devolviendo el reflejo a nuestras mentes conscientes de lo que por tanto tiempo había sido olvidado? ¿Estuvo él, *está* él ahora, el alma de cada uno de nosotros, susurrando al corazón la única verdad obvia?

Dador de Verdad. Las lágrimas han parado. De hecho, se siente como si todo se hubiera detenido, especialmente mi mente. No retomo ninguna parte contra la que argumentar. No hay resistencia ante lo que siento, o ante la experiencia. Las palabras reverberan continuamente en mi mente, resonando como un eco sin final: “Dador de Verdad, Dador de Verdad, Dador de Verdad”.

19 de julio, 1988.

Carta 25^a

Ahora, comenzamos.

Queridos hermanos, vosotros que permanecéis al borde de la Luz, creyendo aún que la oscuridad es vuestro hogar, permitidme hablaros en este momento tan valioso, que, por cierto, no está en el tiempo.

El tiempo es la medida de la ilusión.

Lo que es Real está siempre más allá del tiempo.

De nuevo quiero compartir contigo que, si quieres perforar el velo de tu experiencia, y encontrar dentro de ella aquello que te libere, debes siempre ir a tus sentimientos.

Pues los pensamientos que albergas son, o bien los productos de otras mentes que se mantienen en el cautiverio de la oscuridad, o nacen de tu propia insistencia en la verdad de las circunstancias.

Nunca estás aparte del Reino, salvo por tu elección evidentemente libre.

Contempla profundamente esta única verdad.

Cuando llegas a confiar en la voluntad del Padre para ti, toda duda sobre tu experiencia será para siempre disipada. ¡No dudes de esto!

*No obstante, me gustaría comentar contigo que no existen mapas de carreteras; **tú** eres tu camino a casa.*

Es así que la guía es un arte que requiere la mayor de las tenacidades, pues estás constantemente creando tu experiencia.

Mi guía es dada simplemente porque la has pedido. Ahora, considera esto: mi vida entre vosotros no fue nada más que la vuestra propia.

Mi experiencia de aquel tiempo es plenamente vuestra, pues el Hijo es realmente Uno. Considera entonces que Jeshua no está -y no estuvo- apartado de ti, sino que es una parte de ti. No puede ser de otro modo.

No te doy instrucciones concretas en relación a la experiencia que creas, ni lo haré. No es Mi propósito. Mi propósito solo es el de guiarte en esta parte, la última parte de tu travesía.

Cuando hayas llegado a donde YO SOY, será completada, y emergerá alguien nuevo. Te llevaré más allá de todas las sombras, de una vez, y para siempre -de esas sombras que tan bien conoces-.

Hoy, recuerda que tú eres el único Hijo unigénito, y que nada importa salvo la remembranza de Mí.

Más allá de todas las apariencias, es solo esta, la única experiencia, lo que verdaderamente está ocurriendo para ti, así como para todos.

Para la mente en cautiverio, esto es absurdo, pues recuerda, siempre: lo que se muestra como oscuridad, es luz para el mundo, y de lo que es Luz se cree es que oscuridad.

No hay salvación en las percepciones de tu mundo.

Por tanto, simplemente renuncia a ellas.

Pronto, morarás en Mí plenamente.

Aquí reside el propósito de tu estancia en el mundo, aquí reconocerás la intención de tu alma.

La paz os doy a vosotros, mis amados hermanos.

Amén.

21 de julio, 1988.

Carta 26^a

Ahora, comenzamos.

De nuevo vengo, en adelante, pues de nuevo lo has pedido.

YO SOY Eso que reside en el Corazón de Todo.

YO SOY Eso que brota del Padre y que es antes de todos los mundos.

YO SOY Eso que ha caminado entre vosotros: y el mundo no Me reconoció.

Queridos hermanos, la paz os doy a vosotros.

Os doy, a vosotros, pero no como el mundo puede imaginar que lo hago.

Llamo, aunque pocos escuchan. Menos aún responden.

En todas las cosas, descansa primero en Mí,

y reconoce la voluntad de tu Padre.

En todas las cosas, no prestes atención a las enseñanzas del mundo, pues lo que ha nacido de la ignorancia solo puede conducir a la ignorancia. Mas aquello que procede de la Luz lleva con certeza a la Luz, pues esa Luz es lo que ello es.

Renuncia a todo miedo, abraza todo lo que eres, y expresa en ello la Luz que tú eres.

Ni un solo pelo de tu cabeza puede ser tocado cuando moras ante todo primero en Mí.

¿Por qué temerle a una fantasía momentánea?

Pues de eso es de lo que está el mundo fabricado. No significa nada.

Solo el amor es la sustancia de todo lo que es Real.

Ve ahora en paz, pues estoy contigo siempre.

Amén.

“Vengo en adelante, pues de nuevo lo has pedido”. Releyendo la comunicación, mi atención se posa sobre esa única línea. ¡No recuerdo haberle pedido citas a Jeshua! No es esta la única vez que ha hablado así. ¿Por qué? ¿Y por qué esto parece importarme? ¿Cómo es que puedo pedir algo sin saber que lo he hecho?

Me siento como Sherlock Holmes, intentando desvelar los secretos de un caso misterioso. Sherlock encuentra un pisapapeles y siente su relevancia, incluso aunque se encuentre más allá de su entendimiento.

Como Sherlock, devuelvo a su sitio mi propio pisapapeles, por ahora.

Capítulo 7

*Yo te doy, pero no como el mundo da.
No obstante, mi dar no es sino tu darte a ti mismo.
¿Cuándo te decidirás a aceptarlo?*

“Acabo de recibir una llamada de Wayne”. Di los últimos retoques al diagrama de flujo² que estaba haciendo, apreté la tecla F7 para guardar el documento, y luego giré la silla para mirar a Geoff. “¿Y tú qué?”.

“Acabo de recibir una llamada de Wayne”. Geoff no sonrío. De hecho, en su rostro se esboza una mirada que roza la del dolor. Me mira un poco y luego baja la mirada al suelo. No parece ser nada bueno.

“¿Qué tal esos días atrás en Columbus?”, pregunto, refiriéndome a la sede de la compañía de software para la que trabajamos. Ha sido una relación muy satisfactoria y el futuro es brillante.

Geoff gira su cabeza y mira por la ventana. Sea lo que sea, ciertamente no quiere decirlo. “Wayne me acaba de decir que nuestros cheques del salario han sido devueltos”.

“¿Cómo?”. Estaba seguro de que no había oído lo que había oído.

“Dijo que han devuelto nuestros cheques”. Ahora Terry, de nuestro servicio técnico, con las orejas levantadas por las palabras de Geoff, entra en mi despacho con una mirada inquisidora de incredulidad.

“¡Maldita sea!”, sigue Geoff, “Parece que ahora mismo hay problemas graves de dinero. No sé lo que está pasando. Wayne será el vicepresidente, pero no parece tener mucha idea. Algo la está liando de narices por ahí”.

“¿Pero qué problemas de dinero?”, interrumpo, “si hemos facturado 150.000 dólares en los dos últimos meses, y ¿no pueden dar salarios?”.

Geoff se retuerce. “Lo sé, lo sé, ahora mismo no sé qué más decirte. ¡Maldita sea!”. Su frustración explota mientras estrella el puño contra la pared; luego hace una profunda respiración y suspira.

Los tres nos ponemos a llamar a nuestros bancos, y las respuestas son las mismas. Nuestros cheques han sido devueltos. Frustración, ira, miedo, confusión... y una sensación de desorientación crecen desenfrenadamente durante

[2]“flow chart”, que es esto (en programación por ejemplo): https://es.wikipedia.org/wiki/Diagrama_de_flujo

los siguientes minutos. Finalmente localizamos a Wayne y los tres le hablamos al mismo tiempo desde los teléfonos individuales de la oficina, hasta que Wayne grita pidiendo silencio.

“¡Mirad! Estoy tan pillado por esto como vosotros. Creíamos que teníamos 200.000 dólares de respaldo de nuestros financieros, así es que hemos estado apalancando nuestros activos³ para expandir mercados, como el vuestro ahí en Washington. Pero ha sido retirado. Quizá no estaba ahí, no lo sé. El banco ha congelado nuestros activos. No hay dinero disponible”.

La realidad empieza a caer por su propio peso. Se me ocurre preguntar por las comisiones, especialmente por los honorarios de desarrollo que se nos deben por los productos de software que hemos diseñado para la compañía. Se nos deben 10.000 dólares en tan solo 45 días.

Tras una larga pausa, Wayne habla lentamente. “Parece que todo esto ya es historia, Marc”.

“¿Y qué hay del pago por la semana de agosto?”.

El silencio es la única respuesta que todos necesitamos oír.

Al final del día caigo plenamente en la cuenta. He perdido dos meses de salario, unos pocos miles de dólares más en comisiones, y -lo más importante- mi participación en las cuotas de desarrollo cuyo pago vence el día 1 de octubre. Es por ese dinero por lo que me uní a esta aventura. Hasta las estimaciones más conservadoras sobre los derechos de autor me habían asegurado suficientes ingresos como para no tener que trabajar cada día para poder llegar al siguiente.

Entonces el miedo se apoderó de mí. Al fin y al cabo, tengo suficientes fondos para pasar el mes de octubre. Y eso es todo.

Finalmente dejo los registros financieros y levanto la mirada hacia la ventana para quedarme clavado fijamente en la oscuridad, viendo solo mi propio reflejo mirándome fijamente. Paso mucho tiempo simplemente así, con la mirada fija, como hipnotizado por -y a través de- esta imagen transparente de mí mismo.

Los pensamientos comienzan a arremolinarse. Se persiguen entre sí dando vueltas, con visiones de lo que podría haber sido, visiones de lo que yo esperaba, visiones de desastres imaginarios que todavía me pueden ocurrir... todo ello arremolinándose en torno al eje central de aquel único mensaje que nos dio Wayne: “No hay dinero”.

[3]Este apalancamiento de “assets”, de los activos, es una maniobra financiera. Ver por ejemplo el apartado “Apalancamiento financiero” en <https://es.wikipedia.org/wiki/Apalancamiento>

Pero ahora algo cambia. La imagen y los pensamientos acelerados se disuelven y son reemplazados por sensaciones, por energía que pulsa a través de mí. Primero la siento en el plexo solar, luego sube y presiona mi pecho. Comienzo involuntariamente a respirar muy profundo, y la energía sigue moviéndose hacia arriba. Su cualidad se transforma a medida que ahora parece llenar mi cabeza, y de repente rompo a reír. Dios, ¡estoy riendo como si no lo hubiera hecho en años, o quizá nunca! No es una risa de nerviosismo ni de impotencia, ¡es una risa de libertad!

No he perdido nada. No se ha perdido ningún trabajo, ningún derecho de autor, ninguna comisión... nada. Lo que se ha perdido es una carga, la carga de creer que debo esforzarme para seguir adelante para conseguir algo que pensaba que no tenía. No, nada importante se ha perdido. Lo único que ha sucedido es la explosión de una burbuja. Y a medida que esta comprensión se asienta, el teléfono suena.

“¿Hola?”.

“Hola, soy Kendra. Sé que va a sonar raro, pero ¿va todo bien?”.

Impactado por la insólita pertinencia de su llamada, así como por su pregunta, no respondo inmediatamente, y ella continúa diciendo: “Estaba lista para ir a la cama, y de repente tuve este abrumador impulso de llamarte, y... bueno, por un momento estaba realmente un poco asustada. ¿Una locura, verdad?”.

Lo que me sorprende es que muy pocos de nosotros confiamos en lo suficiente en nuestra intuición como para seguirla, tal como ella hizo. Sentado en la silla de respaldo rígido cerca del teléfono le cuento todo lo sucedido hoy.

“¡Dios, eso es aterrador! ¡No sé lo que haría yo!”. Y luego, más suavemente, dice: “¿Qué vas a hacer?”.

Me detengo al darme cuenta de que en realidad no había pensado en eso, pero mi respuesta llega rápidamente: “Bueno, tengo mis clases de yoga, que comienzan de nuevo pronto. Incluso quizá puedo ampliarlas, espabilarme y hacer algún trabajo de promoción. Y bueno, voy a escribir”.

Bien, ya me había ido de la lengua.

“¿Pero qué vas a escribir?”. Su voz delata su sospecha de que ya sabe la respuesta.

“Siento como si ya fuera el momento de empezar... quiero decir... estoy aquí plantado, como quien dice, sin dinero, sin idea alguna sobre de qué van Las cartas de Jeshua. Me siento como mirando fijamente una niebla que deja a os-

curas todo lo que hay ante mí, pero tengo la aún más extraña sensación de que esa niebla es totalmente segura”.

Kendra pregunta lo obvio: “¿Cómo te las vas a apañar?”.

“Esa es la parte más extraña, o al menos a mí me parece rara. Parece muy claro -por el momento- que todos estos años he creído que el mundo de ahí fuera contenía algún tipo de seguridad, y ahora es como despertar de un sueño o algo así. Mi mente racional insiste en que esto solo es un momentáneo contra-tiempo, y que debería empezar ya a apresurarme a crear de nuevo esa seguridad. Pero una parte más profunda de mí parece saber que no tiene sentido seguir ese rumbo nunca más, ni hay necesidad alguna en hacerlo”.

“¿Te parece bien eso?”.

Suspiro, y Kendra sigue callada, permitiéndome poner en orden mis sentimientos. “Sí. Bueno, no. Bueno... sé que no tiene sentido, pero en ese momento, cuando explotó la burbuja, de alguna manera tenía perfecto sentido. Esto lo siento... bueno, como si fuera lo que se supone que tengo que hacer. Es ese sentimiento más profundo que se antepone a mi mente racional, que grita pensamientos de miedo y pánico”.

De nuevo hay una larga pausa, ya que Kendra me da espacio para continuar ordenando mis sentimientos.

“No lo sé. Quizá esté loco. Supongo que lo peor que puede ocurrirme es que acabe de vagabundo”.

“¿Vagabundo?”.

“Sí. Me imagino que tendré que ponerme un disfraz para que nadie vea lo avergonzado que estoy”. Ambos nos reímos un momento, y luego nos llamamos de nuevo.

“Kendra, realmente esto me está afectando. Quiero decir, que algo me está afectando. No soy yo, ¿sabes? No tengo dinero, por así decirlo, no tengo trabajo... Estoy pasando por emociones sobre todo lo que sucedió tan de repente, que es como si me retiraran la alfombra de debajo de los pies. Y no obstante, bajo todo ello está esa sensación oculta, calmada, de adecuación. Como si todo estuviera bien... todo lo que sucedió, y todo lo que va a suceder.

“Realmente me confunde. Algunas veces la voz racional de mi interior se vuelve tan fuerte que parece superarme, y estoy seguro de que estoy totalmente en Babia, y que sería mejor que volviera a la realidad. Pero luego esa sensación silenciosa y tranquila vuelve a surgir y me siento muy seguro de que lo

que te estoy diciendo es lo que voy a hacer. Voy a escribir el libro”. Nuevamente hay una pausa.

“Entonces -Kendra habla al fin, casi susurrando- está sucediendo... quiero decir, realmente se está desplegando”.

“¿Recuerdas los libros de Castaneda? –pregunto yo, sabiendo que están entre sus favoritos– ¿recuerdas cuando Carlos tiene que saltar por el acantilado en la negrura de la noche? Bien, pues me siento como si hubiera saltado sin saber que lo hice. La mayor parte del tiempo me siento bien. Pero en otros momentos empiezo a dar patadas y gritos, aunque sigo cayendo. Y la caída parece totalmente adecuada, sin importar lo fuertes que sean mis ataques de ansiedad. Parece como si pasara a cámara lenta, pero sé que está sucediendo ahora, incluso ahora al hablarte”.

Escuchar mis propias palabras magnifica la realidad de todo esto. He saltado por un acantilado, al que nunca pensé ni siquiera acercarme. Voy a hacer públicas Las cartas de Jeshua, y que sea lo que sea.

“¿Cuándo podré leerlas?”, pregunta Kendra.

Mi respuesta llega tan rápido que las palabras parecen brotar antes de que pueda pensarlas. “El manuscrito lo terminaré en torno a la Navidad, y distribuiré algunas copias entre los amigos antes de proceder a buscar una manera de publicarlo”.

¿¡En Navidad!? ¡Ni siquiera he empezado a transcribir las comunicaciones todavía, y no tengo ni idea de qué hacer con ellas! ¿Voy a descubrir lo que significa tirarse por un acantilado?

“¿Kendra?”.

“¿Sí?”.

“¿Te importa si te cuento algo realmente extraño?”.

Ella se ríe, y su respuesta me resulta casi alocada.

“¿Quieres decir que todo esto no es ya lo suficientemente raro?”.

“Kendra, durante las anteriores semanas, a veces meditando, otras haciendo cualquier cosa, ha aparecido en mi mente la imagen de una mujer. Además, Jeshua ha sugerido que vaya a verla. En primer lugar, me sentía perdido, aunque sentía que la conocía, a pesar de que nunca me he encontrado con ella.

“Pues bien, la semana pasada de repente recordé un viejo compañero de profesión que me habló de una mística cristiana en Seattle, a la que aprecia mucho. Me impactó mucho porque me dijo que ella ‘habla con Jesús’.

“De todos modos, tengo su nombre y su número de teléfono, y llamé a su despacho. He acordado un encuentro con ella para mañana. Cuando concerté la cita no tenía ni idea de cómo sería capaz de escaparme del trabajo. ¡Sorpresa, sorpresa!”.

Nuestra conversación se acaba con el apoyo incondicional de Kendra, junto a su insistencia de que le cuente todo lo que suceda cuando me encuentre con “esa mujer mística”.

Llego quince minutos pronto, así es que conduzco lentamente para ver la antigua mansión señorial, llamada ahora Getsemaní, que es tanto el hogar como el centro de enseñanza de Elisabeth Burrows. La carpeta con los mensajes está en el asiento a mi lado, pero se me ocurre no enseñárselo. No deseo hablar mucho sobre mi experiencia sino oír la suya. Sencillamente me lo guardaré para mí por ahora, gracias.

Dando una vuelta por unas manzanas más allá, regreso y aparco el coche, reconociendo mi nerviosismo conforme subo los escalones y abro la puerta de vidrio emplomado. ¿Por qué estoy aquí? “Simplemente déjate fluir, Marc, simplemente déjate fluir. Confía, ¿recuerdas?”, pienso para mí mismo, tratando de relajarme, de ralentizar mi respiración.

La secretaria personal de la señora Burrows me saluda afectuosamente y me acompaña por unas escaleras que suben al despacho de la mujer mística. Ella entra y oigo que me anuncia, y cuando sale y me deja pasar, veo a Elisabeth ponerse de pie -con todos sus ciento sesenta centímetros de longitud- el rostro radiante con una amplia sonrisa, con la mano calurosamente extendida. Ya somos como viejos amigos -o al menos esa es mi sensación-.

Su pelo es muy corto y va vestida completamente de blanco. Aparentemente oye mi pregunta no realizada, y dice: “Elijo este color, como ves, ya que es la forma de vestir de los esenios, de los que fui uno en los tiempos del Maestro”. Entramos fácilmente en una fascinante conversación, hablando de metafísica, de yoga, de consciencia cósmica, de sus recuerdos de la vida como esenio, y de su amor por el Maestro, el llamado Jesús. Es obviamente muy inteligente y está bien instruida, y habla desde su experiencia personal acerca de los estados místicos de discernimiento. De hecho, habla de esas cosas con facilidad, como yo podría hablar del clima o de un restaurante favorito.

“Elisabeth”, interrumpo, “tuve recientemente una experiencia sobre la que me gustaría preguntarte algo”.

Ahora sé porqué dejé las comunicaciones en la carpeta. No lo menciono.

“Un día, sentado en meditación, se me apareció un ser surgiendo de un campo de luz dorada...”.

No necesito continuar. En su cara se dibuja una sonrisa; sus ojos no me miran a mí sino que miran a través de mí, hacia algo o alguien que suscita un suave gozo, un amor, una reverencia, de su parte.

“Ese es Él”.

“¿Ese?”, pregunto.

“Oh, quiero decir, ‘es Él’”.

“No, ciertamente no estoy corrigiendo tu forma de hablar... pero quién es ese tal ‘Él’?”.

Me mira directamente, y dice: “Vaya, pues el Maestro Jesús, por supuesto”, implicando con su tono de voz que yo obviamente ya lo sabía.

Estamos en silencio durante un largo rato, sus ojos me abarcan, y luego habla. “Ya sé por qué estás aquí. Hay algo que te falta, algo que Él quiere que tengas. Por favor, sígueme”.

Como un niño aplicado e inocente así lo hago, y la sigo escaleras abajo mientras deslizo suavemente la mano por encima del pulido pasamanos de madera. Abajo giramos y entramos en la biblioteca.

Después de mirar los estantes durante unos breves momentos, escoge dos volúmenes; uno es pequeño y muy fino, y el otro mucho más grande y grueso. “Aquí está”, dice, mientras me los entrega. “Nuestro tiempo juntos ha acabado. Te dejo que tú mismo encuentres la salida”.

Su partida me pilla un poco por sorpresa, y tras un instante miro esos libros que nunca antes había visto, a pesar de los veinte años de extenso estudio. El libro pequeño se titula El descubrimiento del evangelio esenio de la paz, y el grande es una traducción del Evangelio de la paz, escrito por Elizabeth. La electricidad corre por las puntas de mis dedos hacia mis brazos.

Sé que es hora de irme, y así lo hago, sosteniendo los volúmenes contra mi pecho, que siento cada vez más y más caliente. Todo el camino de vuelta a Tacoma tengo un sentimiento inequívoco de gozo. Ocasionalmente me estiro para permitir que la mano descanse sobre los libros, acariciándolos, sonriendo.

TODO ES COMO TIENE QUE SER. CONFÍA.

De vuelta a mi apartamento, me siento en el comedor, bañado en la serena luz del atardecer que se filtra por las cortinas, con los libros en mi regazo. De nue-

vo deslizo mis manos sobre ellos, con el pulso acelerado. Ella tenía razón. Para esto fui enviado allí. ¡Lo sé sin siquiera leerlos!

Sin prisa, saboreando la experiencia de claridad, abro el libro más grande, y conforme leo, comienzan a llegar las lágrimas -de gozo, de reconocimiento-. Sin el más mínimo rastro de duda, sé que estoy leyendo las enseñanzas del Maestro, de Jesús, de Jeshua.

Una tremenda explosión de energía corre rápidamente hacia arriba por mi espina dorsal, explotando en una marea de imágenes, escenas, recuerdos de otra vida -una vida seguramente mía-. Conforme esas imágenes fluyen a través de mí, sentidas en cada célula, mis lágrimas fluyen sin cesar, liberando una profunda tensión que ha retenido inconscientemente los recuerdos. Las lágrimas al mismo tiempo parecen inundarme, nutrirme, y bañarme en un gozo más allá de las palabras.

Por un instante veo, con el ojo de mi mente, el rostro de Jonah, y reconozco la identidad del “Grande”⁴, mi maestro, mi amigo, mi gurú: Jeshua, el llamado Jesús.

4 de septiembre, 1988

Carta 27^a

Ahora comenzamos.

*Una vez más,
has elegido preparar un lugar para Mí, así que vengo ahora a ti.*

*Amado, ¿se requiere acaso un esfuerzo para entrar en el Reino?
¿Qué lucha se debe experimentar, qué obstáculo superarse?*

*Esa percepción,
¿no está basada en la creencia de que la ilusión es Realidad?*

*Nunca estás separado de tu Padre Santo.
Tú simplemente eliges insistir en que lo estás. He ahí el nacimiento
y la continuidad de toda lucha, de todo miedo, de toda duda.*

*Imprégname plenamente de esta verdad, y la ilusión dejará de existir.
¿Hay motivo para retrasarse aún más?*

*El Padre espera el regreso del Hijo, con una paciencia que nace de un
amor incomprensible.*

*No hay movimientos equivocados en tu travesía, ni en la de nadie.
Sabes que esto al mundo le suena a locura, pero el mundo es locura.*

Suéltalo.

[4]“Great One”.

*Hoy te voy a hablar brevemente,
pues lo que se necesita compartir es simple.*

Te espero justo más allá del límite de tu resistencia a un propósito que se da de forma libre, y que se acepta voluntariamente.

YO SOY el final de ese dolor, que es para ti la travesía de la Separación. Ahora ya no estás más que a un suspiro, y tu resistencia es tu camino hacia la morada del Padre.

*Abraza plenamente cada momento de tu experiencia. Celébralo.
Esto acelerará el proceso de la liberación final.*

*Las cartas de Jeshua son el comienzo de nuestro trabajo juntos;
tu objetivo es permitir que entre en el tejido de la ilusión que atrapa al Hijo del Padre.*

Se trata de la creación de otro portal más que conduce de la ilusión a la Realidad.

La iluminación es inevitable.

Recuerda siempre esto, mientras miras a tus compañeros en el sueño.

Servir a la Expiación es conocer el gozo sin esfuerzo de la voluntad del Padre. Todo lo demás es solo la resistencia a esto.

*Yo siempre estoy aquí, y participaré contigo en esta gozosa obra de deshacer⁵ la imaginación transitoria de la Separación cada vez que eliges reconocer **Me**, en vez de reconocer el mundo. La paz esté contigo.*

Amén.

7 de septiembre, 1988

Carta 28

Ahora, comenzamos.

Amado hermano, Te pediría que detuvieras el movimiento de tu soñar, para que yo pueda compartir contigo este momento.

*No estoy perdido para ti, y te aseguro que tú no estás perdido para Mí.
“Levanta una roca y allí mismo también Me encontrarás”⁶.*

¿Desearás esperar para que tenga lugar lo que necesariamente es inevitable? El Soñador, efectivamente, despertará.

Ver con nuevos ojos es transformar el mundo -un mundo que es enteramente de tu fabricación-, desde un mundo de oscuridad, a un mundo de Luz.

[5]“atoning”.

[6]Al parecer, uno de los dichos que el célebre evangelio (apócrifo) de Tomás pone en boca de Jesús.

Ver con nuevos ojos solo requiere que abandones esas percepciones que ya sabes que no pueden funcionar.

*El Reino que buscas no puede encontrarse donde estás.
Sin embargo, está donde YO SOY.*

*La distancia entre nosotros dos nunca es mayor que esta simple elección:
soltar tu insana insistencia en separarte de tu Santo Padre.*

Soy Jeshua.

Estoy disponible para ti siempre que decidas conocerMe.

*No existe la menor dificultad en esto, pues se trata simplemente de elegir
ser quien en realidad tú ya eres, y que has olvidado.*

*A medida que Me conoces, alboreará el reconocimiento de que aquello que
YO SOY existe por todas partes como la sustancia de todas las cosas.*

*A medida que Me conoces, alboreará el reconocimiento de que tú ya eres
todo lo que yo represento para la consciencia de la humanidad.*

*A medida que Me conoces, alboreará el reconocimiento de que no hay
ninguna distancia que recorrer, ningún crecimiento que deba ocurrir, nin-
gún error que corregir, salvo uno: tu insana percepción de ti mismo, como
separado de Mí.*

*Eres como un hombre rico que viaja con una cartera llena de joyas y mo-
nedas de oro, buscando continuamente un tesoro que en realidad ya tiene,
olvidando esa cartera que tan fuertemente agarra con las manos.*

*Reflexiona sobre esta imagen y permite que transforme tu percepción, pues
es una imagen muy precisa de lo que has elegido ser.*

Eres completamente libre de elegir de nuevo.

*Recuerda siempre que la verdad del Reino,
está totalmente más allá de la capacidad de tu mundo.*

*Por lo tanto, no busques guía en el mundo, pues no te puede conducir a lo
que está más allá de él: al Reino, y al tesoro que buscas a través de todos
tus anhelos.*

Siempre estoy contigo, aunque muy pocas veces Me reconoces.

Soy el corazón mismo de lo que eres, siempre, aunque luchas para negarlo.

*Cuando sueltas tu Sueño -que es completamente demencial- solamente
permanecerá la Realidad de quien tú eres.*

Aquí está el final de tu viaje.

Aquí está la paz.

Aquí, YO SOY.

Vuelve al hogar en Mí.

Vuelve al hogar de tu verdadero Ser, y celebra conmigo este solo hecho: “Yo y mi Padre somos Uno”.

La paz esté contigo, mi querido hermano.

Yo doy, pero no como da el mundo. Aunque mi dar no es sino tu dar, de ti mismo hacia ti mismo. ¿Cuándo elegirás aceptarlo?

Amén.

4 de octubre, 1988.

Carta 29

Ahora, comenzamos.

Esta vez, acudo a ti, pero no sin dudas.

Estas dudas provienen de que se está levantando de nuevo en tu interior una resistencia, aunque en unos niveles muy sutiles.

Durante esta transformación crucial, te estás acercando como nunca antes a la disolución en Mí.

Es un momento de crítica importancia, pues el ego -el hábito de la separación- se alzarán aún más categóricamente para evitar que esto ocurra.

A la mente consciente le parece que todo está bien, pero en unos niveles muy refinados, y muy profundos, te aseguro que no es así.

Por lo tanto, dudaba si venir o no, pues era posible que la resistencia se convirtiera de nuevo en tu elección habitual, reconstruyendo así ese muro que con tanta diligencia hemos trabajado para dismantelar.

Me agrada que -en un momento muy crítico de este contacto- eligieras, en tu alma, abrirte a Mí. En ese punto fue cuando se te apareció aquella clara visión de Luz, y contemplaste diversas imágenes que te otorgaban el reconocimiento de Mi presencia.

En gran medida eres como un guerrero en su última batalla. Los “enemigos” cobran formas más sutiles, y por lo tanto quizá pasan desapercibidos.

Fui yo quien te habló esta mañana, sugiriéndote que te levantarás.

Es una gran verdad que la receptividad a la guía está más presente en los primeros momentos de la mañana. Un toque de somnolencia, podría añadir, es algo que realza la receptividad.

Ve mañana a las montañas.

No permitas que los “debería” de tu ilusión sean más importantes.

Las emociones que has estado sintiendo -que comenzaron la pasada tarde- son el resultado de tu negación de Mí. Esto lo sabes bien.

Has elegido participar en esta tarea de traer un saber tan sublime, tan simple, como para parecer incomprensible.

Es el conocimiento de la vida plena en Cristo.

Una vez más, reitero que este es un momento crucial para ti.

No permitas que tu caminar se vea sacudido.

Todo el universo está embarcado en un movimiento de apoyo a ti, en este momento, tal como lo hace siempre que -dondequiera que- un alma se posa en el umbral del despertar pleno.

No permitas que tu hábito -que nace de la Separación- te fuerce a rechazar una vez más este apoyo. El apoyo se te da, en el mismo grado en que lo permitas. Así es la abundancia de la mesa de tu Padre.

Esta comunicación no trae ninguna enseñanza nueva.

Lo que se ha dado, como “Las cartas de Jeshua”, ya ha acabado.

Ahora ya es inevitable que este proyecto se lleve a término. Y a continuación lo que va a venir es una guía específica por nuestra parte, y yo continuaré refinando esta Enseñanza a medida que se requiera, para beneficio de los muchos niveles de la consciencia humana.

Mañana, cuando vayas a las montañas, establecerás contacto con una entidad -un alma- que comenzará a entregarte la/esa sabiduría de la Tierra, que has pedido.

Marc, percibo bien tu incredulidad.

“Dios, ¿¿otro más?!”, piensas para ti mismo. ¿Acaso no es el momento de ser aquello que has elegido ser: un mensajero del corazón, que abre, que recibe y que comparte la sabiduría del conocimiento perfecto para ayudar en el despertar del hombre?

Esto no es nada grandioso, sino lo más simple de lo simple: la conclusión inevitable del drama de la Separación, pues la Luz no puede ser definitivamente rechazada.

Ya, pronto, la consciencia del hombre disfrutará en la gloria del recuerdo del Hijo. Regocíjate, y permíte que tu regreso a la Luz sea consumado.

Amén.

Conseguí llegar a la casa de Kendra justo cuando ella estaba arrancando y salía por el camino de su casa para realizar ese ritual diario de conducir una hora para ir al trabajo.

“Eh, tómate un momento para leer esto, ¿vale?”. Le doy la comunicación que he recibido, y por un momento, en su mirada, veo una pregunta no expresada. Probablemente no está acostumbrada a que la gente vaya a la entrada de su casa a las 7:30 de la mañana para pedir insistentemente que se detenga a leer algo como esto. De repente ella se estremece. Cuando acaba la lectura, me lo devuelve, y detecto un rastro de lágrimas en sus ojos.

“Ha acabado”, dice, con calmada resolución. “Ya sabes, no tiritaba porque tuviera frío”.

“Ya sé”.

Se da la vuelta y regresa al coche, se mete en él, cierra la puerta y baja la ventanilla. “Entonces, ¿qué vas a hacer ahora?”.

“Bueno, parece que estoy metido en un buen lío, ¿no?”. Su rostro es de incredulidad. “¿Qué quieres decir?”.

“Kendra, la única manera de poder saber alguna vez si algo de todo esto es válido, es hacerlo, todo. No solo escribir el libro, sino esforzarme por vivirlo. Solo que... lo que dice Jeshua no parece ser ese tipo de cosa que uno puede aprender a hacer. Parece que o bien elegir serlo... o no”.

Asiente con la cabeza, mirando al salpicadero. “Ya veo. A veces pienso que todos sabemos eso”. Ahora levanta la cabeza y mira a través del vidrio; sus ojos no se enfocan en nada en particular.

“Sí, creo que todos lo sabemos. Pero vivirlo parece ser otra cuestión”.

Ahora me vuelve a mirar: “Supongo que es mejor que me vaya a trabajar, ¿o eso es volver a mi sueño? Bueno, y tú, ¿tú qué vas a hacer el resto del día?”.

Yo tenía la intención de estar todo el día buscando trabajo. Supongo que mi lado racional había ganado la batalla. Pero me encogí de hombros y sonreí: “Me voy a las montañas”.

16 de diciembre, 1988

Capítulo 8

Cuando sueltas tu Sueño -que es completamente demencial- solamente permanecerá la Realidad de quien tú eres

Ha habido varias veces que, en estos meses atrás, todo lo he sentido con mucha claridad, y no solamente con respecto a este libro, sino también con respecto a Jeshua. En esas ocasiones no podía nada más que dar gracias; en lugar de ir al trabajo por autopistas congestionadas, me veo ahora pasando el tiempo disfrutando de la paz y la calma de mi hogar, permitiendo que cobre forma el manuscrito en torno a las comunicaciones de Jeshua.

Pero hay otros momentos, de ansiedad, de cuestionamiento, de duda... y en los que estoy convencido de que seguramente todo esto debe ser una locura. Bueno, casi convencido.

Y cuando la diatriba de autocrítica amaina, surge una voz apacible, que me habla y que solo oigo cuando elijo la quietud interior. Él está siempre ahí, aseguándome que todo es como debe ser, recordándome que mi tarea es confiar.

La pasada semana, durante uno de mis ataques de ansiedad con los pequeños detalles, como el pago del alquiler y la compra de comida... empecé a proyectar hacia el universo el pensamiento de que simplemente yo no puedo hacer esto; de que, después de todo... ¿no soy muy bueno en esto de saltar de los acantilados! ¿No hay un trabajo agradable y cómodo ahí fuera? ¿Justo a la mañana siguiente sonó el teléfono y respondí, recibiendo precisamente una oferta de ese tipo! Mi primer impulso -probablemente surgido del hábito- fue atraparlo rápidamente, antes de que se me quitara ese salvavidas. Pero algo me hizo parar. Puse la excusa de que necesitaba tiempo para pensármelo.

Traté de pasar el día solamente trasteando por el apartamento, pero mi inquietud crecía, y me dí un largo paseo. No es corriente que en el Noroeste, en diciembre, haya una oportunidad así, tan agradable y seca para pasear. Acabé en un banco, en un desierto muelle de la bahía de Ruston, mirando a una nutria marina jugando perezosamente en el agua a veinte metros de distancia.

Me sentía atrapado entre dos mundos, sabiendo que soy incapaz, o que no quiero, regresar al viejo mundo, pero reconociendo solo tenuemente aquel que tengo delante. Es un mundo sin los usuales mapas de carreteras y sin señales, un mundo en el que dudo si entrar o no. Pero detrás de mi confusión interna e intelectual... tengo ese sentimiento, esa sensación de que de alguna manera

voy a emerger ahí, donde Él está, dondequiera que sea... y a pesar de mí mismo.

Ahora ya sé muy bien, después de este año y medio con Jeshua, lo que se requiere de mí, si realmente quiero estar en lo que Él llama el “Reino”. Significa renunciar a todas las costumbres que he cultivado para manejar mi vida, o lo que creía que era la vida. Y el asunto no está en si esas costumbres son eficaces o no. Significa soltar la creencia inconsciente de que mi vida es mía, en la visión común que todos tenemos de ese “yo” que dice “mío”. Los hábitos no se rompen fácilmente, ¿o es quizá que “yo” no puedo romperlos, ya que “yo”, básicamente, soy el hábito?

Mientras miraba a la nutria nadar cómodamente de aquí para allá, a poca distancia del final del muelle, comencé a pensar que quizá esos locos físicos que trabajan a la vanguardia de la teoría cuántica están cerca de la verdad, más cerca de lo que quizá se den cuenta. O bien, ¿son maestros que vienen a nosotros disfrazados para sacarnos de las estructuras de nuestros pensamientos, las sombras en los muros de nuestras cavernas? Hablan de una extraña realidad, en la que todas las posibilidades están de algún modo ya presentes, ocultas en alguna invisible bolsa de eternidad, esperando... esperando a que nosotros hagamos una sola cosa: una elección en cuanto a qué “realidad” manifestaremos. Nosotros somos quienes tenemos el poder, al fin y al cabo, siempre.

Según Jeshua, esas “infinitas posibilidades” están envueltas en dos paquetes: uno está etiquetado como el “Reino”, y el otro “Sueño”. El Sueño alberga en su interior un número aparentemente infinito de posibilidades: todos los mundos y vidas vividas antes de nosotros, después de nosotros, y como nosotros, ahora. Todos esos mundos se basan en una única piedra angular: la Separación, inseparablemente unida a una sola energía fundamental: la energía del miedo. Colectivamente creemos con tanta fuerza en ello que no se cuestiona. Vivimos en separación unos de otros, de la naturaleza, de Dios. Como insistimos en estar separados, elegimos sin dudar el paquete etiquetado como “Sueño”, y de inmediato nos encontramos justo aquí, ahora mismo, en un mundo que hemos creído real e independiente de nosotros. ¿Acaso no es más que un espejo que solo refleja nuestra elección?

“Puede ser”, pensé para mí mismo, “puede ser que el mundo siga dando vueltas como lo hace, con las guerras, y el orgullo, y todo lo demás... pero solo porque insistimos en que es real y, entonces, luchamos para encontrar las maneras de abordarlo”. ¿Le hemos dado nuestro poder al paquete etiquetado como ‘Sueño’? ¿El poder mismo del Hijo... se lo hemos entregado a nuestras ilusiones?

En la metafísica del budismo tibetano se dice que al morir, el alma deja el cuerpo y comienza a ascender hacia la clara luz del Dharmakaya, el “Cuerpo de la Verdad”. Sin embargo, frente al poder abrumador y la belleza de esta luz, el alma -habitualmente identificada con su sensación de ser un yo o ser separado- retrocede por miedo. Este retroceso crea una pesadumbre, y el alma finalmente se hunde, volviendo a otra ronda de nacimiento y muerte en un cuerpo físico, y todo porque el alma no entiende su propia naturaleza, ¡e insiste en estar separada!

Quizá esos paquetes no nos son ofrecidos solo una vez. Y lo que es más, quizá se nos ofrecen todas las mañanas cuando despertamos, o a cada instante. ¿Acaso la Luz está siempre disponible y esa muerte que tememos no es sino un engaño momentáneo?

Si todos decidiéramos elegir de nuevo, justo donde estamos, justo ahora, donde sea que estemos... entonces el mundo se manifestaría de forma diferente, muy diferente. Y sería así porque no buscaríamos crear el nuestro, sino el mundo planeado por un misterio que está más allá de nosotros, para siempre, pero que es un misterio que reside justo en nuestra misma esencia⁷, en el centro de nuestros propios yoes o seres verdaderos.

La nutria marina desapareció bajo la superficie de la bahía, nadando para explorar y jugar en otros mundos. Esperé un momento, con la esperanza de que volviera de nuevo a la superficie, y luego me di la vuelta para ir a casa.

De vuelta en mi apartamento me puse al ordenador, incapaz de encontrar nada que decir, sin seguridad sobre la dirección que va a tomar este libro. Todavía está ante mí, en algún lado de esa niebla, ese mundo sin señales.

Me pasó la tarde viendo la televisión, ese gran dios de la cultura que siempre nos tranquiliza en torno a lo que es real o no. Finalmente apunté el mando hacia la imagen de un presentador de noticias -siempre parecen y suenan igual, ¿verdad?- y ¡chas! ¡El mundo desapareció!

Parecía tan claro, ¡tan simple! Y no obstante, había algo, un vestigio, dentro de mí, que todavía se resistía. La separación, y todo lo que viene con ella... ¿dónde está el botón y cómo puedo apretarlo? ¿Cómo cambio de canal? ¿Cómo puedo soltar, definitiva e irrevocablemente, el paquete etiquetado como “Sueño”? ¿Estoy seguro de que quiero eso?

Marc, levántate y escribe, por favor.

La voz me sobresalta, y mis ojos se abren de golpe.

[7]“core”.

“Oh, maldita sea”. Levanto la cabeza con dificultad y me giro para mirar el reloj. Son las 23:30, y me siento muy cansado.

“¿No podríamos hacer esto por la mañana?”. Pregunto a mi visitante invisible... y entonces me río en mi interior por esta indiferencia que tengo ante la conversación que tiene lugar.

Sí.

Dios, me gusta tanto la sensación de Su presencia, y pienso en lo agradable que sería simplemente acurrucarse a dormir en Su “regazo” para siempre.

A las tres en punto serás despertado, y seguiremos.

¡A las tres! Estaba pensando más en torno a eso de las nueve en punto, o incluso más tarde. Siento que su energía disminuye, y me duermo de nuevo rápidamente.

Entonces, de entre una miríada de pensamientos e imágenes en torrente, surge el discernimiento. Comprendo que estoy despierto.

“Maldita sea, maldita, ¡maldita sea!”. Me hundo en las sábanas. Se está tan bien y tan caliente aquí... ¡y hace tanto frío ahí fuera! Ya sé, simplemente voy a ignorar todo esto. Haciendo todo lo que puedo, doy vueltas en la cama nerviosamente.

De repente mis ojos se abren por completo. Entonces, miro por el rabillo del ojo y veo claramente el reloj. Son las 3:34, y tengo que ir al baño. Vale, no hay por qué preocuparse, simplemente tengo que ir al baño, y no esperaré ni un minuto más.

A disgusto salgo de la cama y me pongo la bata. De camino al baño levanto los ojos murmurando entre dientes: “Tío, vosotros no os detenéis ante nada, ¿verdad?”

Carta 30

Ahora, comenzamos.

Estás perdiendo la batalla, Marc. Perdiendo... pero la pérdida no es nuestro objetivo ahora. Pronto te llegará una clara señal de la obra en la que participas, la obra de la expiación⁸ del Hijo.

Cuando elijas claramente participar activamente en esta obra, no habrá nada que no se te conceda.

No hay necesidad alguna de regresar a tus anteriores sueños, y este pensamiento...

¿no es el motivo de tu aparente miseria?

[8]“atonement”.

*Ha llegado el momento de tu elección final.
La elección es solo entre el Amor y el miedo.*

El miedo es tu hábito, el sueño de la humanidad, y es la negación de la legítima herencia del Hijo.

Es una herencia, cuya aceptación, es una elección que se debe hacer en solitario, solamente porque una vez fue rechazada en solitario.

En el Reino no se experimenta ningún esfuerzo. Solo existe la manifestación de la voluntad del Padre para ti y a través de ti... una demostración que afecta al alma dormida del Hijo, transitoriamente oculta en un sueño de soledad, en el que va caminando, tropezando con los cuerpos de la muerte desparramados por los campos, y con aquello que incluso ahora está muriendo⁹. Pues la separación con respecto al Padre es muerte, y nada más.

Cuando eliges la abundancia del Reino, nace una forma de vivir, que no requiere ninguna planificación, ningún logro, ni asegurarse la propia supervivencia. Todo está dispuesto ante ti, el que sirve en primer lugar al Padre que está en tu interior.

Despertar del Sueño parece doloroso solamente en el grado en el que uno se resiste a resurgir de la tentación del sueño ilusorio, y de la aparente necesidad de él.

Este sueño no es más que el hábito, cultivado desde que se hizo la elección de formar parte del Sueño de la Separación¹⁰.

¿No elegirías, con Migo, la Realidad del Reino?

En ella está todo lo que puedas imaginar, cada necesidad es satisfecha, antes de que incluso se haga una sola petición. Pues ciertamente, tu Padre sabe que tienes necesidad de esas cosas.

Has experimentado los diversos aspectos de la Separación. Este mundo lo conoces bien. ¿Acaso su atractivo no te ha fallado claramente?

Entonces, elige simplemente soltar tu sueño inútil, y nace de nuevo a la experiencia del Reino.

Esta elección da nacimiento a un proceso de reconocimiento que restablece rápidamente el recuerdo del legítimo lugar del Hijo. Pues te sentarás a la derecha del Padre avistando¹¹ nada más que el esplendor de una magnificencia que es inimaginable en el miserable y doloroso Sueño de la Separación.

[9]"cloaked momentarily in a dream of aloneness, // stumbling through fields // strewn with the corpses of death. // and that which is even now dying"

[10]"to inhale in the Dream of Separation".

[11]"reviewing".

El sueño de miedo, que es todo lo que la humanidad tiene¹² no contiene ni un vestigio de verdadera alegría, sino solo aparentes placeres que solo duran un instante.

Por lo tanto, elige aquello que es perpetuo. Elige, por lo tanto, aquello que permanece siempre, y cuyos límites nunca son alcanzados.

Elige por lo tanto la presencia del Padre en tu interior, y el Reino será todo lo que experimentes a tu alrededor.

¿Qué vida podría ser más liviana que la que no requiere ni un vestigio de lucha? ¿Qué alegría podría sobrepasar la participación en la abundancia eterna que es la presencia del Padre, y el despertar del Hijo, en todos los que viven el espantoso Sueño que habéis sufrido tanto tiempo?

Os amamos enormemente. Pero no podemos elegir por vosotros. Simplemente os guiamos, señalando el camino, solo cuando se solicita, esperando pacientemente a que alboree el reconocimiento del Sueño en la consciencia de una mente acostumbrada a las sombras... un reconocimiento de la depravación¹³ del Sueño.

Elige plenamente el Reino, y el Sueño dejará de estar para siempre.

Se desvanece de la mente para siempre, dejando solo una inmensa paz, y el asombro de que el Sueño pueda haber sido soñado alguna vez.

No hay carencia en el Reino.

Tu única tarea... si la pudiéramos llamar así... es experimentar, con alegría, la seguridad y abundancia absolutas de la mesa del Padre.

Esta simple elección demuestra una verdad, profundamente enterrada en el corazón de cada hijo que todavía duerme.

*Ser testigo de esta elección es el acto de ser impulsado a despertar, hasta que todos los hijos del hombre vivan de nuevo como la Verdad que ellos son: el Hijo único, el único engendrado del Padre, antes de todos los mundos... compartiendo en la abundancia libremente otorgada, la **Presencia** del Padre.*

Este es el Reino del cielo en la tierra.

¿Puede haber, en verdad, otra elección que no sea esta?

Por un momento me detengo. La energía que Jeshua es ha disminuido de repente, y me encuentro mirando las luces parpadeantes en las oscuras y tranquilas aguas del puerto. Tengo un leve sentimiento en mi interior, un cierto tipo de pulsación. Entrego mi resistencia, respiro lenta y profundamente, permiti-

[12]"which is all of mankind's worlds".

[13]"depravity".

tiendo que el abdomen, las costillas y el pecho se expandan y se liberen de la tensión.

Aunque la intensidad de este pulso, de esta vibración, no crece... parece expandirse en todas direcciones, y luego se vuelve más y más suave, conduciéndome más profundamente a él. Aunque tengo los ojos abiertos, vislumbro luces de colores, que siento tanto como percibo.

Las imágenes destellan en la pantalla de mi discernimiento a velocidades increíbles. Acojo la emoción que cada una aporta, y alborea el reconocimiento de que cada una forma parte de mí, cada una es una vida, que se estira hacia atrás cada vez más en el tiempo, aparentemente sin tener un comienzo¹⁴. Aparecen y desaparecen en un instante. Y a medida que se alejan siento que mi cuerpo se funde dentro de sí mismo, y lo acoge una paz cada vez más profunda, penetrando en cada célula. Estoy disolviendo, soltando, todo vestigio de resistencia, todo rastro de negación, todo rastro de duda... disolviendo eso... cada vez más completamente. Ahora crece el espacio entre las imágenes, a medida que se vuelven más y más escasas... hasta que no queda ninguna.

No sé cuánto tiempo transcurre, pues aquí no hay tiempo.

Del silencio de un vacío que es una perfecta plenitud perpetua, emerge el discernimiento primero del reflejo de mi cara en la ventana que tengo delante, luego de los barcos descansando en el puerto, las aguas en calma, las radiantes y centelleantes luces. Todo ello parece estar contenido dentro del reflejo de la ventana, ello en mí y yo en ello; soy uno con todo. En mi reflejo despunta una sonrisa que crece... una sonrisa que brota suavemente del centro de mi corazón.

No sabía que esto sería así. Nunca lo habría supuesto. Aquí sentado, en esta maravillosa mecedora antigua, el mundo está muy en calma, en este momento de antes del amanecer... y no ocurre nada especial. Todo es igual... ¡pero a la vez tan diferente!

Durante este momento de eternidad, el Sueño se acabó. Mañana comenzaré a escribir.

Carta 31

Ahora, ya ha acabado.

La elección ya está hecha.

Ahora, el reconocimiento está consumado, llegando como un ladrón en la noche, robando las telarañas de sombras, revelando la ilusión de un Sueño de larga duración, al Hijo que ahora recuerda.

[14]"each a lifetime, stretching back further and further, seemingly without beginning".

El final de un solitario viaje, y la celebración, de uno nuevo que comienza.

No es un viaje “hacia”, sino en el interior del Reino.

Así, queda cumplida Mi promesa,

pues el Sueño ha sido quemado para siempre,

en la gloria de la presencia del Padre.

Ahora, la vida comienza de nuevo.

Ahora, la vida se satisface por sí misma, y lo hace sin esfuerzo.

Bienvenido al hogar, querido amigo,

bienvenido al hogar.

Amén.

10 de febrero, 1989

Capítulo 9

En el Reino no hay esfuerzo.

“Ya está; acabado”. Murmuro, mientras guardo el borrador de las cartas de Jeshua en un archivo, que alguna parte de mí espera que desaparezca en ese extraño agujero negro del ciberespacio, ese vertedero cósmico donde los Dioses de Computadoralandia ¡se tragan todo lo que no se guarda o imprime! Si este libro pudiera ser tragado así... quizá esa parte de mí podría descansar mientras recupera la autoridad y el control sobre mi vida.

Me alarmo ante la sonrisa que sobreviene cuando termina ese pensamiento. Me sorprende, porque ha surgido de un lugar mucho más profundo que donde mi ego vive, como si acabara de descubrir una habitación en mi casa que no sabía que existía.

Cuando me alejo del teclado noto por primera vez que ya está oscuro fuera, y al echar un vistazo al reloj veo que son las 11 de la noche. Comprendo que he estado viviendo en un mundo diferente durante las últimas siete semanas. Incluso me perdí la Navidad, ¡aunque debo decir que ni siquiera recuerdo haberlo pensado!

Escribir ha supuesto una profunda inmersión en todo lo que Jeshua ha compartido conmigo, y ocasionalmente me he visto sorprendido por la invasión de un intenso sentimiento que me conducía a eliminar abundantes cantidades de material. A veces Le oía decir: “todavía no”. ¿Acaso era información personal sobre Su vida? ¿O la controvertida cuestión del “Fin de los tiempos”? ¿O las visiones que me ha mostrado acerca de en qué va a consistir esta Obra en el futuro?

No hay ninguna explicación racional para esto, solo un profundo sentido interno de adecuación, y confío en ello completamente... ¡Eso creo!

Algunas cosas que ha dicho recientemente se siguen agitando en mi interior:

Entonces, elige simplemente soltar tu sueño inútil,

y nace de nuevo a la experiencia del Reino.

Esta elección da nacimiento a un proceso de reconocimiento,

que restablece rápidamente el recuerdo del legítimo lugar del Hijo.

Eso provoca un agujero en lo que ahora entiendo que ha consistido todo el impulso de mi “camino espiritual” desde el año 1973, cuando empecé con la meditación y el yoga junto al estudio de las psicologías y las religiones del mundo. Ahora veo con extraordinaria claridad que todo ello se basaba en un “yo” esforzándose por alcanzar, por obtener... conocimiento, y (he de admitir con humildad) control sobre mi vida. Ahora todo aparece bajo esta nueva luz como si fuera simplemente un sueño, basado en una premisa falsa: He mirado al enemigo a la cara y he visto que no es más que un “yo” que es poco más que un hábito cultivado desde que se hizo la elección de existir en el Sueño de la Separación! Tras todos estos años me siento como si acabara de comenzar. ¿A qué alude Él con este misterioso “proceso de reconocimiento”? ¿Debo mirarlo con disimulo para ver si es algo seguro?

Ahora bien, ese pensamiento me produce pura risa; ¡qué gracioso! ¿Quién podría estar preguntando esas cosas si no fuera esa parte, la más pequeña de mí... que es el hábito de la separación -enraizado en el miedo-, y que una vez identifiqué plenamente como mi propio ser?

¿Cómo puedo esperar descubrir alguna vez lo que significa este misterio si no me suscribo plenamente a la vía de amor que Jeshua revela, y a la que nos ha llamado?

Me levanto de la silla y suelto un poco las piernas mientras deambulo hacia la cocina para hacerme un té. Mientras el agua rompe a hervir, quiebro unas cuantas hojas de menta y respiro su aroma. Las dejo en el recipiente y contemplo cómo se enrollan y pliegan en el agua. Una parte de mí siente que no soy diferente de esas hojas de menta, como si me hubieran dejado caer en un agua que hasta ahora ni sabía que existía, mientras que reclamo todo tipo de “conocimiento” sobre esas mismas aguas.

Me siento abochornado. Me siento reducido a no ser muy distinto de un consejero matrimonial que nunca ha estado casado... o de un experto en OVNI's que nunca ha visto uno... ¡uf!

Regreso al escritorio y comprendo que estaba equivocado. No está terminado todavía. Este manuscrito no está acabado y, ciertamente, yo tampoco. Puedo sentirlo: es esta vieja némesis¹⁵ que ha vivido tanto tiempo y tan profundamente dentro de mí. Esta némesis que surge del interior de las sombras de mi propia existencia, de forma tan clara que estoy asombrado -no, impactado- de que pueda haberla pasado por alto, evitándola durante tanto tiempo.

[15]Utiliza esta misma palabra en inglés, “némesis”, que se puede traducir como “enemigo”, “archienemigo”... y, como vemos, con ese nombre se está refiriendo al miedo que guardamos adentro (con el nombre de esa “diosa de la venganza” que es Némesis, que ha pasado a ser una palabra del inglés y del español: <https://es.wikipedia.org/wiki/Némesis>).

Esta némesis tiene nombre, y es “miedo”. Y no me refiero al tipo de miedo que tuve en Vietnam o en muchos otros momentos. Esto es otra cosa, algo más profundo, algo en el tejido mismo de mi alma, si es que eso tiene algún sentido.

Mi cuerpo se estremece de repente. Pues me queda claro que la única manera de liberarme de esta némesis requiere sin duda alguna que viva en la Realidad. Y lo que es más, drásticamente hablando... esto es en realidad Dios “dando el paso final por mí”! ¡Guau! ¿;En qué sentido se podría esperar tener una pizca de control sobre eso?! No obstante, Él promete que el resultado será llegar a una nueva tierra, una tierra que es lo opuesto al miedo: Amor.

Amor. Dulce, ¡dulce amor! Pensaba que sabía algo sobre ello, pero ahora sorbo esta deliciosa infusión de menta, oigo cómo la lluvia casi helada bombardea mi ventana... y debo aceptar que sé poco -si es que sé algo- de su verdadera naturaleza. El amor del que Jeshua habla no puede tener nada que ver, ciertamente, con lo que yo considero que a mí me agrada, ya que ese “yo” ha estado bien empapado en la sopa del ego. Una vez más me siento reducido a ser un simple niño, un niño con mucho que aprender.

Y qué hay de esta críptica afirmación:

Pronto te llegará una clara señal de la obra en la que participas, la obra de la expiación¹⁶ del Hijo. Cuando elijas claramente participar activamente en esta obra, no habrá nada que no se te conceda.

¡Una señal clara! ¡Viva! ¡Podría tener alguna! O bien, de nuevo, ¿acaso la única parte de mí que necesita esas señales es esa parte tan pequeña de mí, tan acostumbrada a la aprensión temerosa y que se esconde a menudo detrás de una sonrisa?

Vuelvo a detener el archivo y me veo atraído por unas palabras ante las que reconozco que siento una gran resistencia:

En el Reino no se experimenta ningún esfuerzo. Solo existe la manifestación de la voluntad del Padre para ti y a través de ti... una demostración que afecta al alma dormida del Hijo, transitoriamente oculta en un sueño de soledad.

Salto por las hojas impresas de Sus comunicaciones recientes y mis ojos se detienen ante una frase aún más extraña:

Ahora ya es inevitable que este proyecto se lleve a término.

“¡Eso es!”. De repente grito. “¡Qué diantres sé yo sobre escribir un libro, y mucho menos sobre publicarlo!”. Y, de todos modos, ¿quién demonios leería

[16]“atonement”.

esta basura y por qué iban a querer hacerlo? Pero entonces... si esto se convierte realmente en un libro que la gente lee... esa sería una ‘señal clara’, ¡já!”.

Estoy realmente vociferando todos estos pensamientos, ¡como si intentara repeler a algún ejército invisible que avanza e intenta atacar mi castillo! Mi cuerpo se estremece de nuevo. Y no una, sino dos veces -en realidad, tres-. ¿De qué demonios está hablando? Esa némesis que creía haber enterrado lo suficiente como para librarme de ella... como un cáncer ya bajo control... está ahí de repente y literalmente golpeando y gritando:

“¡No! ¡No yo! ¡No me lo merezco! ¡Mírame! ¡Mira todos mis fracasos, completos fracasos! Quiero decir... ¡soy realmente lo peor de lo peor! ¡Nada que se pueda manifestar a través de mí tiene apenas ningún valor, nada!”.

Esa última palabra explota desde el ámbito del pensamiento, y del de un cuerpo agitándose y temblando... en un grito alto y desafiante que me sacude hasta la médula¹⁷.

Dejo de luchar contra ello, contra todo ello. Si “permitir” es la llave para el Reino, entonces igualmente podría comenzar por aquí, por esta repentina efusión de lágrimas que surgen desde lo más profundo de mi corazón y de mi vientre. La fuerza se va de mis piernas y caigo al suelo. Las lágrimas, entremezcladas con una letanía de argumentos de autodesprecio, incrementan su cadencia. Sin embargo, el suelo es reconfortante de alguna manera. Me rindo a esta oscuridad, en lugar de luchar contra ella. Y aunque todo el flujo continúa, toco por un momento un atisbo de paz, de verdadera paz.

Me despierto con el ruido mañanero de la limpieza de los cubos de basura. No sé cuándo me quedé dormido, ni sé si se acabaron las lágrimas antes de eso o debido a eso. Me levanto, echo una mirada por las heladas ventanas para ver cómo trabajan los basureros en su importante e infravalorado trabajo.

¿Qué harían si les estuviera pasando esto a ellos? ¿Qué haría cualquiera? De repente una idea se estrella de cabeza en todo mi ser:

“Me largo de este lugar tan frío, oscuro y gris. ¡Me marcho otra vez a Hawai!”. Siento cómo brota la energía a través de mí mientras saco la maleta del armario.

“Qué, Marc, ¿te vas sin una debida planificación?”. Ya, ¡las cosas están cambiando!

Se me ocurre imprimir el borrador de Las cartas de Jeshua. Y me veo, como si estuviera en una película, enviándoselo a Kendra de camino al aeropuerto.

Una semana después estoy subiendo las escaleras de su casa, con el manuscrito doblado bajo el brazo.

[17]“core”.

Capítulo 10

*Pues cuando el alma elige servir a Dios, sirve al misterio sin ningún reproche.
En esto es en lo que se puede confiar completamente.*

17 de febrero, 1989

El fuego llamea ante mí mientras Kendra se sienta en el sofá, y me ofrece una taza de vino caliente con especias.

“Un poco temprano para tomarse un vino¹⁸, ¿no crees?”.

“¡Ya me conoces! Es sábado, y nunca es demasiado pronto para disfrutar del día libre.

Además, ¿no todos los mortales tenemos esa libertad para vagar por Hawai!”.

No respondo. Tan solo le miro a los ojos. Recuerdo que yo antes pensaba justo así. ¿Y eso no era hace muy poco tiempo? ¿Acaso no creía yo que realmente no era libre para seguir la profundidad de mi corazón, y que la ‘realidad’ estaba ahí fuera, en un trabajo que en realidad no amaba? Desde luego que sí lo creía. En este juego interno de tira y afloja hay una parte de mí que todavía piensa claramente que yo también debo ‘pisar tierra’, salvo que otra parte de mí más amplia, emergente -una parte que solo ahora comienzo a conocer- sencillamente no va a sucumbir a eso nunca más.

Kendra parece saber exactamente lo que estoy pensando.

“Supongo que todavía estoy empleando mi libertad ¡para insistir en esta forma de vida a la que estoy tan acostumbrada!”. Sonríe ligeramente, y sorbe un poco de su aromatizado vino.

Echando una mirada sobre el manuscrito con la cubierta azul claro, me mira. “¿Es eso lo que creo que es?”.

“Sí. No tengo la sensación de que ya esté terminado, pero sí, eso es. Pensaba que tú podrías... ya sabes... leerlo para mí mientras estoy fuera”.

Sus manos se posan sobre el manuscrito, pero de repente cambia de ánimo y de idea. “Bueno, nunca me contaste lo que pasó en tu excursión invernal a las montañas”.

Yo, ciertamente, esperaba que no me lo preguntara. Ha pasado un mes desde entonces, pero su pregunta evoca fácilmente la renovación del impacto que

[18]En el original en inglés utiliza la palabra del español, “vino”.

tuvo aquel día sobre mí; me pregunto si aquello va a terminar entrando alguna vez en la categoría de ‘historia’. Mi mano tiembla un poco al dejar la copa, rápidamente vaciada... y me coloco más cerca del fuego. Hay partes de ese viaje que no quiero compartir, cosas que me perturbaron. Elijo pisar un camino trillado.

“Vale, ¡primero las buenas noticias! Encontré el camino a un arroyo, y quité la nieve de una gran roca donde me senté a esperar”.

“¿Y qué pasó?”, pregunta.

“Nada; bueno, durante un tiempo, nada. Salvo que caí en ese ritmo tan delicioso. Parecía como si mi respiración encontrara de forma natural el camino para resonar con el sonido del agua fluyendo sobre las rocas cercanas”.

Me doy la vuelta para sentarme frente a ella en el sofá, e impulsivamente coloco sus manos en las mías.

“En ese momento oí la voz de ella”. “¿Ella? Te refieres a Jeshua, ¿verdad?”.

“No, ¡ella! Era claramente femenina”. “¿Quién?”.

“Mmm...”. Me detengo.

“Ni siquiera se me ocurrió preguntarle”, respondo con firme sosiego.

Kendra me mira fijamente, asiente con la cabeza diciendo ‘está bien’, mientras sus manos aprietan las mías un poco más fuerte, como si me animara a continuar. Su disposición a respetar mis límites me permite hacerlo en cierto modo.

“Juraría que podía oírla, sentir su presencia, y -al menos en mi mente- verla, tan claro como te veo a ti ahora.

“Y ella hizo algo. Sentí como si me tocara la parte superior de la cabeza. Toda esta energía comenzó a... algo así como silbar alrededor sin parar. Me sentí mareado, pero en bendición, en éxtasis.

“Luego extendió sus brazos, y cuando lo hizo, sentí como si alguna parte sutil de mí, más fluida que este cuerpo... se expandiera con ella.

“Entonces, sin esfuerzo, Kendra... ¡pude sentir los árboles, la nieve, las rocas, el agua! Y me refiero a sentirlos desde dentro hacia fuera. ¡Los sentía como nunca antes! Quizás, de hecho, ¡por primera vez realmente!

“En algún momento recuerdo que me dijo, ‘ahora conoces tu verdadero cuerpo. Es esta preciosa Tierra, en sí misma, la que te da la entrada a este ámbito¹⁹. Ámala como sabes amarte a ti mismo’.

“¡Kendra! ¡Para! ¡Vas a romperme los dedos!” , grité.

[19]“It is this precious earth herself that gives you entrance to this realm”.

“¡Oh! ¡Cuánto lo siento!”.

Puedo sentir la sangre apresurándose a entrar de nuevo en los dedos, mientras la piel debajo de las uñas se vuelve rosa de nuevo.

“¡Es tan hermoso!”, los ojos de Kendra están húmedos, y siento que todo su ser se abre y se ablanda, pero mi reacción no coincide con la suya. Al darse cuenta, agarra mi barbilla como solía hacerlo mi madre cuando me exigía que le contara algún secreto oculto.

“¡Venga, vamos! Qué más”.

“Kendra, preferiría no hablar sobre ello. Quiero decir... no sé si puedo”.

Tal vez es hora de volver al fuego. Me levanto y me dirijo hacia allí, y observo sus llamas un instante.

“Me mostró el futuro”. “¿Que ella qué?”.

“Me mostró el futuro. Kendra, vi pilas de escombros de hormigón... y... y gente amontonada en torno a fuegos en calles desérticas”.

“¡Un momento! ¿Que tú viste esas cosas?”.

“¡Sí! ¡Como si fuera una película a alta velocidad, justo donde habían estado los árboles! Me asustó, y de repente todo se detuvo y los árboles estaban de nuevo ahí, igual que antes. Solo que, bueno, ya no podía sentirlos como lo había hecho unos momentos antes.

“Ahí es cuando sentí su suavidad. Me dijo que no queda mucho tiempo, tiempo para corregir el hechizo en el que ha caído la humanidad, un hechizo en el que nos hemos olvidado de que la Tierra es en realidad nuestro verdadero cuerpo, que todos somos una sola familia, y... y...”.

“Y, ¿qué? ¡No te atrevas a pararte ahora!”.

“¡Que en realidad no hay más que uno de nosotros aquí! Un solo ser, una sola alma, capturada en un hechizo, un sueño. ¡Solo hay uno de nosotros aquí!”.

“Pero, ¿no es eso mismo lo que también te dijo Jeshua? ‘Nunca miras a otro, pues solo te ves a ti mismo’”.

“Bueno, ¡sí! Pero, ¡no tiene sentido! Maldita sea, ¡Kendra! ¡Y toda esa basura del futuro! ¡No me gusta nada esto! Me pone los pelos de punta, igual que cuando Jeshua me mostró cosas similares”.

“¿¡Qué!? ¿Cuándo hizo eso? ¿Me estás escondiendo cosas?”. Había sido pillado en mi propia confesión, ciertamente. “¡Ey! Me acojo a mi derecho a tener un abogado”²⁰.

[20]Utiliza aquí una frase equivalente, creo, y que emplea una expresión sobre la Quinta Enmienda a la constitución de los EEUU. La frase es: “I plead the fifth amendment on the grounds it may later incriminate me”. Para la Quinta Enmienda: https://es.wikipedia.org/wiki/Quinta_Enmienda_a_la_Constituci3n_de_los_Estados_Unidos

En su mirada vi que este truco no iba a valer con ella.

“S... sí, sí, lo hizo. Y más. Mucho más, pero dijo que todavía no ha llegado el momento de todo eso. Ha hablado de un tiempo en el que los EEUU se sentirán muy cómodos y a salvo, y que entonces todo eso será hecho añicos. Pero todavía creemos que la manera egoica de pensar puede librarnos de algo”.

Necesito sentarme de nuevo. Hablo con suavidad.

“Pero no sucederá. Solo entonces, en ese futuro, comenzaremos a comprender, o bien todo el mundo comenzará a comprender... que el gobierno, o las grandes empresas, nada, puede seguir del mismo modo. Nos veremos forzados por el fracaso de nuestras propias creaciones distorsionadas... forzados a experimentar un cambio de consciencia masivo. Dijo que con cada día que pasa, sin ser algo predestinado... las imágenes que me mostraban se convertían en una probabilidad cada vez mayor”.

“Pero Él también enfatizó que incluso lo que vendrá se convertirá pronto en parte del despertar, en los ‘tiempos finales’ de los que habla la Biblia, salvo que han sido seriamente malinterpretados, pues no es un castigo, ya que Dios no castiga. Nosotros creamos nuestra experiencia, y estamos tan inextricablemente enlazados que, bueno... en realidad solo existe uno de nosotros... una sola alma, que es la Humanidad... y en ella reside ya la plenitud de Cristo, agitando para ser recordada, levantándose para convertirse en la autoridad desde la cual crear... en lugar de que sigamos creando desde el miedo y desde el ego que el miedo genera²¹.

“Él lo llama ‘proceso adámico’”. Kendra está a punto de hacerme la misma pregunta que yo le hice a Él, así es que remato la cuestión.

“Dijo que revelaría más en el momento apropiado; que esto tiene que ver con lo que enseñó realmente cuando estuvo aquí; y que se me mostrará cuando las cosas estén... maduras. Fue extraño cómo se paró para enfatizar esa palabra, maduras... como si tuviera algún significado especial, o algo así. De todos modos, el resultado consistirá en la venida del cielo a la tierra. Es decir, que así como cada alma individual tiene que atravesar su propia resistencia antes de que dejen de funcionar sus antiguas costumbres... también la humanidad tiene que cruzar hacia su siguiente etapa de crecimiento”.

“¿Y qué es eso, exactamente?”.

“La Mente Crística Universal, y tan natural como lo es ahora la mente egoica para la humanidad”.

[21]“We create our experience, and we are all so inextricably linked that, well, that there is really only one of us, one soul that is Humanity, and in it the fulness of Christ already resides, stirring to be remembered, rising to be the authority from which we create, rather than fear and the ego it generates”.

Es el turno de Kendra de acercarse al fuego, donde sorbe lentamente, muy lentamente, su vino caliente especiado. Brilla en sus labios, bajo la luz del fuego, antes de que su lengua introduzca dentro las últimas gotas.

“Todo eso suena demasiado increíble para mí”.

“Ya lo sé. Yo lo siento igual, me supera totalmente”.

Kendra se acerca para ponerse frente a mí, esta vez sonriendo.

“¿Pero sabes qué es lo que no te supera?”.

“No, ¿qué?”.

“¡Hawai!”.

“¡Oh, dios! ¡Casi se me olvida! ¿Qué hora es?”.

Se acerca a mí cuando me levanto, y me abraza.

“Creo que ha llegado tu momento, eso creo”.

Me pongo la chaqueta y cuando estoy en la puerta me giro para mirarla. La sonrisa de Kendra ablanda un poco mi corazón.

“Por cierto, ¿recuerdas ese libro que me prestaste hace un tiempo, ese de Alan Cohen?”. “¡Sí!”, contesta. “¿Lo leíste?”.

“No, pero la otra noche Jeshua sugirió –muy intensamente– que Alan podría escribir un prefacio para el libro. ¿Puedes creerlo? ¡No le conozco de nada!”.

Ella agarra la carpeta azul apretándola fuertemente contra el pecho. “¿Te importa si me encargo de esto durante un tiempo?”.

Asiento con la cabeza, sí. Pero si hubiera sabido lo que esto iba a conllevar muy pronto... el asentimiento hubiera sido un muy enfático ‘¡no!’.

Después de que nuestras miradas se encuentran en silencio un instante, compartimos otro abrazo más, muy largo, y parto hacia el aeropuerto.

Capítulo 11

*Hay viejos amigos esperando, y llego a vosotros
para atraerlos hacia Mí una vez más.*

Al salir de la sala de espera, en la entrada del aeropuerto, me golpean las dulces fragancias de Maui, la isla-corazón. Cierro los ojos y bebo profundamente con mi aliento este aroma embriagador. Es suficiente con esto para hacer que mis ojos empiecen a lagrimar. ¿Está bien considerar que una isla es tu amor máspreciado?

Me subo en las escaleras mecánicas que me llevan a la cinta de equipajes, y luego accedo al autobús de alquiler de automóviles²² que sale de aquí... y luego... ¿luego qué? ¿Por qué he venido hasta aquí, en realidad?

Soy como un paciente sentado en la sala de espera del Gran Doctor Cósmico. ¿Y mis síntomas?

Oigo la voz de Jeshua.

Se me muestran imágenes de acontecimientos que no han ocurrido.

Desde un lugar en mí que está más allá de mí... ¡me siento impulsado a seguir un rastro invisible a través de un territorio que nunca supe que existía hasta que me encontré en él!

¿Hay pastillas para tratar esto?

¡Hambre! ¡Gracias a Dios! ¡Siempre puedo contar con mi apetito a modo de valiosa distracción! Hay una pequeña tienda de comida saludable no muy lejos del aeropuerto, en Wailuku, que se llama “Con los pies en la Tierra”. Y ¡podría tomarme algo ahí!

Pago mi ensalada y el zumo de zanahoria, y al volverme hacia la puerta veo una pila de revistas al final de la barra. Parece un periódico local, así es que lo echo en mi mochila y enfilo... ¿hacia dónde? ¡A la playa!

La arena está caliente bajo mis pies descalzos, e incluso el sonido del agradable oleaje que rueda hacia la orilla parece suave. De hecho, toda la isla de Maui se siente así de suave; como terciopelo.

Como ya me puse el bañador justo antes de aterrizar, me quito el pantalón corto y la camiseta, y corro hacia las cálidas aguas tropicales del océano. Abro los ojos con el escozor del agua salada, deleitándome con una visibilidad sin fin.

²²Literalmente esto es lo que dice en inglés (sobre ese “bus”, ese autobús). Entonces, quizá sucede que los automóviles se alquilan en empresas que tienen su sede en un “bus” –quizá–.

Haces de luz solar descienden hacia un fondo arenoso cada vez más alejado de mí, mientras nado y nado en este increíble océano sanador.

Me relajo tendido sobre la espalda, con los brazos extendidos, y me mezcó en el suave chapoteo de las olas, a cien metros de la orilla, mirando los retazos de nubes bailarinas en un interminable cielo azul. Y no puedo contener un gríto muy fuerte.

Esta vez, ¡es de éxtasis total! Justo en ese momento regresa el hambre con fuerza, a modo de venganza. Me doy la vuelta en el agua, y miro hacia la distante playa... y más allá del majestuoso Haleakala, la casa del sol... hacia la montaña también llamada “Maui East”, a cuyos pies arenosos voy a descansar y a comer.

Me trago lo que queda de zumo de zanahoria, y veo esa delgada revista que recogí en la tienda. Comienzo a hojearla sin prestar mucha atención, parándome aquí y allá, en algún artículo breve o en algún anuncio de yoga, de danza sufi, o de lo que sea. Pero me distraigo mucho de la lectura ante la vista de un par de mujeres muy atractivas en biquini, cociéndose al sol, y afortunadamente no muy lejos de mí.

Un chispeante y cálido océano para nadar en él; buena comida; selvas, cascadas, piscinas ocultas, y un volcán extinto... y biquinis... No es de extrañar que llamen “paraíso” a Hawai.

“Definitivamente, podría vivir aquí”... murmuro, obligando a mis ojos a volver a la revista. “Quizá algún día”. Justo en ese momento me siento atraído por un pequeño anuncio a pie de página. En realidad, lo que me atrae es esa cara, pero, ¿por qué? ¿Qué es este repentino brote de energía en mi columna? No es nadie que yo conozca, pero de cierto modo sé que tengo que conocerla. Al lado de la imagen hay estas simples palabras: “Sara Patton. Escritora. Preparación de manuscritos; apoyo cordial para autores”.

En menos de diez minutos ya la he llamado desde una cabina y tengo cita para mañana. Ya sé que va a ser Sara quien le va a dar forma a Las cartas de Jeshua. Y ¡todavía ni siquiera sé dónde me voy a alojar!

Sara está totalmente concentrada mientras lee, página tras página. No puedo percibir nada en ella que me diga si le está gustando o no. Pasa las páginas un poco más rápido, por lo que tal vez esté perdiendo el interés. Estoy seguro de que debe ser eso.

Lo sabía. Todo esto no era más que mi fantasiosa mente, jugándomela de nuevo.

Se detiene en la última página. Se toma demasiado tiempo mientras veo que sus ojos siguen cada línea, y luego una vez más, y otra. El silencio se puede mascar.

Finalmente me mira. Todavía lee, pero no el manuscrito.

“Será un honor ayudarte a preparar esto”.

¿Dijo realmente eso?

“Has tenido una gran experiencia. ¿Todavía continúa?”. Cierra la carpeta, y se da la vuelta para colocarla en su escritorio. Reconozco que ya no está en mis manos. Pero, ¿acaso alguna vez lo estuvo?

“Bueno”, tartamudeo un poco. “Quiero decir, el manuscrito está acabado, casi, pero... no... tengo la sensación de que las cosas no han hecho más que empezar”.

Su cálida sonrisa me relaja.

“Vale. Trabajo mucho con autores de base espiritual, por lo que puedo entender algo sobre lo que todo esto debe estar suponiendo para ti. Pero no te preocupes. Si Él te eligió para esto, manejará las cosas por ti”.

Se muestra despreocupada, objetiva, y reconfortante... todo al mismo tiempo.

“De hecho, sé a quién le encantaría esto, y sería maravilloso, ¡porque quizá le apetezca hacerte promoción!”.

“¿De quién hablas?”, le pregunto.

“¡Oh! Lo siento, simplemente me emocioné por alguna razón. Alan Cohen. ¿Conoces su obra? Vive justo aquí, en Maui. ¡Será fácil pasarle una copia de esto!”.

¡Dioooooooooos!

No puedo con todo esto. Comienzo a reírme nerviosamente, y finalmente le cuento a Sara aquella “profecía” que Jeshua me había hecho sobre Alan, este extraño al que nunca he conocido, pero que a través de Sara pronto estará leyendo Las cartas de Jeshua.

“Bien, ¿lo ves? ¡Es tal como te dije! Si Él te eligió para producir esto, ¡parece que Él ya va un paso por delante de ti!”.

O bien, quizá mil pasos. Me pregunto si alguna vez le alcanzaré. Solía pensar que mi salvación radicaba en convertirme en un sabelotodo. Pero esto comienza a parecer más bien como que ¡la verdadera dirección está en convertirse en un confialotodo!

Mi encuentro acaba con la firma de un contrato y con la promesa de Sara de ponerse a trabajar de inmediato. Esta semana le dará el manuscrito a Alan, pero justo cuando me voy decide darme su teléfono.

“Parece que te vendrá mejor si tú le llamas primero”.

Y así, dejo a Sara Patton, escritora, y me alejo de su apartamento en Maalaea, por la carretera que discurre junto a Sugar Beach hacia mi apartamento en el paraíso, y hacia algo que estoy comenzando a temer.

Pronto voy a estar llamando a un perfecto desconocido, y diciendo algo así como, “Hola qué tal. No me conoces de nada, pero tengo este manuscrito. ¿Qué piensas? Bueno, el nombre... ¿te dice algo el nombre de ‘Jeshua’? ¿Ah, no? No pensaba eso”.

¡Cielos! Tengo que hablarle a un perfecto desconocido sobre todo esto. Una cosa era dejar que Sara leyera el manuscrito, vale, ¡pues eso al menos me dio cierta distancia! Pero ahora... ahora tengo que llamar “fríamente” a un desconocido, ¡y confesarlo todo! Vaya, necesito darme un placentero y largo baño, sí. ¿A qué distancia está Tacoma, por cierto?

“¡Aloha! ¡Alan al habla!”.

La voz es amable, abierta, entusiasta. Y ni siquiera sabe todavía quién le está llamando. Dios, ¿acaso hasta la gente que vive aquí ha adquirido esta suave cualidad-Maui? Tartamudeo un poco al presentarme, haciéndole saber que es Sara quien me dijo que le llamara.

“Bueno, si a Sara le gusta, debe ser bueno. Ella hace un gran trabajo, sabes. ¡Has caído en buenas manos!”.

¡Me pregunto si dirá lo mismo después de que le diga Quién está detrás! Comienzo a decírselo todo de buenas a primeras. Todo. Cuando termino, paro y escucho a mi corazón latir rápido, en una pausa que, por otra parte, es silenciosa.

En mi imaginación veo abruptamente una imagen de Alan, con los ojos cerrados, como rezando por lo que le dije. También veo a Jeshua cerca de él, sonriéndome. Justo en ese momento desaparece la imagen interior, reemplazada por la voz de Alan.

“Perdónamente, pero sentí la necesidad de cerrar los ojos y/para sintonizar con el Espíritu”.

Mi imagen mental era una coincidencia, estoy seguro.

“Tu manuscrito parece ser algo bueno”, continúa. “Me gustaría leerlo”.

“¿De verdad?”.

“¡Claro! Llamaré a Sara y ella podrá enviarme una copia. ¿Cuánto tiempo te quedas en Maui?”.

¡Realmente va a leerlo! “Eh... solo otra semana. A menos que me mude aquí, claro”. ¡Múdate aquí! ¡Por supuesto! Vaya, ¡no es que tenga un trabajo al que volver! ¡Guau! Alan ríe. “Ella te está robando el corazón ya, ¿no?”.
“¿Ella?”.

“¡La madre Maui! Alguien tiene que decir ‘sí’ a su gozo. ¡Tú también podrías unirte a nosotros!”.

¿Decir ‘sí’ a su alegría? ¿De verdad? ¿Plenamente? ¿Eso está bien? ¿Realmente funciona?

Mi charla con Alan termina. Simplemente me dejé solo una cosa por decir. Aquello sobre Jeshua, cuando dijo que Alan escribiría un prefacio para el libro. Quiero decir, esta es nuestra primera ‘cita’, ¡después de todo!

Después de colgar el teléfono salgo y me siento sobre la hierba. Es casi el atardecer. Los vientos alisios aflojan, siendo ahora como una suave caricia. El sol es delicioso, casi erótico, exquisito, en mi cara y brazos. Un cardenal²³ se posa en la hierba, mirándome, pidiendo un pedazo de algo.

“Lo siento, amigo, no tengo nada para darte, a menos que te apetezca alguna lectura interesante para antes de dormir!”.

Le muestro mis manos vacías, mueve la cabeza varias veces de lado a lado, y se marcha volando. La luz comienza a tornarse dorada, como oro líquido formando riachuelos mientras el sol se acurruca detrás de la isla de Lanai, en el horizonte. Miro alrededor... Maui. Vivir aquí, ¿en toda esta belleza? ¿Yo? Pienso que aquí puedo entrar en quiebra tan fácil como en cualquier otro lugar. Y después de todo... aquí tengo a alguien trabajando en el manuscrito. Quizá deba confiar en eso.

¡Sí! ¡Eso es justo lo que voy a hacer!

De repente, al mirar a las estrellas, y luego hacia la acechante curva de la ladera del Haleakala, y al respirar esos sorprendentes aromas dulces... la Madre Maui se parece cada vez más como estar en casa.

A quién voy a engañar... pienso para mí mismo. Me sentí como en casa la primera vez que vine aquí en 1973. Ese año fue cuando comencé con la práctica de la meditación, cuando me encontré con mi primer maestro Zen. Maui es ese confortable par de vaqueros que dejo en el armario y me olvido de ellos, ¿y

[23]Una especie de pájaro: cardenal, o “cardinal”, en inglés: [https://en.wikipedia.org/wiki/Cardinal_\(bird\)](https://en.wikipedia.org/wiki/Cardinal_(bird))

por qué? ¿Por qué no estuve dispuesto –o no fui capaz– de permitirme estar donde más me encanta estar?

Ese pensamiento me impacta fuertemente. Es como un símbolo de algo mucho más profundo, ¿no? Después de todo, ¿qué es lo que me ha impedido, todos estos años, todas estas vidas... que se revelan por sí mismas como fragmentos de un sueño olvidado desde la aparición de Jeshua... qué es lo que me ha impedido abrirme a recibir realmente el corazón y el alma de la Verdad tan evidente en Sus palabras? Tengo que saberlo, real y plenamente, ¡tengo que saber de qué va todo esto! Y no solo para mí, sino para todas las almas. Simplemente, ¿qué mantiene al mundo dando vueltas como lo hace? ¿Qué mantiene el sufrimiento en su lugar, como un disco rayado?

Y en un abrir y cerrar de ojos, brota de golpe en mi consciencia un momento clave de mi vida:

Vietnam. Tengo dieciocho años. El fuego era horrible, repentino, mortal para muchos. Ahora estoy cavando otra fosa más, en otro punto desconocido más, en una selva interminable de las tierras altas del centro del país. Miro hacia arriba y me quedo hipnotizado por la puesta de sol más bella que haya visto nunca. ¡Qué belleza!

¿Es el impactante contraste de belleza y dolor lo que hizo eso? Siendo que me extiendo hasta el infinito, hasta que la puesta de sol está dentro de mí, tanto como yo estaba en ella, hace un momento, al mirarla. No tengo fin... todas las cosas están en mi interior... y yo lo impregno todo. Luego, tan repentinamente como comenzó, estoy de nuevo ahí de pie, con una pala en la mano. Me doy cuenta de que está oscuro. ¡Ha pasado por lo menos una hora! ¿Por qué nadie me molestó? Regresa la consciencia de que ya es de noche, así como esos sonidos de la selva que he aprendido a discernir de forma tan precisa para poder sobrevivir. Salto a mi trinchera y miro hacia las pocas estrellas que puedo atisbar a través de los árboles.

“¿Qué diablos fue eso? Dios, si existe algo así... ¡tengo que saber qué era eso! Y ¿qué es esto... esta locura en el mundo... y esta belleza? ¿Qué demonios está pasando en realidad? ¡Tengo que saberlo! ¡Dímelo, maldita sea!”

No hay respuesta, y, en este momento, soy nuevamente un soldado, escondido en la selva y en alerta máxima frente al peligro que acecha ahí fuera. Un mosquito me devuelve al presente. Le doy un palmetazo y comprendo que ese fue su último momento de vida. Me había olvidado de aquel momento en Vietnam. Se quedó enterrado bajo el diluvio del resto de ese año, y de los años que pasaron desde entonces.

Maui descansa en la noche que se aproxima, pero el aire sigue siendo tan tranquilo, tan suave y dulce... ¡Qué belleza! Me levanto de golpe.

“Bueno, ¡ya está! ¡Hace frío en Tacoma! ¡Ey, madre Maui! ¡Mira tu nuevo residente!”.

Al entrar, abriendo la puerta... me surge un simple pensamiento:

Quizá aquella oración de cuando fui soldado fue oída... y –por Dios– quizá justo todo esto... cada momento desde aquella noche... ha sido parte del despliegue de la Respuesta.

Ese pensamiento no está solo en mi cabeza. Resuena de la cabeza a los pies. “Maldita sea”, murmuro.

Me desvisto y me tumbo en la cama, sin necesidad de cerrar las ventanas ni de cubrirme con las colchas... Simplemente descanso, noto mi respiración subiendo y bajando, aprendiendo poco a poco a estar presente con ella tal como Jeshua me ha dicho, sintiéndola entrar, no solo en mis pulmones sino filtrándose por cada poro... y saliendo hacia fuera mientras toda tensión se disuelve en Luz.

Recuerda, hermano mío, permíte que el amor de Dios te respire.

Quizás algún día sabré lo que realmente significa eso. Ya no confío en mi comprensión intelectual, ¡que es lo único con lo que siempre he contado! Quizá Él tiene razón. En un camino de espiritualidad auténtica quizá no hay nada que ganar. Solo hay que perder todo lo que fue acumulado por error, dejando espacio solamente para la Realidad de Dios.

¿Qué significaría entregarse realmente a una travesía que mucha gente juzgaría como una locura? Dar la mano es una cosa, hacer el amor otra... pero rendirse realmente, para ser tomado totalmente, para ser cautivado y embelesado por completo... bueno... eso es algo muy distinto. Tengo la sensación de haber sido invitado a una fiesta ante la que me vuelvo más cauteloso cuanto más me acerco, ¡sin importar lo cautivadora que sea la música!

Me doy la vuelta sobre la barriga, mi mirada tropieza con las ramas de ese tipo de jazmín que florece de noche, meciéndose suavemente con la brisa. Si tan solo pudiera rendirme tan fácil como parece serlo... ¡como las brisas invisibles²⁴! Ciertamente no parece consistir en contraerse en el miedo, ni regodearse en las quejas y la confusión, ¡ni exigir saber cómo lo hace la brisa²⁵! Parece que simplemente se trata de disfrutar de la danza.

[24]Aquí hay quizá un juego de palabras: “If only I could surrender as easily as it seems to, to breezes unseen!”... un juego, decíamos, porque “breeze”, que significa “brisa”, es usada en expresiones como “a breeze”, que significa “pan comido, algo que resulta muy fácil”.

[25]“nor demand how the breeze tosses it!”.

Cierro los ojos. Justo ahora, no hay nada que hacer. Vivo aquí ahora, no tengo planes. Es gracioso, más no parece importar. Kendra se sorprenderá, ¡o quizá no! No hay nada que hacer más que conocer mejor Maui.

Mi atención se dirige a Él, a ese antiguo Amigo que está por ahí fuera, en los éteres de la realidad, invisible para los ojos del cuerpo pero sin estar perdido para los ojos del corazón:

Jeshua, si quieres ver el libro publicado vas a tener que hacerlo tú mismo. Puedo hacer que suceda, ¿pero qué demostraría eso? ¡Me niego a hacer que pase nada con este tema! De hecho, si eres quien dices ser... vas a tener que demostrarlo, y quiero decir... ¡tendrás que destruir hasta la última duda que tenga!

La energía de ese pensamiento es tan fuerte que me hace sentarme al borde de la cama. “Guau, ¿de dónde vino eso?”, me pregunto asombrado.

Llego a la ducha y me quedo debajo del agua ligeramente fría, cayendo de la frente hacia abajo a través de los ojos cerrados, fluyendo hacia el desagüe a mis pies. Tengo una extraña sensación en el bajo vientre, casi en el hueso púbico. Es nuevo, como si acabara de descubrir algún espacio sutil en mi hogar, que no sabía que estaba ahí. ¡Qué raro!

Aparece una imagen. Es una gran puerta a modo de trampilla en un suelo de madera. Aparece justo cuando tengo esa extraña sensación. Pero esta vez me las apañó para no salir de ahí, sino para meterme, poniendo en práctica lo que Él me ha estado enseñando. Sentirse al límite de la resistencia. Él ha dicho que algún día sabré que hacer eso es ser la presencia del Amor mismo.

Un suave susurro emerge de mí: “Confiaré en ti, Jeshua. Todo el tiempo. No hay otra alternativa ahora. No hay posible vuelta atrás, a un terreno familiar. Solo hay una forma de saber por fin de qué se trata este extraño, nuevo territorio, por el que voy contigo”.

La trampilla se abre y la extraña sensación aumenta. Siento que me estoy cayendo, o abriendo... o, bueno, no estoy seguro. Todo mi cuerpo se siente diferente. Lo que sea que esa trampilla me ha abierto... ahora parece estar en todas partes, en cada célula. ¡Y el chorro de agua parece tan maravilloso!

Su voz me sobresalta. Viene de detrás de mí, y juraría que puedo sentir Su presencia detrás de mí. Pero no me giro.

Carta 32

Muy bien, hermano mío.

Es por esto que he esperado pacientemente mucho más tiempo del que actualmente sabes.

Hay mucho que poner en marcha, y ahora comenzamos nuestra Obra elegida, juntos.

Tu único papel es permitirMe conducir esto, hasta que nuestro propósito se cumpla.

Habrás dudas, que vendrán y se irán... para surgir de nuevo. Esfuérzate solo por recordar este instante, y no volverás a ser derrotado como lo fuiste en un antiguo pasado.

Ahora, regresa a Tacoma.

Hay viejos amigos esperando, e iré contigo para llamarles hacia Mí, una vez más.

Pues el momento ha llegado.

Recordarás todo, a su debido tiempo.

Permite que tu antigua fe en Mí sea restaurada, y confía en ella hasta que se cumpla la promesa que te hice, y estés plenamente de regreso al Padre.

Confía, querido hermano, permite que se reavive el amor que sientes por Mí.

No se necesita nada más que eso.

Un campo invisible de energía parece liberarme. Cierro el grifo de la ducha y vuelvo a la cama, donde descanso en silencio, aturdido durante algún tiempo.

Creo que he empezado un nuevo trabajo, ¡pero no recuerdo haber firmado el contrato! Y creo que aquí no hay un sindicato al que recurrir. Pero, al menos por ahora, la resistencia se ha ido.

“Mucho para vivir en Maui”. Con eso, me doy la vuelta, y me introduzco en un sueño muy, muy profundo.

* * * * *

“¿Que tú has hecho qué!?”.

Me quedo tan impactado que hablo a gritos; la gente que va por los pasillos del aeropuerto se gira para mirar, ¡y a la señora mayor, en el teléfono de al lado, se le han caído sus monedas en el café!

“Perdón, señora”, murmuro disculpándome. Se marcha a otro teléfono.

“Kendra, repítame eso, ¿has dicho que le diste el manuscrito a alguien, a un desconocido?”.

Kendra vuelve a contar su historia, interrumpida por mis quejidos. Suspirando, trato de no hacer caso.

“Bueno, lo hecho hecho está. No, es... está bien, vale. Supongo que... si voy a tener que confiar... confiar en todo esto. No quiero ser escrupuloso. Ey, mi vuelo está a punto de salir. Sí, adiós.”

Colgamos, y paseo lentamente hacia la puerta de embarque, medio murmurando para mí mismo.

Kendra le ha dado mi manuscrito a un perfecto desconocido, y tan solo me dice que se sintió fuertemente impulsada a hacerlo. Ni idea de quién se tratará... y mucho menos de por qué lo hizo.

Mientras, me dirijo al avión... al avión que me va a sacar de esta isla que amo, de vuelta al frío invernal de Tacoma... y tan solo porque hay una parte de mí que está eligiendo seguir a una voz que procede de un ser que ni siquiera puedo ver. Recuerdo ver episodios de Star Trek donde de repente perdían el control de la nave Enterprise, y luego una voz se abría paso en los altavoces de a bordo:

‘Habéis entrado en territorio de los Borgs. Tenemos el control total de vuestra nave. La resistencia es inútil’.

Capitán Kirk... creo que ya sé cómo te sientes. Adiós, Maui.

Capítulo 12

La confianza, insisto, es esencial.

También es tu lección final de aprendizaje en el campo del tiempo.

15 de marzo, 1989

“¿Qué tal?”, pregunta Kendra.

Sostengo el teléfono entre el hombro y la oreja, e intento seguir lavando los platos.

“Estoy lavando los platos, otra vez.”

“¿Otra vez?”

“Sí; exceso de energía nerviosa, supongo.”

Lo deajo, y me alejo de la pila.

“Es una locura, Kendra. En unas pocas horas tú y un puñado de amigos estaréis aquí ¡y no tengo ni idea de lo que va a pasar!”.

“¿Qué es lo peor que puede pasar? Solo es una reunión de amigos, ya sabes”. Me apoyo en la pared. “¿Pero seguirán siendo amigos después de esto?”. Kendra ríe, pero yo no.

“Mira, te veré a las siete. Tengo que ir a mi despacho, encerrarme ahí y encontrar la manera de lidiar con esto... oh, diablos, ¡es un miedo bien chapado a la antigua! ¡Kendra! Y por cierto, gracias por venir esta noche”.

“¿No creerías que me lo iba a perder, no? Solo recuerda salir de ahí. “¿Salir?”.

“¡De tu despacho, sí! ¡Te veo luego!”.

Así acaba la llamada, y bajo las escaleras hacia mi despacho.

Cierro suavemente la puerta y hago una profunda respiración. Normalmente me encanta venir a este pequeño cuarto de la casa que encontré tan rápidamente después de regresar de Maui. Es tranquilo como una cripta, pero esta noche siento que me oprime, como si las paredes se cerraran.

Me pongo en un extremo de la colchoneta de yoga y empiezo a hacer una serie de posturas de pie, sintiendo lo difícil que resulta estar presente y tratar de respirar más profundo en mi pecho, que requiere un gran esfuerzo. Con esta sensación me cercioro de que estoy contraído con miedo; es un miedo como hormigón armado, sobre el que mis asanas son leves golpes de cincel²⁶.

[26]“fear like thick concrete upon which my asanas are faint chisel blows”.

Me tumbo boca abajo en la colchoneta y comienzo a trabajar más duro. Pero es inútil. Al final, simplemente me estiro, todavía boca abajo, y abandono.

Entonces es cuando Le oigo. No, primero Le siento, fuertemente. Más fuerte que nunca.

Carta 33

Hola, hermano mío.

Así pues, comenzamos a dar el siguiente paso de una antigua Obra que ya hemos compartido. Me has dado de nuevo tu confianza.

No te dejaré hasta que todo esté terminado.

Ahora, te pido que abras tu Biblia,

Por favor, comienza a leer Jeremías.

¿He oído bien? ¿La Biblia? Ni siquiera sé dónde demonios está eso. ¿Jeremías? Por alguna extraña razón, todo lo que se me ocurre es una vieja canción de pop: ‘Jeremías era un sapo’²⁷...

Me levanto de la colchoneta, deslizo la mirada por los estantes de libros... cientos y cientos de libros de filosofía, religiones, física, y demás... Casi siento desdén por ellos, pues ninguno me ha ayudado a prepararme para este extraño viaje con mi Visitante invisible.

Rebuscando, finalmente la encuentro enterrada bajo una pila de documentos, en un estante inferior. Por un momento recuerdo cómo esquivé hábilmente todo lo que tuviera que ver con ella durante mis días universitarios.

Tengo que mirar en el índice para encontrar la página del libro de Jeremías. Mientras llego ahí, las mariposas en el estómago cobran un nuevo brío. Ciertamente, bastante brío. De inmediato, Él me habla. Dios mío... Su voz es tan clara que me puedo dar la vuelta y mirar por la ventana sin perder para nada la conexión... no muy distinto de cuando un amigo te habla mientras tú atiendes otras cosas. ¡Solo que no tengo éxito a la hora de desconectarme de este amigo!

Comienza a leer.

Así lo hago, y cuando llego al quinto renglón, me detiene.

Por favor, lee en alto, lentamente, para que realmente puedas oír, pues este es mi mensaje para ti ahora.

En alto, lentamente, vale. Después de todo, supongo que este es uno de esos momentos de los que estaba seguro que llegarían cuando Le dije que confiaría en Él.

[27]Una canción titulada así, en realidad, en inglés, claro está: “Jeremiah was a bullfrog”.

‘Antes de haberte formado yo en el vientre, te conocía; antes que nacieses, te había consagrado yo profeta; te tenía destinado a las naciones’²⁸

Mientras tomo aire, y siento cómo golpea, duro y rápido, esa familiar némesis en mi estómago, habla de nuevo:

Ahora lee el versículo nueve.

‘Y el Señor me dijo: Voy a poner Mis palabras en tu boca’.

Mi mente, mi aliento, el movimiento de mi cuerpo... todo irrumpió en quietud.

Hermano mío,

Te he elegido porque tú primero Me elegiste, hace mucho tiempo.

Te dirigiré hacia quienes yo sirvo, hacia aquellos que Me han llamado.

No temas, pues ¿realmente crees que podrías evitar que hable a quienes te envío, o que distorsione lo que diría, mientras continúo sirviendo a la voluntad de Mi Padre para la Expiación de la creación?

De nuevo, te digo, la confianza -junto a tu incesante disposición- es lo único que necesitas para llevar a cabo nuestra Obra conjunta.

Llegará un día en el que todos comprenderán que esto es lo único que se necesita hacer, a medida que los milagros llegan, para sanar todo sufrimiento.

No sigas las voces de otros, sino dirígete a Mí, y yo estoy contigo.

La confianza, insisto, es esencial. También es tu lección final de aprendizaje en el campo del tiempo.

Ahora, el momento ha llegado.

Vamos a estar con aquellos que están ahora reunidos.

No temas, querido hermano. No temas.

Su energía se desvanece. Percibo algunos sonidos amortiguados en la sala; voces, risas...

Me apresuro a escribir lo que acaba de pasar y las palabras que ha dicho. Tengo la sensación de que se van a quedar grabadas en mi cerebro tanto como esto dure.

[28]Jeremías 1:5. Empleamos la traducción de la Biblia llamada “Biblia de Jerusalén”. Hay dos notas al pie, en esta Biblia, que informan sobre el significado de las palabras “conocer” y “consagrar” en este contexto. Sobre “conocer” dice: «‘Conocer’, por parte del Señor, equivale a elegir y predestinar». Y sobre “consagrar” dice: «‘Consagrar’, más que una santificación interior, indica una segregación para el ministerio profético».

La versión en inglés dada aquí es: “Before I formed you in the womb I knew you; before you were born I sanctified you; I have made you a prophet to the nations”.

Ya estoy arriba, y apenas percibo los saludos mientras me dirijo a una silla y me siento frente a media docena, más o menos, de amigos... todos mirándome, preguntándose qué es lo que va a pasar.

Toco mi frente con el dedo índice, y lo dejo caer suavemente hacia el puente de mi nariz, una y otra vez, repitiendo una oración que me enseñó que dijera siempre que nos fuéramos a unir de este modo, y siento que el mundo retrocede en la distancia. El cuerpo mismo se vuelve blando, cada vez más suavemente calmado... hasta que también él parece desaparecer en una niebla de luz y color, mientras me envuelven olas de dicha y paz.

Todo ello termina y solo soy consciente de Él, percibiéndonos juntos en un campo infinito de luz purpúrea.

Todo está preparado. Y ahora, comenzamos.

Entonces es cuando noto que no estamos solos. Parece haber toda una hueste, un gran círculo, de seres... todos resplandecientes de luz. Todos ellos están en este campo de luz purpúrea. Puedo ver vagamente el salón y a mis amigos sentados, mirándome.

¡No, no! Están mirando mi cuerpo, ¡y yo también! Lo estoy vislumbrando justo desde arriba. Jeshua se va hacia un lugar justo detrás del cuerpo, y luego parece entrar en él. Esto es lo último de lo que soy consciente, hasta que todo termina.

Gracias, hermano mío.

Su voz me sobresalta. Rápidamente, me vuelvo de nuevo consciente del cuerpo. Es una experiencia bastante tosca. Abro los ojos, pero todo tarda un poco en recomponerse: las cosas, la gente, las macetas, las sillas, las paredes... Mas ahí están ellos. Sus caras me miran con los ojos bien abiertos. Algunos tienen la boca abierta; todos están quietos; parecen pasmados.

Mi cuerpo vibra, pulsante. Finalmente, soy capaz de hablar, o quizá debería decir... de tartamudear.

“¿Eee... qué ha pasado? Había una luz, y después...”.

Silencio, un largo silencio; nadie se mueve. Luego se levantan, uno a uno. Algunos se acercan a mí y me tocan la pierna o la mano. Pero no digo nada. Cada uno termina marchándose, a su debido tiempo. Yo todavía estoy sentado en la silla, vibrando, pulsante, en la energía... y Kendra me mira. Entonces noto los brillantes restos de lágrimas en sus mejillas. Me habla suavemente.

“Él, Él habló; a todos; uno a uno, y acerca de todo... de nuestras vidas... de las lecciones... de los siguientes pasos a dar... si estamos dispuestos a ello. Dijo cosas que nadie podría saber. Y habló de su propia vida. Yo... quiero decir... nadie dijo nada. Solo escuchábamos. Y era evidente, podrías cortarlo con un cuchillo”.

“¿El qué?”, acierto a contestar.

“El a... bueno, la presencia... el... el amor”.

Ella finalmente se levanta de la silla.

“Creo que me voy a ir”.

Todavía no parezco capaz de levantarme y de caminar. Siento las piernas como de gelatina, como si no fueran más... y además de gelatina.

Kendra me da una carta.

“Casi se me olvida. Recogí tu correo al subir, es un hábito”.

Tomo la carta, y la veo irse. Lo que sea que haya pasado... le ha impactado claramente.

Todo vibra todavía. Si no supiera nada más, pensaría que simplemente me tomé varios LSD... solo que en realidad ya han pasado bastantes años desde que probé eso... poco después de regresar de Vietnam.

Abro la carta. Querido Marc,

No me conoces. Una amiga tuya me dio un manuscrito hace unas semanas, en una conferencia en Seattle. Primero debo decirte que he estado rezando para descubrir y conocer al Jesús real. Sé que no fue casualidad que ella me diera tu manuscrito.

No puedo decirte todo lo que esto significa para mí. No hay duda de que mi oración ha sido respondida.

Y te escribo para preguntarte si estarías dispuesto a permitirme poner el dinero para que sea publicado este precioso libro. Sería un honor.

Sinceramente, J.R.

Ahora mis propias lágrimas comienzan a caer suavemente. Estoy solo, pero nunca me había sentido menos solo. De repente caigo en la cuenta totalmente. ¡Es la señal! De repente recuerdo las palabras que Él me dijo:

Pronto te llegará una clara señal de la obra en la que participas, la obra de la expiación del Hijo. Cuando elijas claramente participar activamente en esta obra, no habrá nada que no se te conceda.

Supongo que no estaba bromeando. Miro el reloj por primera vez. Ya es más de medianoche. ¡Han pasado más de cinco horas! Finalmente me levanto con cuidado, aunque la vibración no amaina.

Camino por la cocina y abro la puerta. Todo está tranquilo. Piso la hierba, la siento. Quiero decir... la siento realmente. El manzano parece más una luz líquida que algo sólido. Incluso los ladrillos del garaje parecen íntimamente cargados con esta luz líquida, vibrante.

Bajo los escalones que dirigen a la calle y contemplo las estrellas. De algún modo parece como si estuvieran más dentro de mí que sobre mí. Ni siquiera noto el frío. Claramente, algo ha comenzado. He entrado en mi propia versión de Un mundo feliz, por tomar prestado el título de ese libro. Espero que la parte 'feliz' siga conmigo hasta el final -si es que hay un final-.

De vuelta, ya en casa, ahora Su presencia es recibida fácilmente... como si de algún modo ya hubiera descubierto cómo responder a esta línea telefónica cósmica.

Finalmente, ha amanecido antes de que este cuerpo se duerma. Y, es curioso... sea lo que sea que suceda, tras este amanecer... o los siguientes que vengan... ya no importa.

Todas las cosas han sido renovadas.

Carta 34

Ahora, ha terminado.

La elección está hecha, ya.

Ahora, el reconocimiento es completo, llegando como un ladrón en la noche, robando las telarañas de sombras, y revela la ilusión de un largo Sueño al Hijo que recuerda.

*El final de una travesía solitaria,
y la celebración de una que comienza de nuevo.*

No se trata de un viaje hacia el Reino, sino dentro del Reino.

Así, Mi promesa se ve cumplida, pues el Sueño desaparece para siempre, en la gloria de la presencia del Padre.

Ahora, en efecto, la vida comienza de nuevo.

Ahora, en efecto, la vida se realiza por sí misma²⁹.

Y esto se hace sin esfuerzo.

Bienvenido a casa, querido hermano, bienvenido a casa.

Amén.

[29]"Now, does life fulfill itself"

Epílogo

Mientras te escribo ahora, sentado en el escritorio, en la veranda de nuestra sala del templo, en el Ahsram Alam Cinta, en Ubud, Bali... tengo de golpe la impresión de que en realidad solo hay dos cosas que ocurran en cualquier momento.

La primera: es sumamente extraordinario que el Sueño de la Separación pueda siquiera tener lugar. Me refiero a esto como el “gran capricho³⁰ cósmico”.

La segunda es esta, y es infinitamente más extraordinaria: se nos envía ayuda para que podamos despertar del Sueño y habitar plenamente en la Verdad, por sí misma evidente, de Quienes Realmente Somos... vivos, despiertos, libres de sufrimiento y cocreando plenamente con lo Divino, extendiendo lo Bueno, lo Santo y lo Bello. Me refiero a esto como la Vida Impecable³¹, libre de esfuerzo, boyante en la Corriente de la Gracia... donde los milagros son naturales y todas las cosas resplandecen en la luz del Amor. ¡Y esto comienza en el mismo instante en que cualquier ser pide honestamente la ayuda que va a liberar realmente al alma!

Las cartas de Jeshua contienen ciertamente la Verdad que libera todo, pues he visto que, siguiéndole, me ha llevado a vivir una comprensión por la cual me atrevo a decir que este simple libro de pocas palabras, contiene un poder, una sabiduría y una profunda Verdad capaz de mover la montaña que al final importa: ¡todo el montón de ilusiones que hemos arrojado alrededor de nosotros, y que hemos proyectado afuera, para fabricar el mundo!

Te puedo asegurar que este no es un libro de una sola lectura, sino que es una experiencia universalmente posible, para ser vivida. Probablemente no te lleve tanto tiempo como a mí, ¡ya que no puedo imaginar que haya nadie que tenga mayor resistencia y unas estrategias astutas de evasión como las que yo tengo!

Han pasado 23 años desde que estas Cartas fueron escritas durante el periodo inicial de mi encuentro real con Jeshua. He llegado a comprender la extraordinaria verdad de que Jeshua (el hombre) era, y es, la verdadera “encarnación” de Dios, mostrándonos nuestra verdadera naturaleza, nuestro Yo o Ser Verdadero. Y tú, querido lector, querida lectora, eres precisamente lo que Él es.

Dicho simplemente, no hay forma de comprender el secreto de Su Evangelio, el secreto de su propia vida... si no se hace este viaje final que parte de la ilu-

[30]“quirk”. [31]“Seamless Life”.

sión de la Separación... un viaje que hace añicos al pequeño yo y al mundo, conjuntamente... para acabar en la presencia esplendorosa y eterna del Mundo Real, donde todo es albergado amorosamente en la extraordinaria Verdad de que Dios está por todas partes presente, y el Amor está venciendo, ¡todo el tiempo! Muy sencillamente... uno descansa en la iluminación de que Dios ES.

Cuando por primera vez consentí temerosamente en escribir este libro y luego pataleé y grité al ver que era milagrosamente publicado... en ese momento... no podía saber lo que vendría a continuación. Ni nadie puede saber lo que Dios creará a través de uno cuando se da este salto de fe final, y la única tarea en la vida es la salvación del Despertar.

El Material de Jeshua es francamente asombroso en su riqueza, profundidad de sabiduría, y poder único de transformar la consciencia en el Recuerdo de Cristo, Quien es, únicamente, la Existencia de nuestra existencia misma. Miles de personas han sido tocadas, sanadas y transformadas mediante el material de este Camino vivo y real... que ha tallado para todos nosotros. Por favor, consulta detenidamente nuestra web en www.wayofmastery.com para ver lo rico que en realidad es este Camino.

Él me llevó a descubrir la dinámica más profundas de cómo tiene lugar realmente este Sueño y de lo que es necesario para desenmarañarlo de una forma profunda. Me llevó a comprender el poder de la respiración, y cómo nuestra dinámica de nacimiento recapitula los patrones del alma atrapada por su sueño, como hijo pródigo. Él también me llevó a estudiar y a contemplar profundamente Sus enseñanzas bíblicas en Su propio idioma original, el arameo. Me llevó a las alturas de la meditación, y a las profundidades de la angustia de mi alma... plagada de una vieja culpa que el miedo había mantenido protegida.

Y así, he aprendido que el Amor realmente sana, y que solo el Amor sana. Y al descubrir, en mi interior, el poder del Amor para aceptar y abrazar todo... he despertado plena y permanentemente al campo del Amor que baña todo; el Cielo está aquí mismo, justo ahora.

No es extraño que esta cuarta edición llegue en un momento en el que puedo saber, con confianza, que Su plan maestro para esta Obra –que se desarrolla meticulosamente durante todos estos años, ya muchos– está llegando ahora a fructificar. Él dijo una vez que el propósito de esta Obra era labrar un camino vivo gracias al cual el alma pueda ser apoyada realmente a través de los estados y las fases que hay desde la ilusión al despertar en la Mente Crística; ¡no es poco!

Como quizá percibas, la palabra “Vía” o “Camino” abunda en Sus enseñanzas. Solo recientemente he comprendido que los primeros grupos que se formaron en torno a Él se referían a sus enseñanzas como... ¡la Vía! ¡el Camino! Junto a la diseminación global de estas enseñanzas, están floreciendo grupos “de profundización³²”, por todas partes. Hay seminarios, retiros y programas de enseñanza para profesores... y surgen otros maestros que tengo el honor de llamar “Amigos”, en el sentido más profundo de la palabra.

Y tú, querido lector, eres la clave. El Cielo está incompleto si tú no cumples con tu papel, que es el mismo que el mío... y que el Suyo: ser el testamento vivo de la Verdad, haciendo brillar, con poder y magnetismo, la Realidad del Amor... y el amor es Dios. ¡Y divertirse mucho al hacerlo!

No es como aquella expresión limitada de la ortodoxia cristiana -que es un simple paso en el alborar del despertar de la humanidad-, y que adoptó la perspectiva de que solamente Jeshua es el “Hijo unigénito de Dios”. Su auténtico evangelio ha esperado siempre este momento, esta época, para comenzar a ser revelado, y aceptado. Su evangelio es a la vez extraordinario y completamente simple... sencillamente porque solo la Verdad, siempre lo es en realidad³³. Y es esta:

*El Hijo es uno solo, y no hay un segundo.
Tú (todos nosotros) somos como YO SOY.
Solo Dios ES³⁴.*

Nada puede surgir por casualidad. Que te hayas atrevido a leer un libro como este solo puede significar que es el momento, tu momento... tal como una vez fue el mío... y como una vez fue el Suyo. Es el momento de atreverte a recordar plenamente, es el momento de retirar los velos del Sueño y entrar, plena y finalmente, en esa paz que está a años luz más allá de la débil capacidad que tiene la mente para comprender. Es el momento de que comprendas y constates la paz al “nacer de nuevo” en, y como, la presencia de esa paz... y en tu presencia, el mundo se sana.

Que la Realidad mística de la Mente Crística llegue a impregnar, a bañar, y que sea todo lo que se extienda a través de ti, mientras la Creación descansa, suavemente, en su cumplimiento.

Que esto ocurra más allá de todo sueño de pérdida, de amenaza, y de necesidad de defensa inútil... mientras llegamos a entender, con Él, lo que Él demostró una vez en el campo del espacio y del tiempo, y hacia lo que nos ha guiado a todos pacientemente todo el tiempo:

[32]“Insight Groups”.

[33]“simply because only Truth, really ever is”.

[34]“The Son is one, without a second. // You (all of us) are as I AM. // Only God IS”.

*No veis a otro ser,
Pues solo veis vuestro Yo o Ser.*

Que vivamos ya como un único acto de viva devoción... y nuestras creaciones extiendan solo lo Bueno, lo Santo y lo Bello... a medida que nos convertimos en lo que fuimos creados para ser, la Palabra Viva, y el cumplimiento del camino más grande posible:

Amaos los unos a los otros, como yo primero os he amado.

En gratitud perpetua por ese reflejo de mi Yo o Ser (y del vuestro) que ha venido sin cesar a mis sueños inútiles... hasta que se ha disuelto toda oscuridad: Jeshua ben Joseph, quien solo pide que se le conozca como Amigo del Alma, y Hermano del mundo³⁵.

Jayem (Jon Marc),
Alam Cinta Ashram,
Ubud, Bali Diciembre. 2011

[35]“Friend of the Heart, and Brother to the world”